España: la quiebra de 1898

Manuel Tuñón de Lara

El historiador español Manuel Tuñón de Lara tiene una extensa producción historiográfica centrada en la España de los siglos XIX y XX. Esta obra se ocupa de uno de los períodos más interesantes de nuestra historia reciente: la célebre crisis del 98, en la que culminó un proceso de deterioro nacional que venía de siglos atrás. Con la pérdida de las últimas colonias España deja de ser un país imperialista en el que ya no tiene sentido el espíritu militar de conquista.

Con el lenguaje claro, el estilo sencillo y racional que caracterizan al autor, se analizan los años de la Restauración, la progresiva erosión de la España arcaica durante la última década del siglo XIX, el desastre del 98 y sus principales consecuencias a nivel militar, político e ideológico. En este último apartado destacan las importantísimas figuras de los intelectuales Costa y Unamuno como teóricos del «Regeneracionismo», la principal corriente cultural surgida de los trágicos acontecimientos nacionales. Su aportación ideológica es analizada en profundidad por el autor, así como su puesta en práctica pocos años después. El resultado es un libro clave, que esclarece los principales puntos oscuros de la época estudiada, con rigor y amenidad.

Manuel Tuñón de Lara

ESPAÑA.LA QUIEBRA DE 1898

(Costa y Unamuno, en la Crisis de fin de siglo)

ePub r1.0

jasopa1963 16.08.14

Título original: *España. La quiebra de 1898*
Manuel Tuñón de Lara, 1986
Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.1

PROYECTO SCRIPTORIUM * EX-LIBRIS
Quantum in culpa est

CAPÍTULO PRIMERO

LOS TIEMPOS DE LA RESTAURACION O LA ESPAÑA «TRADICIONAL»: SU QUIEBRA.

La cuestión planteada, que da origen a este trabajo, se articula en dos partes: a), quiebra de la España tradicional; b), función que en ella pudieran haber desempeñado las ideas de Costa y Unamuno en la crisis llamada del 98. Naturalmente, esa bipartición se transforma en una problemática más compleja según nos acercamos al tema. Surge, en primer lugar, la pregunta sobre el alcance del 98 y sobre si la quiebra en cuestión no es un proceso mucho más largo que se viene produciendo y que se hace netamente perceptible el 98. Surge, sin duda, qué se entiende por España «tradicional» (y ponemos el entrecomillado porque Unamuno y Costa nos enseñan que tradición y tradiciones son conceptos ambivalentes), qué es una quiebra, qué es un punto de ruptura, etc.

Adelantemos que hemos identificado la España oficial de la Restauración, sus instituciones, sus prácticas, sus ideas y gustos dominantes, a la España «tradicional» o arcaica, a sabiendas de que no es exactamente la misma sociedad que la del antiguo régimen. No obstante, la permanencia de muchos factores esenciales nos inclina a dar por buena esa analogía: estructuras económicas apenas cambiadas; preponderancia de población y producción agrarias; intangibilidad de latifundio y minifundio; centros decisorios en manos de los grandes propietarios, unos nobles de

antaño y otros recién ennoblecidos a los que se integra la alta burguesía naciente; constitución doctrinaria con sufragio censitario hasta 1980, pero sobre todo, falseada enteramente por la práctica del caciquismo; escala «tradicional» de valores, importancia de la moral externa (el «¿qué dirán?»), etc.

Por todo ello, la España «tradicional», cuando llega el último decenio del XIX es, para nosotros, la del sistema montado por Cánovas, la de la doble faz de Constitución legal y Constitución real = caciquismo, la del dominio de minorías oligárquicas, aquélla cuya crítica harán Costa y Unamuno, o el mismo Macías Picavea al decir —tal vez exageradamente— que «todos los males están reunidos en el sistema vigente desde 1874».

Si ahondamos un poco más, comprenderemos fácilmente que los males vienen de lejos. Tanto Costa como Unamuno no comienzan su crítica a partir del momento en que Martínez Campos proclama rey a Alfonso XII a la sombra de un algarrobo saguntino. Ambos critican la vacuidad de una llamada revolución, la de septiembre de 1868, que según ellos no lo es sino de nombre. Para Costa y Unamuno no cambió la sociedad española anterior a 1868; en el fondo, no hay tal restauración como no sea del trono de los Borbones, ya que, según ese punto de vista, eso fue lo único derribado. Sin duda, y dicho sea de paso, el sexenio 1868-1874 es demasiado complejo como para darle carpetazo con cualquier esquema perentorio; pero no es menos cierto que los objetivos (económicos y políticos) de una revolución enteramente burguesa no fueron alcanzados por las fuerzas de distinto signo social que ejercieron el poder en el citado sexenio. Ello explica suficientemente la decepción de nuestros autores.

El siglo, pues, tendía hacia sus postrimerías, y mientras el capitalismo se desarrollaba en Inglaterra, Francia, Alemania, Esta-

dos Unidos, etc., no vencía su raquitismo en una España que casi parecía petrificar sus antiguas estructuras. En 1887, la población activa parecía dividirse (decimos parecía por la poca fiabilidad de las estadísticas, censos, etc.) en 66, 5 por 100 de población agraria, 14, 7 por 100 de industria, 18, 8 por 100 de servicios. La industria fabril, la extracción minera y sus derivados no llegaban a reunir 250 000 personas. El número de artesanos, de pequeños comerciantes, etc., era considerable, pero también el de esas personas difíciles de clasificar, sin un trabajo estable ni un oficio definido, bordeando y hasta franqueándolas fronteras entre la vida laboral y la del pícaro, cuando no la de la delincuencia menor; jornaleros que no se sabe si eran del campo o de la ciudad y, naturalmente, la inmensa cohorte de criadas de servir en el sector terciario (así como la del clero secular y regular).

Cierto es que en el censo de 1900 la industria llega al 64 por 100, a costa de los servicios (el agrario apenas varía en porcentaje). Y da a reflexionar que el 51 por 100 del llamado sector industrial estuviese formado por la construcción y por las confecciones y que el 26 por 100 del terciario lo formasen las sufridas «chicas de servir».

España era un país agrario, pero ¿de qué agricultura? Recordemos que las cuotas de contribución de grandes propiedades no pasaban de 8000 en todo el territorio nacional, número inferior al de propietarios, pues la contribución se estipulaba por fincas y no por relaciones nominales de propietarios (lo que siempre fue un favorable factor de enmascaramiento para los latifundistas). Pensemos igualmente que, según la contabilidad de la recaudación de cédulas personales, en el año 1890 solamente 121 778 personas tenían sueldos superiores a 1230 pesetas al año o pagaban contribuciones directas de más de 300 pesetas. La política estaba tan reservada como la economía a grupos minoritarios. To-

davía en 1886 no había más que el 2, 1 por 100 de la población que poseyese derechos electorales. La ley de sufragio universal de 1890 había sido votada con el propósito de no respetarla (y aunque se hubiese respetado, las zonas y distritos rurales necesitaban, de hecho, menos votos por diputado que las urbanas). Creo ocioso detenernos, una vez más, en detalles sobre un hecho incontrovertible: las palancas de mando del país se hallaban en manos de unas cuantas decenas de familias, cada cual con su «clientela» política y económica proyectada en jerarquía piramidal.

¿El caciquismo? Y a sabemos lo que escribía don Gumersindo de Azcárate: «Feudalismo de nuevo género… y por virtud del cual se esconde, bajo el ropaje del Gobierno representativo, una oligarquía». Y ya veremos cómo para Costa no hay caciquismo sin oligarquía, e incluso considera los partidos políticos como «gremios de oligarcas».

Sin duda, el caciquismo reviste el aspecto de ejercicio arbitrario del poder a nivel local (pero impulsado o protegido desde arriba), rectificando la ley escrita y desnaturalizando las funciones electorales, judiciales y administrativas. El caciquismo corresponde a un país de estructura y vida predominantemente rurales; si los centros nerviosos de la vida política española radicaban en las aglomeraciones urbanas, conviene no olvidar que las tres cuartas partes de españoles vivían aún en zonas rurales.

Pero no hemos de emplear páginas y páginas en esfuerzos definitorios sobre algo que luego recabará de nuevo nuestra atención. Preferimos aportar algunas pruebas de la realidad caciquil de aquellos tiempos. Tomemos un par de telegramas de gobernadores civiles:

> Gobernador civil provincia Granada a señor Silvela, ministro de la Gobernación.

27 de septiembre 1890.

«Le manifiesto que, en efecto, la administración de Orgiva es desastrosa y el Ayuntamiento es uno que, bajo el punto de vista político, conviene quitar, no sólo para la elección de diputados a Cortes, sino cuanto para la de provinciales[1]».

Gobernador civil de Granada a don Antonio Maura, ministro de la Gobernación.

«He recibido su carta, en la que me dice los nombres de los amigos que(…) serán preferidos por el Gobierno. Procuraré apoyar dichas candidaturas, siguiendo en todo las instrucciones que usted ha dado…»[2].

Repasando el «Diario de Sesiones» del Congreso, leemos en la discusión de Actas de la provincia de Granada cuando las elecciones de 1891 (las primeras de sufragio universal bajo la Restauración) que «consta en el Acta de Alhama coacciones contra los electores; se les aseguraba que si no votaban al señor Angulo del Prado perderían la cosecha». Dos interventores fueron detenidos; el alcalde de Salobreña les había dicho: «Ya saben ustedes que están detenidos para que no asistan a la junta de escrutinio, porque ustedes hubieran presentado protestas». Lo que parece poco al lado de lo sucedido en el pueblo de Peligros, donde el cacique granadino marqués de Sardoal obtuvo 665 votos, «éxito» sin par si se tiene en cuenta que, según el censo, dicha localidad contaba 568 habitantes varones y 569 mujeres (sin voto).

No son los demagogos, sino los mismos responsables del poder, quienes reconocen múltiples veces la situación:

«El juez, el fiscal, el magistrado, sirven para preparar una circunscripción o un distrito a gusto de un ministro, o de un personaje, o de un cacique. Mas estos magistrados son los que hacen mayores progresos en su carrera, los que llegan los primeros a los puestos importantes». Es Gamazo quien habla[3].

Siendo Eduardo Dato ministro de Justicia, dice en una circular de 20 de enero de 1903:

> «Los procedimientos de Ayuntamientos, alcaldes y concejales han sido utilizados a veces como arma electoral, y entre todas las coacciones, es ésta, ciertamente, una de las más graves y escandalosas, puesto que a la arbitrariedad añade los perjuicios morales y materiales…»[4].

Lo peregrino es que dos meses más tarde (30 de marzo), el ya citado gobernador de Granada, Polanco Crespo, escriba al ministro de la Gobernación (Maura):

> «Expuestos estos antecedentes, debo manifestar a usted que para que el candidato adicto pueda asegurar la elección, necesita quitar los Ayuntamientos de Almegíjar, Cadiar y Gualchos por lo menos, pues de no ser así, su derrota es inevitable».

En la misma carta, el gobernador se queja de que el juez de Albuñol no haya procesado al Ayuntamiento de Almegíjar «a pesar de las denuncias presentadas». Análogas quejas dirige al juez de Motril.

No entra en nuestros propósitos adentrarnos más en esta faceta picaresca de nuestra historia contemporánea. Comprender esa picaresca es el primer paso para una comprensión del criticismo de Costa, Unamuno y tantos más.

A ese ambiente correspondía el tono general de la vida en el plano «ideológico» (aunque había sus excepciones). Baroja —que estudiaba Medicina en 1890— evocará el ambiente en una obra posterior, *El árbol de la ciencia*:

> «El estudiante culto, aunque quisiera ver las cosas dentro de la realidad e intentara adquirir una idea clara de su país y del papel que representaba en el mundo, no podía. La acción de la cultura europea en España era realmente restringida y localizada a cuestiones técnicas; los periódicos daban una idea incompleta de todo: la tendencia general era hacer creer que lo grande de España podía ser pequeño fuera de ella, y al contrario, por una especie de mala fe internacional… España entera, y Madrid sobre todo, vivía en un ambiente de optimismo absurdo: todo lo español era lo mejor. Esta tendencia natural a la mentira, a la ilusión del país pobre que se aísla, contribuía al estancamiento, a la fosilización de las ideas».

En el plano de la política oficial, ¿qué mejor ejemplo de esas ilusiones, de ese mundo de huera palabrería que las palabras de Cánovas al periódico parisiense «Le Journal»? «Cuba, pour l'Espagne, c'est son Alsace-Lorraine. Son honneur y est engagé».

Esta España es la que va a quebrar a finales del siglo. Quiebra ideológica, que no social ni política. La oligarquía sufre un rudo golpe, pero las fuerzas sociales que le son hostiles actúan en orden disperso y carecen de madurez. La vieja estructura social entrará en crisis a partir de 1917; las instituciones políticas también, pero el remiendo de la Dictadura demorará hasta 1931 el cambio político. Por el contrario, la hegemonía ideológica del viejo régimen se habrá hundido para siempre, al mismo tiempo que los barcos de Montojo y de Cervera en aguas de Cavite y Santiago.

CAPÍTULO II

LA EROSION DE LA ESPAÑA ARCAICA O «TRADICIONAL» DESDE 1890

Sería insensato y eminentemente antihistórico creer que las quiebras ideológicas, económicas o políticas se presentan súbitamente, de la noche a la mañana, en la vida de los pueblos. Por el contrario, van siempre precedidas de un proceso más o menos largo de erosión y resquebrajamiento. En el seno de cada conjunto estructural (cada sociedad dada concretamente) existe potencialmente la conflictividad que, agudizada, acaba por estallar en la superficie del tiempo histórico.

La España tradicional agraria, de mentalidad aristocrática de «ancien régime», orgullosa de las derrotas gloriosas de su historia, adormilada en la huera altisonancia poética de un Núñez de Arce o de un Bernardo López, superficial con Campoamor… cierta «España» que, aplaude a Echegaray desde el patio de butacas y las plateas (incapaz de comprender a Galdós, que estrena *Realidad* en 1892 y grita «¡Más luz! ¡Aquí hay que abrir las puertas!»), que se edifica con *El escándalo*, de Alarcón, y aprecia el costumbrismo de Pereda, que lee «Blanco y Negro»…, vieja estampa de corridas de toros, desfiles militares, sopa boba en los conventos, picaros en arrabales y carreteras, mano de obra sin empleo, latifundios mal labrados y dehesas para toros de lidia, sacerdotes que condenan el liberalismo como nefando pecado y se entrometen en la vida civil, Universidades dominadas aún por la

escolástica y reducidas a la función de expendedurías de títulos académicos (¡cuántos de ellos para que amarilleen enmarcados en el despacho de un propietario rural!)…

Y sin embargo, esa España estaba ya batida en brecha desde el 68 (aunque Unamuno y Costa, para quienes su combate era muy actual, no quisieran o pudieran verlo), porque la historia hace zigzags, pero no vuelve nunca a su punto de partida. Primero se trató de una minoría en situación difícil (eran jóvenes, se llamaban Azcárate, Leopoldo Alas, Benito Pérez Galdós…; otros —Salmerón— habían tenido que expatriarse momentáneamente o pasar algunos años de silencio —Pi y Margall—); luego, la burguesía liberal no oligárquica, la misma pequeña burguesía, se expresará a través de distintos «ideólogos», capitalizará o recuperará numerosas expresiones de protesta, porque esas clases se niegan ya a admitir la escala tradicional de valores. Va a proseguir la «erosión»; a comenzar por las bases estructurales, que, si no cambian enteramente, ven nacer en ellas el embrión del mañana, el empuje de las fuerzas de producción hacia fines de siglo.

López Morillas ha escrito que durante los treinta años que transcurren desde la revolución de septiembre del 68 al desastre del 98 «se produce una *crisis de la conciencia española* en muchos sentidos más honda que la que, ya un tanto rutinariamente, se viene atribuyendo a la *generación* del 98[5]». Y si un Costa o un Unamuno —añadimos nosotros—, como un Giner o un Azcárate, se dan menos cuenta de esa renovación crítica, es precisamente porque ellos mismos *son sus protagonistas*, están *dentro* de esa crisis de conciencia.

Sin embargo, la falta de novedades estructurales, el mantenimiento rutinario de las instituciones y de sus prácticas viciadas no dejan salir a la superficie esa crisis que, por otra parte, no es patrimonio de las grandes multitudes, sino de grupos minorita-

rios. No lo será tampoco en 1898, a pesar de que el andamiaje del sistema político ofrece alarmantes señales de ruina. Pero permitirá entonces que se separen del bloque dominante los ideólogos pequeño-burgueses e incluso un sector de cierta burguesía. Será, al mismo tiempo, la coyuntura propicia para que el movimiento obrero deje de ser una rara minoría, como lo era hasta entonces.

Pero hay ocho años —desde 1890, aproximadamente— durante los cuales ya está quebrando, poco a poco, la España arcaica o «tradicional».

Observamos, en el plano económico, el proceso ascensional de la hulla y el hierro (del 90 al 97 se va a doblar la producción carbonera; algo análogo puede decirse de la siderurgia, que en esos años pone en explotación primero los convertidores Bessemer, luego los hornos Martin-Siemens). Las grandes empresas del norte entran en liza (el 82, las dos que veinte años más tarde se unirán creando Altos Hornos, la Santa Bárbara en Asturias, tantas y tantas más. Aparecen por aquel entonces las primeras industrias de productos químicos con capital extranjero, por cierto) y, ya con criterio comercial, las de electricidad. Los tejidos prosperan gracias al proteccionismo que les otorga el monopolio de los mercados coloniales. Igual sucede con las harinas castellanas, que, por el ferrocarril de Alar del Rey, llegan al puerto de Santander y parten desde allí para que con ellas se amase el pan que se come en Cuba y Puerto Rico (el arancel proteccionista de 1892 es fundamental a este respecto). En fin, culmina el tendido ferroviario; no es vano señalar que en el último decenio del siglo el ritmo de tendido de líneas fue mayor que nunca, alcanzando al final los 13 000 kilómetros de líneas en explotación.

Un examen del censo de 1900 nos da también cierta aproximación a los cambios del decenio; en la población activa de in-

dustria y minas encontramos ahora 990. 000 personas, aunque bien es cierto que se incluyen en ese número numeroso artesanos, pequeños patronos, etc. No obstante, la progresión era considerable. Había también 18 000 ferroviarios, millares de pequeños funcionarios (fundamentalmente los de Correos y Telégrafos). Incluso los profesores de enseñanza superior y media eran algo más numerosos (los maestros de primera enseñanza vegetaban aún a merced de los municipios); el periodismo empezaba a ser una verdadera profesión…

El ímpetu industrial y comercial de Cataluña se enfrentaba con el centralismo de Madrid; 1892 es el año en que los catalanes lanzan las bases de Manresa. Tras Almirall, más influyente en el decenio precedente, Prat de la Riba es ahora más rotundo. Germinan, pues, las tendencias diversas del catalanismo; apunta el nacionalismo vasco.

La gran industria que empieza lleva consigo otro nivel de clase obrera; en 1890, Bilbao y su periferia conocieron la primera huelga general ganada por los trabajadores. En cambio, Cataluña conoce la dispersión de corrientes anarquistas. Sin embargo, el oportunismo de *Las tres clases del vapor* favorece por contrabanda al anarquismo, que recibirá del societarismo sus bases sindicales. En el campo meridional siguen las rebeldías milenarias: 1892 es el año de la marcha de campesinos sobre Jerez.

Prospera y se difunde la prensa: «El Imparcial» y «La Correspondencia de España» pasan de los cien mil de tirada, cota que pronto alcanza «El Liberal» (hacia el 98 llegarán a los 140 000). Más tarde, hacia 1900, «El Imparcial» se estabiliza entre 110 y 120 000. Crea el «Heraldo» la familia Canalejas. Se mantienen «El Globo» y «El País»; de una escisión de éste sale «El Progreso», de menor tirada. «Blanco y negro», conformista y técnicamente bien presentado, ganaba a las clases medias. Los anarquistas edi-

tarán revistas de importancia: «Ciencia Social», dirigida por Anselmo Lorenzo (1895), que desaparece pronto para dejar paso a «Tierra y Libertad», dirigida por Urales. En los medios socialistas (cuya importancia crecerá al terminar el siglo) destacan como semanarios «El Socialista», de Madrid, y «La Lucha de Clases», de Bilbao. En fin, en lo literario, «Madrid Cómico» —que compagina notorias concesiones a lo vulgar con la más resonante crítica literaria de entonces, la de «Clarín»— está en primera fila. Revistas como «La España Moderna» y la «Revista Contemporánea», de Lázaro Galdiano, son de lo que hoy llamamos de alta cultura, pero parece comprobado que su tirada y difusión fueron harto limitadas. Su medio de lectores era también estrictamente intelectual. De otras muchas publicaciones podríamos hablar, pero nos limitaremos a señalar que la mayoría de las de nueva creación, que suelen ser las que más llaman nuestra atención, tenían escasa tirada, a diferencia de aquellas otras como «La Ilustración Española y Americana», el citado «Blanco y Negro», etc., de amplia difusión, paradigmas de la «ideología» del bloque dominante.

Los partidos turnantes siguen su marcha como si nada sucediese. Cánovas, que había sustituido a Sagasta tras el «grito de Baire», es asesinado el verano de 1897. Otra vez Sagasta. Los republicanos, al fin en candidatura única, logran grandes victorias electorales en 1893, pero el peso caciquil de la España agraria es inmenso. En fin, el carlismo parecía tomar nuevas fuerzas bajo la dirección del marqués de Cerralbo y la inspiración de Vázquez de Mella.

En el plano ideológico se sienten ya los primeros síntomas de resquebrajamiento del «unanimismo» de principios de la Restauración; desde luego, en sectores minoritarios. Se trata de los intelectuales krausistas o más exactamente («institucionistas»), que empiezan a regentar bastantes cátedras universitarias; de los es-

critores que están cerca de ellos, y de otros, menos numerosos, que se proyectan hacia el movimiento obrero.

Los informes orales y escritos ante la Comisión de Reformas Sociales habían puesto de manifiesto, ya en 1884, el bajo nivel de vida que condicionaba el comportamiento de la mayoría de los españoles. El informe allí presentado por la Institución Libre de Enseñanza hacía radicar la situación aflictiva de los obreros en la insuficiencia de la educación. Así se expresaba lo que nos hemos atrevido a llamar «el utopismo educativo».

En 1890 hay las primeras manifestaciones del 1.º de mayo. Galdós, que todavía se cree «burgués», escribe: «Los desheredados de entonces se truecan en privilegiados. Renace la lucha, variando los nombres de los combatientes, pero subsistiendo en esencia la misma». Galdós, abierto hacia el «institucionismo», había, sin embargo, transcrito al libro un León Roch, impugnado por Giner como caricatura del hombre krausista. Poco después Giner aplaudirá entusiasmado *La desheredada*. Pero con Roch, como con Isidora Rufete o con Miau, Galdós no escapa todavía a la vieja querella ideológica. Y «Clarín», que en *La regenta* alcanza la crítica más magistral no sólo de la sociedad provinciana y caciquil de la Restauración, sino también de su decadente escala de valores, ese mismo «Clarín», republicano y krausista, no deja de guardar una «ortodoxia» de valores literarios con fuerte dosis de recelo hacia las corrientes juveniles. No es la menor contradicción de esa época.

Cronológicamente hablando, puede partirse para hablar de crisis finisecular del libro *Los males de la patria*, del ingeniero Lucas Mallada, publicado en 1890. Ése sería el más seguro punto de referencia para dar partida de nacimiento al regeneracionismo que tanto va a prosperar en los años posteriores. Nos parece más acertado que no partir de Polavieja o de Silvela —como hacen

algunos—, que no eran regeneracionistas, sino que querían servirse de esa terminología en favor del bloque de poder (gran propiedad terrateniente + alta burguesía).

Como es sabido, Mallada sostiene la tesis de que el suelo español es muy pobre, hace una crítica del atraso económico, de la administración y de los partidos y se lanza a revisar sobre nuevas bases la cuestión del «carácter nacional» de los españoles (precedente indudable del 98). Para Mallada, los españoles padecen cuatro defectos capitales: la fantasía, la pereza, la ignorancia y la rutina. El prototipo «quijotesco» es vigorosamente atacado.

Dentro de este cuadro general hay que mencionar —aunque luego nos ocupemos con detalle de él— que por aquellos años (1890) Costa vuelve a instalarse en Graus, crea un año después la Liga de Contribuyentes del Ribagorzana y al siguiente la Cámara Agrícola del Alto Aragón, futuro instrumento de sus campañas.

Añadamos que en 1895 se han publicado las *Notas sociales* del joven Martínez Ruiz; el 29 de octubre del mismo año estrena Joaquín Dicenta su *Juan José* (entusiásticamente acogido por Unamuno), que constituye un estallido en el «orden moral» de la época; en 1897, el grupo «Germinal» aglutinará a Dicenta, Felipe Trigo, Valle, Verdes Montenegro, Blasco Ibáñez[6].

Nuestro don Miguel, cuyo rumbo hemos de seguir con más detalle, está en su salmantina cátedra (desde el curso 1891-92); en 1894 entra en el Partido Socialista y colabora en «La Lucha de Clases»; en 1895 escribe *En tomo al casticismo*. Don Miguel lee, estudia, escribe, discute, empieza a desencantarse, tendrá su crisis religiosa, pero seguirá aún colaborando en la prensa socialista, también en la anarquista (esto era usual en la época) y protestando contra la guerra de Cuba.

En ese panorama de fuerzas ideológicas opuestas a la dominante (que son la «punta de lanza» de la erosión), la fundamental es la Institución: Giner, Azcárate, Cossío, Uña… Los discípulos de Giner son ya catedráticos en diversas Universidades (la Universidad de Oviedo tiene mayoría krausista y sueña ya con experiencias de educación popular). Aniceto Sela se plantea la necesidad de nuevos sistemas de enseñanza; Alvarez Buylla estudia la política social; Posada, la sociología y el derecho público… De ahí ha salido un sector encaminado hacia el positivismo, pero tantos rasgos comunes, que puede decirse que no deja de ser institucionista. Nos referimos a Salmerón, Salillas, Dorado Montero, Simarro. En él ejerce cierta influencia Auguste Comte, pero mucho más Spencer y Max Nordau.

Dentro de ese medio resulta de imprescindible referencia para nuestro trabajo la obra de Gumersindo de Azcárate *El régimen parlamentario en la práctica* (1885). Azcárate, estudioso del Estado democrático liberal, choca con la realidad existente. Define el caciquismo como «Constitución real» de España (la idea, en política, había sido ya formulada por Lasalle, pero estaba inédita en nuestra patria). Duro con el caciquismo, lo califica de «feudalismo de un nuevo género, cien veces más repugnante que el feudalismo de la Edad Media, y por virtud del cual se esconde bajo el ropaje del Gobierno representativo una oligarquía mezquina, hipócrita y bastarda»,(Obsérvese que el binomio costiano oligarquía-caciquismo está ya presente en esta definición de Azcárate quince años antes).

Azcárate antepone el orden de derecho al orden material, incluso al orden legal; según él, el orden de derecho está basado en la justicia, y es lo que llama derecho racional; ese orden puede incluso engendrar la legitimidad de la revolución cuando se hallan en contradicción con el orden material y el legal.

En el marco del krausismo citemos todavía a Rafael María dé Labra, estudioso de los problemas coloniales, a «Clarín», al joven Rafael Altamira, secretario de Museo Pedagógico (que dirige Cossío) hasta el 97, en que gana su cátedra de Oviedo.

En fin, en lo estrictamente político, Castelar vive sus últimos años identificado con el bloque de poder. Lo contrario de Pi, cuya influencia seguirá marcándose en los medios populares de la periferia-este y en jóvenes intelectuales como Machado, Martínez Ruiz, etc.

Un periodista republicano crea en Valencia un periódico llamado a tener gran difusión: «El Pueblo». El periodista se llama Vicente Blasco Ibáñez; es también novelista, y en 1894 publica *Arroz y tartana*. También republicano y periodista, demagogo por añadidura, es Alejandro Lerroux, que dirigirá «El País», luego «El Progreso»…

CAPÍTULO III

LA QUIEBRA MILITAR, POLITICA E IDEOLOGICA DE 1898

Fácil no es adelantar que las grietas que iban abriéndose en el sistema tradicional se ahondaron hasta producir una especie de seísmo en 1898, es decir, cuando el Estado español pasó por el trance de perder los restos de su imperio colonial. 1898 sirve de punto de referencia para fijar la crisis que se abre. Crisis que es evidente en lo que se refiere al sistema colonial sobre el que todavía se apoyaba gran parte de la vieja España, de donde procede un «saneado» sector de la acumulación primitiva del capitalismo español; pero también la permanencia de aquellas colonias galvanizaba la «ideología de consolación», que daba una falsa conciencia de dominadores y «civilizadores» cuando en realidad se estaba en una situación marginal a la Europa de entonces. La crisis era también el sistema político de la Restauración, en cuanto a él incumbía la responsabilidad de haber dirigido el país durante un cuarto de siglo. Las catástrofes navales de Cavite y Santiago, el armisticio de agosto de 1898, el tratado de París de diciembre del mismo año, son como el fulminante que transforma la crisis potencial en crisis efectiva y abierta. Dicho de otro modo: la crisis estructural existente (crisis latente, como son siempre las estructurales) se transformaba en crisis abierta, en coyuntura conflictiva, al aplicársele el «detonador» de los acontecimientos de

1898. El 98 marca, pues, un punto de ruptura, sobre todo en dos aspectos esenciales:

a) El dominio colonial.

b) La hegemonía ideológica de la oligarquía.

He aquí dos hechos históricos que cesarán de tener vigencia a partir de aquella coyuntura.

Y ¿qué tienen que ver con todo esto Joaquín Costa y Miguel de Unamuno? Dos hombres de generaciones diferentes, de formación distinta, de concepciones que a veces distan mucho entre sí. Tienen, empero, una coincidencia: la crítica de la sociedad «tradicional», la crítica del sistema de la Monarquía de Sagunto —y de sus precedentes—, la obsesión de una España renovada mediante el desplazamiento de la oligarquía, de aquéllos que, en opinión de Costa, «en vez de jubilarse, han preferido que se jubile la nación».

La crisis que va de 1898 a 1902, aproximadamente, se expresa sobre todo por la ruptura de la hegemonía ideológica: los puntos de fractura son muchos. El valor fundamental de Costa y del joven Unamuno es el de ser paradigmas de corrientes fundamentales de aquella ruptura; lo esencial para nosotros debiera ser el conocimiento de su función en dicha ruptura. Y eso sólo se puede conseguir tratando de insertar la obra de ambos en la constelación de fuerzas ideológicas de la época, con sus relaciones mutuas y sus trayectorias diferentes:

Unamuno, aunque dieciocho años más joven que él autodidacta aragonés, desempeña una función de ruptura ideológica *antes del 98*. Inútil recordar que En *torno al casticismo* (que a partir de ahora denominaremos simplemente *En torno*...) es del 95 y que su colaboración en *La lucha de clases* empieza el 94. Sin duda, hay un receso en el 97, a partir de ahí su actitud es contradictoria, pero el cambio involutivo no está claro antes de 1902. Du-

rante el ciclo crítico, la función de Unamuno, pese a las mezcladas cargas «ideológicas» que arrastra, es de crítica de la oligarquía, de neta ruptura de su hegemonía ideológica.

En cuanto a Costa, está en la línea krausista desde que conoce a Giner y lee *El ideal de humanidad para la vida*, de Krause y Sanz del Río, en el curso 1870-71. Pero cofundador de la Institución Libre de Enseñanza, habrá sufrido también una fuerte influencia de la Escuela histórica del Derecho, de Henry George, etc. Costa pertenece a la minoría «erosionante» de los veintitrés años de «canovismo». Profesor de la Institución, director de su Boletín durante cuatro años… Pero lo curioso es que Costa parece estar siempre «dentro del sistema», propugnando por su «revolución desde arriba», mientras que Unamuno, en aquel tiempo, está siempre *fuera del sistema*.

Por último, parece casi superfluo precisar hoy que la quiebra ideológica del 98 (o si se quiere del 95-98 o de 1895-1900) tiene poco que ver con la llamada generación del 98 (sobre cuyos componentes nadie ha llegado aún a ponerse de acuerdo). Ninguno de los que se suele nombrar con tal motivo es verdaderamente conocido entonces, con la sola excepción de Unamuno… y ¡aún! Se trataba de jóvenes periodistas, por lo general de ideas muy radicales, cuya irradiación era limitada. El 98 ejerce influencia sobre ellos, pero no ellos sobre el 98.

Todo lo precedente no puede servimos sino de pórtico para adentrarnos en un conocimiento más preciso de nuestra temática, a saber:

a. Los factores de quiebra de la España «tradicional» en el 98.
b. La crisis del 98 en general y su expresión de *ruptura ideológica* en particular.

c. Unamuno y Costa: su función en esa ruptura, influencias que reciben y ejercen, relaciones recíprocas; algunos de sus temas que significan una renovación. Forzosamente, el estudio de esa parte de la obra de Costa y Unamuno lleva a un replanteamiento del tema de la sociedad española de la época y sus corrientes intelectuales. Puesto que ya se ha entrado en la llamada «edad de plata» o «segunda edad de oro» de la cultura española. Sabido es que a muchos se les ha antojado paradójico ese esplendor de la creación cultural en contraste con el atraso económico y técnico del país. La paradoja no lo es sino en apariencia. Blanco Aguinaga lo ha explicado bien: el despliegue intelectual de la burguesía, que necesita una ofensiva «ideológica» para acceder al poder, sería la base de ese florecimiento.

Si nos aproximamos a la realidad cultural de la época nos damos cuenta de que las diferentes formas de la ruptura intelectual, «ideológica», su exultante proliferación, su fecundidad, no son sino la expresión a nivel de las ideas ya de las nuevas clases, que, apoyadas en el desarrollo de las fuerzas de producción, pide el relevo del poder (burguesía no oligárquica, burguesía catalana, etc.) o de clases medias, ya de pequeña burguesía (a la que en España podría añadírsele la de hidalgos arruinados, ya rurales, ya transferidos a la ciudad, funcionarios cesantes, etcétera), ya de otras clases medias ciudadanas. También, en un extremo del frente de ruptura, se encuentra ya la óptica ideológico-crítica del cuarto estado.

★ ★ ★

Es harto sabido cómo la situación de guerra colonial se fue degradando desde 1895. De nada sirvió la draconiana represión de Weyler, ni de nada después que Blanco (con el último Gobierno Sagasta) representase la concesión de una autonomía que nada interesaba ya a los cubanos, a dos dedos de la independencia, ya casi seguros del apoyo directo estadounidense. Se fue, pues, del despeñadero diplomático al despeñadero bélico, a los acordes de «La Marcha de Cádiz», aunque los hombres más lúcidos del régimen preveían el desenlace fatal del drama. Se va de desastre en desastre; el armisticio es ya casi una entrega colonial; incluso se cede en él Manila, que todavía no se había rendido. Prácticamente, nada hay que hacer el día en que empiezan en París las sesiones de la conferencia de la paz (entre españoles y estadounidenses, con curiosa ausencia de los primeros protagonistas, los cubanos). Montero Ríos no tendrá más remedio que firmar, en nombre de España, la renuncia a todos los restos del Imperio, el 12 de diciembre de 1898.

Mientras tanto, una parte del público español (y llamamos público al que no iba a la guerra, ni él ni sus hijos y se enteraba de las noticias por los periódicos) se daba buena conciencia y optimismo contemplando las patrioteras portadas de «Blanco y Negro», los cuentecitos en que nuestros caballerosos héroes vencían siempre o creyéndose aquello de que los norteamericanos eran unos «choriceros» y que sus buques darían media vuelta despavorida al divisar los nuestros (sus buques, cuyos cañones tenían alcance para tirar sobre los nuestros sin ser alcanzados por la réplica). Tomaban conciencia del drama, pero de manera fragmentaria, las capas más humildes de la población, cuyos hijos eran enviados a batirse en las Antillas.

En los medios que podían disponer de medios de comunicación (aunque muchos de escaso radio de acción) sólo el Partido

Socialista y don Francisco Pi y Margall mantuvieron una postura de oposición a la acción bélica (al segundo le costó perder su acta de diputado por Figueras). Pero es justo decir que Unamuno y Costa compartieron esa actitud. Con más energía el primero (también era menos conocido). En cambio, republicanos como Blasco Ibáñez titulaban «La Patria de luto» la noticia de la rota de Santiago; «El País» tenía una postura colonialista. Tomemos al azar algún que otro ejemplo: editorial de 24 de febrero de 1898, titulada *Cuba yankee*. En él se critica ásperamente incluso la labor del gobierno «autónomo» que actuaba en La Habana de acuerdo con el metropolitano y se termina así: «El problema cubano no tendrá solución mientras no enviemos un ejército a los Estados Unidos».

El editorial de 10 de abril de 1898 del mismo diario se titula *Unión republicana* y es un llamamiento a todos los grupos con ese denominador común, para con la República lograr que «el Ejército y la Marina, los dos brazos del poder nacional, apoyados resueltamente por todos los patriotas y especialmente por el partido republicano unido, salven el honor y el territorio de la Patria». En el mismo número puede leerse un violento ataque a Henri de Rochefort, que presidía en París el Comité de «Cuba libre».

En otra ocasión hemos escrito que aquellos meses del 98 fueron el «despertar de un sueño imperial». Mal despertar, al darse cuenta súbitamente y demasiado tarde de la realidad. Y si buena parte de la opinión no se dio cuenta mientras había hostilidades de lo que en las colonias pasaba, de cuáles eran nuestras dificultades, nuestras bajas; si pocos sospechaban que más de 50. 000 españoles habían muerto allí de fiebre amarilla y de otras enfermedades, el dantesco espectáculo de la repatriación de soldados famélicos, enfermos y harapientos fue entonces conocido de gran-

des sectores del país. En «Blanco y Nebro», periódico que no se distinguía por su espíritu crítico, podemos leer[7], comentando un reportaje gráfico sobre los lazaretos de Vigo, La Coruña y Santander:

> «… este triste amontonamiento de héroes que infructuosamente marchitaron su juventud por la patria, evoca en el alma amargas y melancólicas meditaciones. Quizás muchos de los que en las adjuntas fotografías aparecen mirando el objetivo de la máquina hayan sucumbido a las graves dolencias que los postran en el duro camastro del hospital o les dan el aspecto valetudinario y achacoso que traen la mayoría de los repatriadqs».

En el Congreso de los Diputados, Blasco Ibáñez, de vuelta de ciertas ilusiones coloniales y consecuente con su idea de que a Cuba debían haber ido a luchar todos, pobres y ricos, increpa así a los gobernantes:

> «¡Ah, Srs. ministros! ¡Bien se conoce que la carne del pobre es barata, y os importa poco que mueran esos soldados! (*Rumores*). Si hubierais cumplido la promesa de establecer el servicio obligatorio, de otra manera hubieran venido los repatriados y se les hubiera dado alojamiento y asistencia[8]».

Casos hubo en que la indignación estalló en forma de protesta airada. Así ocurrió en Vigo a la llegada del vapor *León XIII* (de la Trasatlántica de Comillas, como todos los que hacían el servicio) el 15 de septiembre de 1898, abarrotado de soldados repatriados. El vapor atracó a las ocho y media de la mañana, pero no había orden de desembarcar; durante largas horas gran parte del pueblo de Vigo esperó en vano, mientras que los jefes y oficiales habían dejado el barco desde su llegada. Varios soldados, en estado febril, se dirigieron a la multitud pidiendo agua, diciendo que morían de sed. De súbito estalló el motín dentro y fuera del barco, que la multitud intentó tomar por abordaje. El gobernador militar tuvo que ir al puerto, calmar a todos y hacer que el desembarco se realizase inmediatamente.

Muchos de aquellos hombres volvieron a sus aldeas y campos, a padecer el paro endémico y los bajos salarios. Algunos termi-

naron peor:

> «Sevilla: se ha suicidado, disparándose un tiro en la sien derecha, Eduardo Ferreas, soldado repatriado de Cuba. Envió una carta a su novia diciendo que temía que le despreciase a causa de la pobreza en que se encontraba y que se quitaba la vida».

La noticia la ha tomado Carmen del Moral, de «El Globo», de 24 de mayo de 1899, insertándola en un interesante artículo sobre *Baroja y la guerra de Cuba*[9].

A otros niveles y tocando otros resortes de sensibilidad, la firma del Tratado de París arrancó las últimas ilusiones a quienes habían creído o querían hacer creer que la España oficial de la Restauración era un modelo de países. Sin dejar la lectura de «Blanco y Negro», he aquí su comentario entre triste y jocoso:

> «Pero, oiga usted, cristiano, me preguntará de seguro algún lector, y otros lo pensarán aunque no me lo pregunten: ¿qué es lo que ha ocurrido el día 10, el sábado pasado?».
>
> —Pues nada, que como era sábado nos dieron el jornal: veinte mil dollars, ni un ochavo menos, y en seguida nos borraron de las listas en América, en Oceanía, en Asia, casi en África y por poco en Europa»[10]

La crisis estaba abierta y de nada sirvió que Polavieja lanzase su famoso manifiesto (1 septiembre 1898) en combinación con Rafael Gasset. Silvela, en su célebre artículo —aunque sin firma — publicado en «El Tiempo» (16 agosto 1898) afirmaba que España estaba sin pulso, pero para ofrecerse a renglón seguido a regenerarla. Se trata de la maniobra de una Unión Conservadora extendida a Pidal y a Martínez Campos, con el sencillo propósito de sustituir a Sagasta. Y presentándose con aires de «aperturismo» incluyendo a Polavieja y a Durán y Bas, que durarán poco en el Gobierno, quedando éste como uno más de la larga serie de conservadores.

Aunque nuestro objeto no es un examen detallado de aquella crisis (empresa que intentamos en otro trabajo en curso de realización) en sus aspectos socio-políticos y económicos, podemos

avanzar que si bien puso en delicada situación a la industria textil catalana y a los harineros castellanos (al perder el monopolizado mercado de las colonias) no puede hablarse de tal crisis para el norte en unos años en que se crean en Vizcaya más sociedades que nunca[11], se extrae y se aporta más hierro que nunca, haciéndolo pagar en libras y no en pesetas. Tampoco hay crisis en la hulla asturiana, etc.

Lo que está en crisis es el Estado de la monarquía, el sistema colonial, todo el sistema canovista de los partidos de turno apoyados en una monstruosa falsificación del régimen parlamentario por medio del caciquismo y vicios anejos. Hay una crisis política evidente, una crisis del sistema imperial-colonial tal como los gobernantes y clases dominantes se habían empeñado en hacer prevalecer; y, consecuentemente, se produce una profunda crisis ideológica.

Pero ¿es que no hay crisis económica? Entendámonos; hay una crisis económica *estructural* agudizada día tras día. La falta de capitalización de las explotaciones agrícolas, la estructura latifundista y minifundista de la propiedad agraria, el bajísimo poder de compra de la población rural (la mayoría del país) eran el primer freno a toda expansión y desarrollo de la industria en un mercado nacional. Si se ganaba dinero exportando hierro, esas exportaciones contrariaban lo que hubiera debido ser el desarrollo industrial del país. De sobra es sabido que las tremendas contradicciones que han motivado que se hable de dos modos de producción coexistiendo en España en el siglo XIX (y también de «economía dual», de «yuxtaposición económica», etc.) eran la clave del atraso español. Lo que queremos decir es que en 1898 no es esa contradicción la que se presenta con mayor fuerza, sino la política y, más todavía, la ideológica. Porque, a fin de cuentas, la oligarquía dominante sigue integrando altos burgueses y la es-

tructura económica tarda más de quince años en ser puesta en tela de juicio; e incluso el personal político del bloque de poder consigue aferrarse al timón de la embarcación —el Estado y los instrumentos de Poder— y los partidos de turno, sin sus jefes de antes, fragmentados, desacreditados, etc., siguen funcionando durante cuatro lustros. Ahora bien, lo que se acaba para siempre es la posibilidad de seguir empleando los tópicos «ideológicos» anteriores al 98. *Aquí la ruptura es total y definitiva*; del unanimismo se pasa al pluralismo; la burguesía «no integrada», la pequeña burguesía y la clase obrera irrumpen ideológicamente al nivel de distintas tomas de conciencia. El intelectual bien sostiene la tesis burguesa del Estado democrático liberal y de Derecho (y es el caso de Azcárate, de Giner, de Pedregal, de Posada) o bien expresa la protesta irritada, sentimental de la pequeña burguesía. Condicionados ideológicamente —como señala Abellán en sus *Claves del 98*—, insertos en el mercado de las profesiones liberales, la mayoría de ellos acabarán por recaer en el conformismo de una u otra manera; pero una minoría no retrocederá jamás después de la ruptura.

El 98 como crisis es: la ruptura de la hegemonía ideológica del bloque oligárquico y no la cota cronológica de una generación literaria todavía mal definida, cuyos componentes en su mayoría eran todavía muy jóvenes.

Desde el último tercio del siglo XIX, manejando los textos y la documentación de la época, se observa fácilmente que lo que subsiste del seísmo del 98 es la *revisión crítica* a ultranza, el rechazo de lo que antes se consideraba como verdad establecida, el replanteamiento de todos los temas concernientes a la realidad socio-política de España.

Hemos dicho que esta revisión crítica (ya empezaba antes, pero a la que sirve de fulminante el desastre colonial) es pluralista.

Diremos más; se produce en orden disperso y con ópticas muy diferentes. Podemos tipificar varias direcciones entre las más importantes líneas de fuerza que van a hacer saltar la línea «ideológica» defensiva de la España «tradicional»:

a. El regeneracionismo, que abre un proceso a la práctica socio-política de la Restauración y propone una serie de remedios pragmáticos (y con frecuencia casuísticos) al extenso inventario por él hecho de «los males de la patria». Hay, empero, varios regeneracionismos, y el más trascedente es el catalizado por Costa a través de su Liga de Productores, y que, aun fracasada ésta, culmina en la Información del Ateneo de Madrid en 1901.
b. El «institucionismo», en sus dos sectores, krausista y positivista (a veces conecta con Costa, que, a su manera, no deja de ser «institucionalista»). En cierto modo es un regeneracionismo educativo o pedagógico, aunque es justo reconocer que va mucho más lejos.
c. Actitud crítica de algunos escritores consagrados: Galdós, a partir de la tercera serie de los *Episodios Nacionales*, acelera su evolución. *Clarín* estrecha sus relaciones con el socialismo, aunque sin identificarse con él. Son particularmente dignos de mención sus artículos de 1.° de mayo de 1899 en «La lucha de clases» y en «El Socialista». El publicado en este último (en un número en el que también colaboraban Pi y Margall, Ramiro de Maeztu, Adolfo A. Buylla, Benot, Unamuno, Verdes Montenegro… y Benavente), aunque breve, fue muy comentado. Se titulaba: *Afinidades electivas* y en él podía leerse: «No somos *unos*, pero somos afines. Obreros todos, amantes de los explota-

dos, de los humildes, de los pobres, perseguimos el mismo fin, aunque no siempre por los mismos medios».

Existen entre nosotros las *afinidades electivas* de que habló el gran Goethe.

Y opino que los socialistas deben tener más confianza en esta clase de aliados que en los adeptos poco sinceros que de *la burguesía* quieran pasarse a su campo, porque acaso empiezan a sospechar que anuncian sus verdores óptima cosecha.

d. Un criticismo específico que procede de la burguesía catalana, la de mayor solera burguesa, pero también la más afectada por la crisis del 98 y sus precedentes (las Bases de Manresa son del 92): Prat de la Riba, Maragall.
e. La expansión del movimiento obrero; aunque adolece de endeblez teórica, se cuenta con las aportaciones de Vera, Iglesias, Morato… en el sector socialista; de Urales, Anselmo Lorenzo, etc., en el anarquista. Sus publicaciones semanales crecen en importancia y número entre 1899 y 1903 (en este último año se convierte en diario «Tierra y libertad»). Las publicaciones periódicas socialistas tienen, en 1902, una tirada semanal entre 30 000 y 35 000 ejemplares.
f. Señalemos, en fin, la postura crítica de los jóvenes escritores, en unos con aspectos francamente radicales, en otros con carácter estetizante. Entre los primeros, los artículos de Martínez Ruiz [12], quien fue expulsado del republicano «El País» por sus artículos contra el matrimonio y la propiedad: también Ramiro de Maeztu; Pío Baroja, menos «comprometido», pero

siempre crítico (publica en «Germinal», en 1897, *Piedades ocultas*, que será en realidad el «Bondad oculta» integrada en *Vidas sombrías* (1900)). Joaquín Dicenta, que ha estrenado *Juan José*, en 1895, y dirigido dos años después el intento fallido de la revista «Germinal[13]».

Otros están integrados o muy cercanos al socialismo: Verdes Montenegro y, desde luego, Miguel de Unamuno, aunque precisamente su apartamiento del socialismo se inicia en esa fecha durando la situación, intelectualmente ambigua, hasta 1902.

Hay, pues, un hecho; la crisis ideológica que culmina o «estalla» en 1898; y otro, muy distinto; el grupo generacional de escritores que se denomina con la etiqueta de aquella fecha (y la cuestión se complica sobremanera si además se incluyen los escritores modernistas). Toda confusión de esos dos fenómenos conduce a mixtificaciones de diverso género; una de ellas, demasiado habitual, ha sido la de hablar de las ideas «noventayochistas» de Machado. Sólo el mismo Machado, pocos meses antes de morir, negaba lúcidamente su inclusión en la generación del 98.

Ahora bien, no es muy fácil precisar el contenido, el repertorio «ideológico» de la crisis que estalla el 98. Podemos intentar, con inevitable riesgo de error, el enunciado de algunos elementos comunes a todas o a la mayoría de las posturas críticas de entonces:

a. Crítica del sistema político de la Restauración y de su sustrato sociológico, el caciquismo. Costa y Unamuno pusieron ahínco en señalar también que ya con anterioridad, la revolución de 1868-73 fue una revolución frustrada.

b. Crítica de una concepción del pasado basada en hechos de armas y glorias dudosas. Costa decía en 1901: «Deshinchemos esos grandes nombres: Sagunto, Numancia, Otumba, Lepanto con que se envenena a la juventud de nuestras escuelas y pasémosle una esponja…». Y Pablo de Alzola, escritor que sirve de expresión al gran empresario del norte, escribe: «¿Qué entusiasmo ha de quedar a los españoles que vivían engreídos en sus muy discutibles glorias militares, harto desfiguradas y exageradas hasta la hipérbole por los novísimos jaleadores, cuando han visto derrumbarse el castillo de naipes artificiosamente levantado al primer soplo de los mercachifles yanquis?»[14].

c. Falta de confianza en el pueblo español como protagonista de la historia y creador de su porvenir. La infravaloración del trabajo no se busca en el peso de una «ideología» señorial y arcaica —la de los «hidalgos cansados», diríamos—, sino en una especie de enfermedad nacional; la abulia según Ganivet y también según Mallada; para Salillas, «los defectos históricos del carácter español son el autoritarismo y la picardía», aunque luego rectifica (en su libro *Hampa*, 1898) y conviene que el vago y el maleante lo son por hambre. Pero según unos, la vagancia es el mal nacional por excelencia; para otros —Dorado Montero, Posada, Altamira y el mismo Costa—, el gran mal es la ignorancia (en definitiva, ése era el pensamiento de Giner). Dorado pide «tutores de pueblos», Altamira y Costa, también. Altamira —entonces institucionalista a cien por cien, secretario del Museo Pedagógico hasta que gana cátedra en la «krausistizada» Universidad de Oviedo— dice en el discurso de apertura del

año académico 1898-99 en la Universidad de Oviedo, publicado después en la revista «La España Moderna»:

> «No nos dejemos alucionar por la esperanza de lo que vagamente se llama pueblo, masa, etc… Hay doce millones de españoles que carecen de instrucción. El pueblo no puede dar el impulso para la regeneración, puesto que es el primero que necesita regenerarse por medio de la cultura».

En resumen, ¿qué líneas de fuerza presenta la ofensiva «ideológica» del 98 contra los conceptos, representaciones y valores del bloque dominante?, crítica del sistema socio-político, de los partidos de turno, del falso parlamentarismo, del caciquismo; denuncia de los «males nacionales»: horror al trabajo, ignorancia, hambre; soluciones elitistas, con cierta carga de arbitrismo y negativa del protagonismo popular; en fin, demolición crítica de los valores «históricos» exaltados por la ideología dominante.

Antes de seguir adelante se hace preciso recordar la diferencia entre lo antedicho y el repertorio ideológico del grupo generacional literario del 98. Este coincide en la revisión de los valores históricos, incluso de los literarios; se adhiere a la tesis de la abulia nacional y tiende a la exaltación estetizante del paisaje, no sólo del castellano, como suele decirse, aunque sí con predominancia de él.

En fin, la inclinación a la secularización de actos de la vida civil (p. ej. estreno de *Electra*) no es específica de un grupo de escritores, sino común a vastos sectores de la sociedad, tanto de medios populares como de la burguesía no vinculada al bloque del Poder. Hay también la actividad específica de «los tres» (Azorín,

Maeztu, Baroja) hacia 1900-1901, que no pasa de ser una faceta anecdótica del regeneracionismo.

Aunque más adelante hemos de insistir sobre este asunto, queremos salir ya al paso de la habitual confusión creada por el mito literario del 98.

Y volvamos a los grandes lineamientos de la ruptura ideológica. Frente a los rasgos enunciados, que son mayoritarios, no es posible ignorar que Vera, Iglesias, y con ellos el joven Unamuno, discrepan en un aspecto: el protagonismo popular.

En 1895, en *En torno*..., escribe Unamuno: «¿Está todo moribundo? No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intrahistoria, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos y ventarrones del ambiente europeo». (Surge ahí el binomio unamuniano pueblo-Europa del que habremos de ocuparnos con detenimiento).

Más rotundamente, Jaime Vera escribe el 1.º de mayo de 1900:

> «Sentís bien que la vida pública nacional es la de un organismo incompleto... ¿No veis que le falta el pueblo? ¡Y le increpáis porque os vuelve la espalda, cuando su cordura está en alejarse de vosotros!... (...). Hundida la patria en simas más hondas que hoy, ha renacido por el vigor del pueblo. En él es donde han de buscarse vírgenes energías; por él, contra los errores y horrores de la política tradicional, está asegurada la perennidad de la familia española sobre la haz de la tierra[15]».

Las diferentes direcciones del pensamiento ponían en tela de juicio, cada una a su manera, los valores establecidos que habían permitido justificar la sociedad de la Restauración como una continuación armoniosa de la historia de España. Lo característico del fin de siglo es que la revisión crítica que años antes era patrimonio de un pueblo de profesores krausistas —o positivistas— fuera ahora llevado a la plaza pública por la prensa diaria, las

conferencias, a las conversaciones… Hay una inmensa crisis de confianza.

Sin embargo, hay algo más hondo que todavía no ha ganado los primeros planos de la discusión pública ni de la preocupación de las conciencias. ¿Lo intrahistórico, que diría Unamuno? Aceptemos el término provisionalmente, aunque no sea muy científico. El hecho sobre el que se sustentaban los demás era que la mayoría de la población pasaba todavía hambre y necesidades, que labraba las tierras que no eran suyas o que, si lo eran, eran pocas y pobres.

CAPÍTULO IV

JOAQUIN COSTA Y MIGUEL DE UNAMUNO ENTRAN EN ESCENA.

Costa es de una generación precedente a la de Unamuno; sin embargo, van a coincidir en su impacto sobre las ideas en los últimos años del XIX y los primeros del XX. Aquí se demuestra la eficacia del concepto de Tierno, «espacio generacional»; nada menos que en el espacio generacional de la crisis finisecular coinciden dos personalidades de esas dimensiones.

¿Cómo enfocar su entrada en escena? Sin duda, Costa entra antes no sólo en la escena «biológica» del existir humano, sino en la del quehacer cultural español. No puede, en cambio, asegurarse que preceda a Unamuno en abordar lo que llamaríamos temas coyunturales de fin de siglo. ¿Qué hacer? Resignémonos a un paralelismo, siempre arriesgado, de su aventura humana.

Joaquín Costa nace en Monzón en 1846 de un matrimonio de once hijos, del que sólo sobrevivirán cinco. Ciudad pobre y familia pobre; la emigración se impone. De corto vuelo, más bien trasladado a Graus; en 1852. En Graus va Joaquín a la escuela, pero pronto, como todos los chiquillos de su clase social, tiene que ponerse a trabajar.

Su historia es conocida: a los 17 años busca trabajo en Zaragoza. Luego es criado de un arquitecto de Huesca, quien, en cierto modo, lo protege; Joaquín será peón de obras públicas y albañil. Personaje singular, autodidacta digno de ese nombre, devorado

siempre por la pasión de saber, de estudiar y de escribir. ¡Cuando se piensa que aquel joven llevaba ya su «Diario» y que en 1866 fundó con unos amigos el Ateneo Oscense!

Viene luego su viaje a la Exposición de París de 1867, entre los doce «artesanos discípulos observadores» que van pensionados.

No hay por qué insistir en lo anecdótico; por otra parte, la excelente biografía de Cheyne[16] nos dispensa de insistir sobre cualquiera de los aspectos biográficos que, por añadidura, escapan a nuestra temática. Digamos tan solo que Costa es Bachiller en 1869, que va a Madrid y se hace allí maestro de escuela superior. Pero no tiene un céntimo; en penosas condiciones da comienzo a sus estudios universitarios de 1870. España vive una de sus coyunturas políticas revolucionarias y el joven Costa se apasiona por ella, ya en marzo de aquel año había leído el *Ideal de humanidad para la vida*, de Krause, y, en verdad, también de Sanz del Río. Al llegar a la Universidad era, pues, un krausista en potencia. ¿Cuándo entra en relación directa con Giner? Da la impresión que antes de lo normal académicamente (Giner explicaba en el Doctorado). Costa acabará en noviembre de 1872 la licenciatura en Derecho (y en junio siguiente la de Filosofía y Letras), pero ya ese mismo año Giner está muy preocupado por la extremada pobreza del oscense e intenta, sin éxito, buscarle una colocación.

En junio del 74 se examina Costa de las asignaturas del doctorado de Derecho; en diciembre presenta con éxito su tesis. Mal momento para Joaquín y sus amigos de la Universidad. Martínez Campos restaura la dinastía y el contumaz marqués de Orovio limpiará la Universidad, pocos meses después, de nefandos heterodoxos. Empezarán las dificultades administrativas, los fracasos en oposiciones por razones extracientíficas (si Costa iba el pri-

mero en una terna de oposiciones, el ministro lo pasaba a tercero, lo que entonces era legal). Lo único que consiguió fue una plaza de oficial letrado (abogado del Estado) en Cuenca (1875), y cuando en 1876 se abre la Institución Libre de Enseñanza, Costa figura como profesor de Historia de España y Derecho Administrativo. Durante diez años, su vida y trabajo estarán estrechamente vinculados a la Institución. No obstante, hasta 1879 seguirá de oficial letrado en distintas ciudades. De Cuenca fue trasladado a San Sebastián y luego a Guadalajara. En 1877 logró que le destinaran a Huesca.

En 1875, precisamente en la invicta villa de Bilbao, comienza los estudios de Bachillerato el niño Miguel de Unamuno y Jugo. Ha nacido once años atrás el día de San Miguel (29 de septiembre). Huérfano de padre en edad temprana, este hijo de comerciante y nieto de comerciante (su abuelo paterno era confitero en Vergara) vivirá, como su madre, de los bienes que quedan de la abuela paterna. El niño Miguel de Unamuno ha vivido ya la guerra, la segunda de las carlistas, en el Bilbao sitiado, experiencia que será materia prima de la primera de sus novelas, *Paz en la guerra*.

El niño Miguel de Unamuno está enamorado desde los doce años. Como el Ignacio de *Paz en la guerra*, Miguel «se queda mirando siempre» en la clase de catecismo a Conchita Lizárraga, dos meses mayor que él. Concha Lizárraga, la novia-niña, la esposa luego, la madre de su prole; la única mujer en la vida de don Miguel.

En 1880 va Miguel a Madrid para cursar estudios de Filosofía y Letras. De sus profesores sólo parece guardar buen recuerdo de don Marcelino Menéndez Pelayo, el mismo que en 1875 ha conseguido vencer a Costa en el disputado premio extraordinario de Filosofía y Letras.

Sabido es que Madrid no agradó a Unamuno. Ese Madrid donde termina su licenciatura en 1883, el doctorado en 1884 y a donde volverá en 1890 para la preparación de oposiciones a cátedra (ocasión en la que conoce y traba amistad con Ángel Ganivet).

Mientras tanto, Joaquín Costa ha publicado la *Teoría del hecho jurídico*; presenta su ponencia en el Congreso Jurídico de Zaragoza (1880) y otra en el Congreso Pedagógico de 1882, en el que habla ostentando la representación de la Institución Libre de Enseñanza. Al siguiente año organiza el Congreso de Geografía Comercial, y de ahí saldrá la Sociedad de Africanistas, cuya revista dirige durante dos años. Todo lo cual hace compatible con la colaboración asidua en el Boletín de la Institución (del que será director de 1880 a 1883) y con la participación en el nuevo Congreso Pedagógico (1884).

Es el decenio de mayor actividad de Costa. Trabaja de pasante con Gabriel Rodríguez (que es, además, uno de los burgueses liberales puntales a la vez de la Institución), gana una oposición a Notarías y es nombrado para Granada (1884), de donde pasa a Jaén (1890), pero a la vez no abandona las tareas de los siguientes congresos pedagógicos. Solamente en 1890, ya en Jaén, va a agravarse de su enfermedad casi congénita. Marcha a Suiza con objeto de ser examinado por varios médicos, pero al cabo vuelve desengañado y se retira a Graus. Sin embargo, ese aparente retiro será el punto de partida de su intervención más resonante en la vida nacional. Ciertamente (y esto no hay que ignorarlo, para darse cabal cuenta del alcance que tenían las palabras de Costa a fines de siglo), los medios oficiales, al principio tan hostiles a Costa, ya le habían distinguido con nombramientos como el de vocal de la Comisión de Legislación Extranjera del Ministerio de Gracia y Justicia, académico y profesor de la Real Academia de

Jurisprudencia y Legislación, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia. Más tarde, académico de número de Ciencias Morales y Políticas (1895).

Junio de 1891. Miguel de Unamuno gana la cátedra de Griego de la Universidad de Salamanca. El 13 de julio toma posesión. Miguel y Concha, que se han casado el invierno precedente, se instalan en Salamanca en el mes de octubre. Miguel hace tiempo que escribe en los periódicos: en «El Nervión» y «El Noticiero Bilbaíno». Ahora lo hará con seudónimo. También escribe en «El Fomento de Salamanca». En verdad, el primer artículo de Unamuno había sido publicado en la «Revista de Vizcaya», en sus números de 15 de febrero y 1 de marzo de 1886, y su título era *Del elemento alienígena en el idioma vasco*.

Unamuno acaba de cumplir sus veintisiete años cuando empieza sus clases universitarias, su convivencia, no siempre fácil, con compañeros de claustro, pero estrecha y cordial con algunos, como Pedro Dorado Montero. Unamuno se ha interesado ya vivamente por la huelga general que ganan los obreros bilbaínos en 1890 (la que termina por el llamado «Pacto de Loma»); ya había leído a Kant, luego a Hegel, a Spencer. En una carta a Múgica, citada por Blanco Aguinaga[17] y fechada el 20 de marzo de 1892 (su primer año académico en Salamanca) llama correligionarios suyos a los socialistas alemanes y declara hacer «propaganda francamente socialista desde un periódico de aquí», refiriéndose a Salamanca. Pide libros socialistas («He oído hablar de libros de Bebel»). Dice «conozco el Marx y otros» (?). ¡Donosa manera de expresarse, como pudiera decirse «el Castán» o «el Cuello Calón» en nuestra jerga estudiantil de antaño! De todas maneras, ese Marx no es *El capital*, puesto que el mismo Blanco Aguinaga nos enseña que Unamuno pidió su edición alemana dos años después (exactamente cuándo ingresa en el Partido So-

cialista). Ya lee corrientemente alemán. Años después le dirá a Urales que había aprendido alemán leyendo a Hegel; por consiguiente, ya ha pasado por esa fase. Está probablemente enfrascado en Spencer, del que pocos años después traducirá nada menos que seis volúmenes para ser editados por La España Moderna.

El *Progress and Poverty*, de Henry George, está traducido al español en 1893. Pero Unamuno poseía un ejemplar de su edición inglesa, que se conserva en su biblioteca.

Como Pérez de la Dehesa ha señalado certeramente, se opera en esta época una multiplicidad de influencias sobre el joven profesor: George, Lange, Nitti, Achille Loria, además de la base hegeliana y de la búsqueda, más o *menos* afortunada, de los clásicos marxistas. Y por otra parte, aunque más tarde no quiera reconocerlo y diga que no ha experimentado influencia alguna española, ¡qué duda cabe del peso del krausismo en aquella época! En *En torno*… no vacila en realzar su importancia «cuando en nuestros días se coló acá el viento de la renovación filosófica postkantiana…»[18]. Inútil recordar la influencia costiana, puesto que pretendemos quede de relieve en este trabajo, que tampoco admitirá nunca don Miguel, aunque evoque respetuosamente la figura del oscense.

En fin, las lecturas de Tolstoi, apuntadas por Gil Novales, no dejan de marcar honda huella, y también las inspiraciones de la germánica «Escuela histórica del Derecho» (Savigny, Puchta, etc.), aunque esta última dirección bien pudo llegarle a través del bagaje intelectual costista.

He aquí, pues, el Unamuno catedrático, periodista, traductor, ya a punto de ser socialista, ya padre de tres hijos… Pero aquí ha empezado la tragedia: el tercero de ellos, Jenaro, sufre una meningitis que degenera en hidrocefalia a fines de 1896, cuando no tiene todavía el año.

¿Y Costa? ¿Será vencido por la enfermedad? No; como le niegan, con pretextos falaces, una notaría de segunda en Graus (porque él es de «primera»), encarrila sus energías a la creación allí mismo de la Liga de Contribuyentes del Ribagorzana (1891), transformada al año siguiente en Barbastro en Cámara Agrícola del Alto Aragón. Costa ha creado, tal vez sin saberlo, lo que será su instrumento para lanzarse a una empresa de dimensiones nacionales. En 1893 fracasa en el intento de que lo elijan concejal por Graus. No se desanima. Vuelve a Madrid e instala su notaría en la calle del Barquillo.

Febrero de 1895. El domingo 24 lo es de Carnaval. Aquella noche, en la comarca de Guantánamo, los cubanos se apoderan de un puesto español. Bartolomé Bassó acampa en el Bayate. El pueblo de Baire está cerca de Jiguani, al este de Bayate. Allí llega un suboficial, Saturnino Lora, y anuncia que la guerra ha empezado. Es lo que ha pasado a la historia con el nombre de «Grito de Baire», que simboliza el comienzo de la guerra de independencia cubana. En Madrid apenas se dan cuenta de la gravedad de los hechos. Pero un motín de tenientes de la guarnición es motivo o pretexto para que Sagasta decline el poder y pase a Cánovas el poco envidiable puesto de timonel del Estado.

Como si un azar lo hubiese querido, es también en febrero cuando Unamuno empieza a publicar una serie de artículos en la revista «La España Moderna». El primero se llama *La tradición eterna*. Todos reunidos constituirán *En torno al casticismo*.

El joven catedrático de Salamanca se ha interesado cada vez más por el socialismo. Y el 7 de octubre de 1894 había aparecido el primer número del semanario socialista de Bilbao titulado «La Lucha de Clases» y dirigido por Valentín Hernández. El 11 del mismo mes, Unamuno le escribe una carta, que será publicada en el número del día 21 (y reproducida por «El Socialista», de

Madrid). El texto es hoy bastante conocido desde que Blanco Aguinaga lo publicara en «Revista de Occidente[19]». Tiene una primera parte personal, muy «unamuniana»: «Me puse a estudiar la economía política del capitalismo y el socialismo científico a la vez, y ha acabado por penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, el socialismo que inició Carlos Marx con la gloriosa Internacional de Trabajadores, y al cual vienen a refluir corrientes de otras partes, es el único ideal hoy vivo de veras, es la religión de la humanidad».

A pesar del equívoco que por esa visión pudiera subsistir, Unamuno parte en guerra contra «los socialismos burgueses (que) son enemigos del verdadero socialismo o engañosos sofismas». Hay, luego, afirmaciones de más alcance por encima de la «circunstancia», a saber: «Hay que hacer ver con empeño que el socialismo no es revolucionario por el gusto y afición a la jarana, pues *sólo el vago es bullanguero*[20], y que de la clase explotadora depende el hacer que el último paso sea lo más suave, lo menos violento posible».

Unamuno pide a Hernández le preste, las columnas del semanario «para desde ellas hacer algo por la difusión de nuestro común ideal».

«El Grito del Pueblo», semanario socialista de Alicante, saludó la entrada en liza del profesor de Griego, quien le contestó con otra carta[21]. De nuevo en esta carta critica Unamuno a los intelectuales que tratan con desdén a la clase obrera, «que creen serle superiores por llevar cargada la cabeza de no poca hojarasca».

La colaboración de Unamuno en «La Lucha de Clases» (que hoy conocemos en detalle gracias a Pérez de la Dehesa) prosigue sin grandes interrupciones hasta marzo dé 1897, momento de su crisis religiosa. No obstante, no escribe en el semanario bilbaíno durante la mayor parte de los meses en que se publican los ar-

tículos que constituirán *En torno al casticismo*. (No escribe allí entre abril y octubre, pero la coincidencia no es completa, ya que en abril tenía que haber escrito por lo menos cuatro capítulos de los cinco de *En torno*…, es decir, hasta el IV, que baja de publicarse en el número de mayo de «La España Moderna»).

Es aquella época de inmensa actividad para Unamuno, y precisamente de estrecha colaboración con Costa. Se trata del tomo II de la obra colectiva dirigida por éste que lleva el título de *Derecho consuetudinario y economía popular de España*[22], para el que Unamuno se ocupó de observar directamente las costumbres que aún se practicaban en Vizcaya, lo que para él era el ejemplo vivo de la *intrahistoria*.

El 1895 es, pues, un año en que cinco entregas mensuales, de febrero a junio, publicadas en la revista de Lázaro Galdiano, nos darán lo que más tarde será conocido con el nombre de *En torno al casticismo*, título general que llevará al editarse en libro en 1902.

Durante aquellos últimos años del siglo, la actividad de Unamuno será tan múltiple como intensa y escribe sin cesar. Está dispuesto a colaborar en todas partes. Tiene la obsesión de que necesita abrirse camino «para ayudar a la cátedra», es decir, a su sueldo de catedrático, pero no es menos verdad que hay ya otra obsesión: la de la nombradía («¡Estoy tan solo aquí y tengo tantas cosas que decir!», escribe a «Clarín» el 31 de mayo de 1895). Traduce también; varios tomos de Spencer en aquel tiempo para la editora La España Moderna, que también dirigía Galdiano, aparecen con escasa distribución y venta. Aunque diga, a veces, que Madrid le repele, no es menos verdad que se siente un poco al estrecho en Salamanca. Pretende vencer esa desventaja por medio de una fuerte actividad epistolar. Corresponde, entre los «grandes» de la época, con Giner, con Costa, con Pablo Iglesias,

con Galdós e incluso con «Clarín», aunque éste fue el único que pareció no hacerle mucho caso, y más tarde, poco antes de morir el autor de *La Regenta*, habrá unas agridulces cartas, tras la publicación de los tres ensayos *¡Adentro!, La ideocracia y La fe*. Cuando Unamuno le escribe en 1895, descubre sin velos sus objetivos: «Unas observaciones críticas de usted no pueden por menos que hacer que mis trabajos sean más leídos[23]».

De todas maneras, y dejando a un lado los propósitos personales, resulta claro que el multifacetismo intelectual —creador y crítico— de aquel joven Unamuno hará de él, para la posteridad, un prototipo del seísmo ideológico, de aquella irrupción a la superficie intelectual de España de corrientes que hasta entonces habían estado poco menos que subterráneas. Entre la ingente obra escrita y publicada durante aquellos años por Unamuno, conviene señalar tres artículos que se publicaron en prensa socialista alemana entre 1895 y 1897[24]. El primero de ellos, *El valor absoluto del hombre y la enfermedad del siglo*, publicado en «Der Sozialistiche Akademiker», de 15 de febrero de 1895, es la base del artículo en castellano, mucho más conocido, *La dignidad humana*, que fue publicado en «Ciencia Social», de Barcelona (dirigida por Anselma Lorenzo), en enero de 1895. Se señala allí el contraste entre *individualidad* y *personalidad* (que también veremos en *En torno*…). También escribe en «La Justicia», periódico republicano, y en el extraordinario de «El Socialista» del 1. ° de mayo de 1896. *La crisis del patriotismo* (donde hay un desarrollo del último capítulo de *En torno*…) aparecerá en «Ciencia Social», así como varios ensayos más. En «La España Moderna» escribirá sobre *El caballero de la triste figura*, y en la «Revista Política Iberoamericana», el artículo *Pistis y no Gnosis*, que anuncia la crisis religiosa que experimentará en los primeros meses de 1897.

Pero la precedente enumeración carecería de valor si no tuviésemos en cuenta que en 1896 ha escrito, o mejor dicho, ha reescrito *Paz en la guerra*, que saldrá de prensa en 1897. Además es de imprescindible señalamiento el artículo *Algunas observaciones sueltas sobre la actual cultura española*, publicado en «La Ilustración del Pueblo» de enero de 1897; sobre él tendremos que volver, puesto que allí se continúan todos los grandes lineamientos de *En torno*…, es decir, de lo que podríamos llamar concepción «social-unamuniana» de la coyuntura española de final de siglo.

Ha comenzado 1897 y Unamuno trabaja más que nunca para «La Lucha de Clases». El número del 13 de febrero se lo escribe casi todo él solo. Y súbitamente, en una noche de angustia del mes de marzo, va a estallar la crisis religiosa, coincidiendo con la hidrocefalia de su hijito Jenaro, a quien los médicos han dado ya por incurable.

★ ★ ★

Es 1897 y el «león de Graus» ha andado su camino; sobreponiéndose al dolor y a la enfermedad, ha estudiado más que nunca y ha organizado más que nunca. Su lucidez le permite columbrar por qué despeñadero se precipita la guerra colonial.

Costa presenta su candidatura de diputado a Cortes por Barbastro en 1896, en nombre de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, de la que era presidente. Será derrotado por el caciquismo, pero su programa, que no es una trivialidad electoral, sino un programa de regeneración, quedará en pie. (Incluso actitudes del momento que nadie podía o sabía o quería tomar, como la de pedir la paz inmediata en Cuba[25]).

(Recordemos que también Unamuno fue candidato a diputado a Cortes, en las mismas elecciones de 1896, por Alicante, en la candidatura del Partido Socialista y llevando como compañero al doctor Jaime Vera).

Costa terminaba su *Colectivismo Agrario* (en 1895 había publicado sus *Estudios ibéricos*), y en enero del 98 lo presentó al premio «Talento», de la Real Academia de la Historia. Una vez más, le quitaron un premio; Costa ya no estaba bien visto por los hombres del sistema, es decir, estaba todavía peor visto que antes. *Colectivismo agrario* es, sin embargo, un éxito sin par. Se le ha comparado, en el dominio socio-histórico, con la obra de Menéndez y Pelayo en el histórico-literario. Sin duda, las cosas no podían ser ya como antes (en el plano intelectual, en el de la historia, en el de la naciente sociología, en el de las tradiciones socio-económicas de nuestros intelectuales de otros tiempos, desde Vives hasta Flórez Estrada) tras la publicación de *Colectivismo agrario*. Pero es 1898 y España tiene una cita trágica con el destino. Y Costa será de los españoles más sensibilizados a aquella cita. Todo se precipitará. La interviú para «El Liberal» del 18 de octubre que resuena de un extremo a otro del país; el Mensaje-Programa de la Cámara Agrícola del Alto Aragón; la reunión de las Cámaras en Zaragoza (febrero 1899), de la que sale La Liga de Productores (pero no un partido, como él quería); la competencia con las Cámaras de Comercio, que le «cortocircuitan» creando la Unión Nacional, en la que Costa y su Liga acceden a entrar. La Unión Nacional se centra toda en el año 1900. Será de vida dramática, pero corta. Costa la abandona pronto, pero desde entonces está prácticamente muerta. Y Costa seguirá combatiendo solo, pero no con menos eficacia. 1901 y 1902 presenciarán otro hito fundamental de su obra. La información al Ateneo de Madrid sobre Oligarquía y Caciquismo, seguida de debate y del resumen que él hace (reelaborado en 1902). El ciclo de crisis se agota, pero el voluntarismo de Costa no lo admitirá. Y en las filas de Unión Republicana será elegido diputado en 1903. Curioso diputado que jamás traspasará los umbrales del Congreso, ni para jurar el cargo. Pero ya entonces don Miguel de Una-

muno, con dos años de ejercicio en el rectorado de Salamanca, se afana más por salvar su «yo» que por enderezar entuertos económicos o sociales. Ha llegado a esa nueva fase a través de períodos espiritualmente tormentosos y siempre «agónicos». En marzo del 97 se replantea el problema de la fe de su niñez y de sus antepasados: «He tentado al Señor…»[26]. Pasará aquella Semana Santa en Alcalá, con su viejo amigo el padre Lecanda. (A señalar que hasta que va a Alcalá, a pesar de la crisis, sigue colaborando en «La Lucha de Clases»). Pero ya hay referencias a «aquel socialismo llamado utópico», contraponiéndolo al materialismo histórico (artículo en «Revista Política Iberoamericana» del 30 de marzo), y una afirmación de «socialismo vivo», muy diferente de «las distintas escuelas» (en «La Lucha de Clases», 10 abril 1897). Pero sigue la lucha interna; su fe ya no es la de antes; el desgarre entre el corazón y el intelecto se ha apoderado de él. Más tarde cuenta: «Se percató de que aquello era falso y volvió a encontrarse desorientado, preso otra vez en la sed de gloria, del ansia de sobrevivir en la Historia». Así habla de sí mismo en la carta a «Clarín» de 1900 (citada por Salcedo).

Las razones eran más complejas. Unamuno no podía evadirse de la coyuntura nacional; los acontecimientos se precipitaban. Nada tan batallador como su ensayo *El negocio de la guerra*, publicado en «La Estafeta» en enero del 98. Viene la derrota y también el sobresalto regeneracionista. Unamuno publica su ¡*Muera Don Quijote*! en la revista «Vida Nueva» (28 de junio 1898, núm. 3 de esa publicación, en la que colaboraban desde Maeztu hasta Balart), seguido de su ¡*Viva Alonso el Bueno*!, en «El Progreso», que dirige Lerroux. Antimilitarista en «Vida Nueva»; crítico del regeneracionismo, pero desde la izquierda, en *Doctores en industrias*, «La Estafeta», 16 de octubre de 1898, y en «Diario de Comercio», de Barcelona, del 9 de noviembre; heraldo del *Colectivismo agrario* desde las columnas de «La Lucha de Clases» (20 de agosto

de 1898), Puede decirse, sin exageración, que hay un momento en que el múltiple y hasta contradictorio Unamuno es un momento de la conciencia de España.

(También es de imprescindible cita, porque completa el tan diversificado panorama intelectual de don Miguel, el estudio *De la enseñanza superior en España*, que se publica en varios números de la «Revista Nueva», que también empezaba a publicarse en febrero del 99, bajo la dirección de Luis Ruiz Contreras).

★ ★ ★

Todavía escribirá Unamuno sus artículos sobre las mesetas. Pero en las postrimerías del año 99, su fábula de *Nicodemo, el fariseo* (publicada en noviembre en «Revista Nueva») muestra la problemática interna de Unamuno: «Apenas hay cuestión que no solicite mi atención, lo cual me lleva acaso a dispersar mis fuerzas; pero entre todos los problemas, son tal vez los económicos y los religiosos los que más quehacer dan a mi espíritu. Son lo económico y lo religioso los dos goznes de la vida humana». Tal vez, como ha señalado Blanco Aguinaga, de haber nacido Unamuno medio siglo después, la antinomia hubiera podido ser superada. Pero como no era ése el caso, nos limitamos a citar su existencia; luego, Unamuno tendrá que optar por un sólo «gozne».

Todavía hay «europeísimo» en su discurso en el Ateneo de Valencia en 1902, y defiende las huelgas en su conferencia de Almería en 1903. Pero ya es otro. En el extraordinario de «La Lucha de Clases» de 1.º de mayo de 1903 explica su colaboración (que tiene análogo carácter a la de otros intelectuales no marxistas en aquellos números): «Esto es lo que a "La Lucha de Clases" debo. Durante un período de cerca de dos años no hubo un número de este semanario en que no apareciese algún artículo mío,

muchas veces dos y hasta tres algunas veces, y siempre anónimos…».

«De buena gana dejaría anónimo este artículo, como anónimos aparecieron en estas columnas tantos artículos míos (…), pero ni serviría el artificio, que otra cosa que artificio no había dé ser en este caso, ni cuadraría a la ocasión, pues lo que "La Lucha de Clases" quiere ahora de mí es, ante todo, la firma. Y es cosa triste el pensar que si entonces daba mi espíritu sin firma, ahora se me pide la firma, aunque el espíritu se amengüe».

Termina diciendo: «Mi colaboración en este seminario… representa la pureza de mis mocedades de escritor».

Unamuno, a todo esto, ya era rector —desde el 28 de octubre de 1900— y ya había obtenido las sustanciosas colaboraciones en «La Nación», de Buenos Aires, que le fueron conseguidas por Rubén Darío y le eran pagadas a 150 pesetas por artículo, y en «El Imparcial» (a 50 pesetas[27]).

El 15 de agosto de 1902 escribe una carta a Federico Urales, que éste publicará en «La Revista Blanca», en la que pretende hacer una especie de autobiografía intelectual. En ella leemos: «Aprendí alemán en Hegel, en el estupendo Hegel, que ha sido uno de los pensadores que más honda huella han dejado en mí. Hoy mismo creo que el fondo de mi pensamiento es hegeliano». Cita también las influencias de Spencer Schopenhauer, Carlyle… «Podría señalar a Hegel, Spencer, Schopenhauer, Carlyle, Leopardi, Tolstoi como mis mejores maestros, uniendo á ellos los pensadores de dirección religiosa y los líricos ingleses. Pero le repito que en el torrente de mis lecturas me es muy difícil señalar las influencias. De españoles, desde luego la afirmo, ninguno. Apenas he recibido influencia de escritor español alguno. Mi alma es poco española».

También dice don Miguel: «En otro orden de cosas, mis lecturas de economía (más que de sociología) me hicieron socialista, pero pronto comprendí que mi fondo era y es, ante todo, anarquista». Lo antedicho no le impide considerar a Bakunin como a «un loco peligroso», por cuanto vemos que la afirmación precedente o era una referencia al tolstoianismo o la concesión al tópico de «la idiosincrasia anarquista hispánica», o una cortesía que costaba poco hacia el director de la publicación. Dice, en fin, Unamuno, algo que expresaba bien su espíritu: «Lo que cada día se arraiga más es mi repugnancia al sectarismo, a las opiniones exclusivistas, a los afirmativos…».

En 1905, año en que Unamuno publica su *Vida de Don Quijote y Sancho* y ha cambiado en gran parte de orientación, es el mismo en que Costa se retira a Graus. El carácter coyuntural de nuestro estudio pone aquí coto a nuestra incursión biográfica, cuyo objetivo es situar a Costa y a Unamuno en lo que eran y habían sido el 98 y antes de aquel momento. Cierto es que Costa, seriamente enfermo, tendrá ya pocas actividades, pero aún su discurso en el teatro Pignatelli, de Zaragoza (1906), dos discursos, en realidad, y su viaje a Madrid, casi impedido físicamente, para intervenir —con éxito impresionante— en contra del proyecto de ley contra el terrorismo que preparaba el Gobierno Maura, tendrán amplia resonancia.

Costa muere el 8 de febrero de 1911. Unamuno, aunque ya muy distante en sus concepciones, guardará por él la admiración y el respeto de que dará pruebas en diferentes ocasiones.

En la crisis de fin de siglo, muchos serán los conceptos paralelos de dos hombres, sin embargo, tan distintos. Ambos son debeladores no sólo de la Restauración, sino de la revolución frustrada (por lo de frustrada, que no por lo de revolución) del 68. El diagnóstico costiano de caciques y oligarcas corre parejo con el

de la falsa tradición y el «actual momento histórico» de Unamuno. Ambos coinciden en aquel tiempo sobre el imperativo de europeizarse; ambos son tenaces defensores de la tradición popular («auténtica», según Unamuno), opuesta a la tradición «tradicionalista», a los valores caducos desgastados por el uso y abuso de las clases dominantes en el XIX. Y su coincidencia llega hasta la colaboración ya citada en torno al Derecho consuetudinario.

En cambio, hay notorias diferencias que los separan: el Unamuno joven tiene puesta su confianza en el pueblo, cree en la solución popular; Costa, en cambio, cree que el pueblo es menor de edad y necesita tutores; como la mayoría de los regeneracionistas, carece de confianza en el protagonismo popular.

Unamuno está dotado de lo que podríamos llamar una viva conciencia de religiosidad, ya sea proyectada hacia la vida colectiva o hacia la vida individual (acabará siendo ésta la dominante). Costa, sin dejar de ser creyente, no es practicante, y su comportamiento intelectual no parece tener pasarelas con el dominio de sus creencias.

Costa, muy probablemente, llega a expresar una «ideología» de clases medias, de labradores intermedios y modestos, de comerciantes y pequeños industriales… Unamuno, nacido en un medio pequeño-burgués, tendrá su primera época —un buen decenio— de sensibilización hacia lo popular. Tanto en sus protestas como en sus oscilaciones, expresa bien la problemática del intelectual nacido de ese medio social, que un día cree sinceramente que su puesto está entre los trabajadores y otro se desilusiona o se entrega a un misticismo. De todas maneras, se trata quizá de los dos intelectuales que, coincidiendo en el espacio generacional de final de siglo, expresan con mayor riqueza la ruptura con la ideología dominante, que hasta entonces era hegemónica.

CAPÍTULO V

EL REGENERACIONISMO Y SUS CLASES EN LA CRISIS DE 1895 A 1902

Estamos ante un término clave, del que todavía podemos preguntarnos si es un verdadero concepto que traduce una realidad cultural p socio-política o si no pasó de ser una etiqueta demasiado general usada con propósitos propagandísticos.

El término tiene carga utópica y por eso su manejo no siempre es cómodo. En general, la idea de «regenerar» a España es común a todos los que se plantean que hay un proceso de decadencia (por eso es difícil encuadrar ahí a Unamuno, que pretendía que no había *decadencia*, sino *barbarie*, esto es, estado intermedio en la progresión creciente que va desde *salvajismo* hasta *civilización*). De todos modos, el positivismo y el «cientificismo» al uso de la época ayudaban a plantear así el problema. Incluso, desde el punto de vista de afirmar la decadencia, la identificación de ésta con *degeneración* no pasa de ser un mecanismo de pensamiento de la época, identificando un proceso biológico con un proceso histórico.

Ciertamente, que ya en las conferencias dominicales que, siendo Fernando de Castro rector, organizara en 1869, el término la *gran regeneración* que se estaba operando en la patria fue pronunciado por Gabriel Rodríguez, el economista krausista y liberal[28].

Más adelante es muy probable que el término se generalizase en parte por influencia de la obra de Max Nordau, *Degeneración* (1895) muy conocida en España en su texto original (Unamuno habla de ella) antes de que en 1902 fuese traducida por Nicolás Salmerón y García (y no por su padre, antiguo presidente de la República, como parece creer Guillermo Díaz-Plaja). En el artículo de Silvela *Sin pulse* utiliza la imagen biológica seudocientífica para hablar de decadencia: «El efecto inevitable del menosprecio de un país respecto de su Poder central es el mismo que en todos los cuerpos vivos produce la anemia y la decadencia de la fuerza cerebral: primero, la atonía, y después, la disgregación y la muerte. Y a partir de ahí habla de degeneración de nuestras facultades y potencias tutelares».

Pero resulta difícil estimar que haya la menor analogía entre el oligárquico Silvela, Polavieja, «el general cristiano» favorito de la Regente; Picavea, Isern, Santiago Alba, Joaquín Costa a las primeras cabezas del krausismo, como Azcárate y Giner. Nada digamos de jóvenes personalidades más radicales, como Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez o Ramiro de Maeztu.

Apurando el término, decantándolo tanto a nivel sociológico como a nivel histórico, podemos considerar que el regeneracionismo está vinculado a la crítica y revisión del sistema político de la Restauración, de sus prácticas caciquiles, de la estructura socio-económica que la sustenta.

El mínimo de rigor prohíbe usar el término «regeneracionista» para designár a un Silvela, a un Maura (aunque dijese «revolución desde arriba»), ni a un Polavieja, aunque coyunturalmente se aliase con un sector de la burguesía catalana. Los tres están implicados en la estructura social oligárquica y en su aparato político y estatal. Y la idea genérica del *regeneracionismo* es la negación de un sistema socio-económico precapitalista, de su sistema polí-

tico, de sus valores y representaciones conceptuales aferrados al pasado. Esa crítica del sistema, ¿de quién parte? Esencialmente de una burguesía media y pequeña, burguesía cuya disconformidad con el sistema sube de punto al sobrevenir la derrota colonial del 98 y se acentúa todavía más cuando el Poder pretende que sean esas clases quienes paguen la mayor parte de «los vidrios rotos»; me refiero a las medidas presupuestarias y fiscales de Fernández Villaverde. Viene entonces todo el movimiento de la Liga de Productores, de la Unión Nacional, la huelga de impuestos y, con sus caracteres específicos, la rebeldía de la burguesía catalana.

El regeneracionismo en sus últimas consecuencias tiende a resbalar de la crítica del caciquismo al antiparlamentarismo neto, así como de la crítica de los partidos turnantes se pasa alegremente a la crítica de los partidos políticos. El razonamiento, si así puede llamarse, es simple: se empieza criticando al parlamentarismo viciado y se acaba atacando al parlamentarismo viciado o no; se empieza denostando a los que llevan nombre de partidos políticos sin cumplir su función; y se termina criticando todos los partidos… ¡menos el propio! Todo ello acompañado las más de las veces de propuestas empíricas en las que rebrota el sempiterno arbitrismo hispánico. Como dijo Azaña, «por encima de la cabeza del cacique esos propagandistas disparan sobre los ciudadanos». (Claro que Azaña escribe eso y otras varias sugestivas reflexiones[29] sobre el cotismo, en 1923, cuando éste pretende ser «anexionado» por la Dictadura).

Prosiguiendo nuestra exploración del término *regeneracionismo* vemos que no está exento de ciertas ambigüedades; es un movimiento de burguesía y clases medias frente a la oligarquía, pero para ser un movimiento ascendente, embrión de un mañana, tiene puestos los ojos en demasía sobre la tradición, los problemas

agrarios, etc. Tiene también un empacho «cientifista» y una pretensión de «apoliticismo». Ése es, sin embargo, el regeneracionismo neto de los Mallada, Picavea, Isern, etc. Costa, que en un momento de nuestra historia ejemplariza el regeneracionismo, fue mucho más que eso.

El *regeneracionismo* aparece en un momento histórico preciso; mientras las capas de alta burguesía (cuyo desarrollo e inversiones son importantes en el último decenio del siglo) se entrelazan cada vez más con la oligarquía de la tierra, las capas medias de esa burguesía, marginadas, se ven desfavorecidas. La catástrofe colonial pone al desnudo las contradicciones de un sistema organizado —como Cánovas lo dijo implícitamente— para salvaguardia de la propiedad tal como era concebida en la España del XIX, pero guardando las formas del liberalismo doctrinario (las apariencias, ante todo).

En el plano de las ideas, el regeneracionismo significa la ruptura con la hegemonía ideológica de esa oligarquía (una minoría de privilegiados que reservaba a los demás el papel de comparsas), pero no con el sistema social. No se quiere romper nada, ni las grandes líneas de las relaciones de producción, ni el aparato del Estado… Se trata de arreglar, de componer… Hoy se llamaría a todo eso reformismo, y más aún, paternalismo. Pero tenemos que situarnos en 1898; el regeneracionismo es una expresión ideológica no de quienes quieren cambiar los cimientos de la sociedad, no; es un reformismo de quienes se quejan —en el más avanzado de los casos, como Costa— de que no se hizo la revolución burguesa en 1868 (puesto que esa revolución era algo más que acabar con los señoríos jurisdiccionales y con la agremiación forzosa, como creen algunos), pero que en 1898 no se deciden a hacerla porque desesperan por anticipado de la participación popular. La «revolución desde arriba» en su origen no era

más que una expresión efectista de Maura; luego, en su formulación intrínsecamente contradictoria, significa la intangibilidad de la estructura de Poder instalada.

Y sin embargo, el regeneracionismo, tomado en un sentido amplio, es quizá si no la forma más profunda sí la más extensa de la ruptura ideológica de fines de siglo que, por comodidad, llamamos crisis del 98.

a) Seudorregeneracionismo.

Hay que tener presente, al evocar la época, que fueron probablemente los medios dominantes en la sociedad española quienes primero se apoderaron del término regeneración. El 16 de agosto de 1898, Silvela escribe en «El Tiempo» un artículo de circunstancias, que ya hemos mencionado; se titula *Sin pulso*, se publica sin firma, pero el «todo Madrid» sabe quién es su autor. Parte de la idea de *degeneración* y concluye que «si pronto no se cambia radicalmente de rumbo, el riesgo es infinitamente mayor…». Silva no va ni puede ir al fondo de las cosas; se trata de una postura, la de un equipo oligárquico (el que se forma para sustituir a Cánovas en el conservatismo) que pide la marcha de Sagasta y turno en el Poder.

Semanas después tiene lugar un acontecimiento tal vez más significativo: el general Polavieja Lanza su Manifiesto, divulgado por Gasset. No es un gesto individual; tras Polavieja hay, incidentalmente al menos buena parte de la burguesía catalana más vacilante, la de la Unión Regionalista. El Manifiesto es conocido el 1.º de septiembre de 1898; en él los partidos son duramente vapuleados y su autor no pretende constituir otro. Con notoria puerilidad condena severamente «la política», «el mal gobierno», etcétera; que existan todavía republicanos y carlistas le parece una prueba del «mal gobierno». Las fórmulas mágicas se amontonan: progreso del Ejército y de la Marina, inventario del haber

nacional, «no más dictadura que la de la Ley». El general llamaba a la «descentralización» en el orden económico. «Nuestro inmoderado afán de uniformidad —decía— nos hizo considerar como antipáticas al sentimiento nacional formas de tributación concertadas, que aún repugnamos para la vida local y, sin embargo, admitimos presurosos para el arrendamiento de monopolios y rentas[30]». En fin, la justicia fiscal, la reorganización de la justicia, la elevación de la cultura…, no faltaba ningún tópico al uso. Se dijo que era el mismo Ricardo Gasset quien había redactado el texto. Tan bueno es que parece imposible que saliera de la pluma del entonces director de «El Imperial», diario donde, en forma de carta abierta, conoció sus primicias la difusión del manifiesto; ¿se pedía el poder o se presionaba sobre el poder? Parecía lo primero, pero cabe preguntarse si no había parte de lo segundo.

Una carta de Polavieja a Domenech y Montaner (30 de septiembre) precisaba su programa de «concierto para tributación directa por medio de cupos», «creación de organismos regionales que dirijan la vida económica sin funciones políticas (unificando las cuatro diputaciones catalanas), enseñanza profesional y técnica a cargo de la región, "respeto a las instituciones jurídicas de cada región"». Eso bastaba para que se crease en Cataluña «La Junta de adhesiones al programa del general Polavieja» (que al dimitir Polavieja será el núcleo de la Unión Regionalista). Se trataba de un «regeneracionismo» puramente coyuntural en el que se mezclaban el arbitrismo del general que cree resolver «los males de la política» (Boulanger no estaba tan lejos) uniendo autoritarismo y populismo, con la táctica de una burguesía catalana (o parte de ella) cada vez más crítica frente al sistema «canovista» y la posibilidad de dar una apariencia de novedad al amplio frente conservador que Silvela se disponía a organizar. Silvela, que no había estado en el Gobierno desde 1892, parecía ser el único po-

lítico al margen de la crítica de Polavieja. Sin embargo, no por eso dejaba de ser un miembro más de la oligarquía (personalmente, por casamiento con Amalia Loring y Heredia en 1875), que había aprobado la política colonial; no por eso dejaba de haber seguido las prácticas habituales cuándo fue ministro de la Gobernación. Silvela se apresta a realizar su «apertura» conservadora; por la derecha hasta Pidal, por la «izquierda» hasta Martínez Campos. El 6 de enero de 1899 Silvela es nombrado presidente del Círculo Conservador de Madrid; es su investidura oficial como jefe del partido. En realidad, Alejandro Pidal había obtenido el espaldarazo palatino de la jefatura y hasta del cambio de nombre del partido: Unión Conservadora en lugar de Partido Liberal Conservador. En el local de la Carrera de San Jerónimo (allí estaba el Círculo) habló Silvela usando a discreción los estribillos de «regeneración de la patria», «clases neutras», «clases mercantiles»… Aquello parecía un lenguaje nuevo y existía, en efecto, la intención de neutralizar a buena parte de las clases medias. La gran maniobra integradora será la formación del Gobierno Silvela, con Polavieja, Durán y Bas. La vasta maniobra de Silvela estaba condenada al fracaso. Para reequilibrar la Hacienda pública, Villaverde tenía que aplicar un programa drástico; pero era un programa de clase, un programa de «antiguo régimen»: mientras que la contribución agrícola y pecuaria no era aumentada la industrial sufría un recargo del 20 por 100 y la inmobiliaria urbana del 10 por 100; al mismo tiempo, la creación del impuesto que se llamó de «utilidades procedentes del capital y del trabajo» alcanzó a los sueldos de funcionarios, a las clases pasivas, a los dividendos de acciones y obligaciones (5 por 100), a los beneficios obtenidos por empresas y particulares, A la vez se elevaba el cupo de contribución concertado con las Diputaciones de las provincias Vascas y de Navarra. Como puede verse, el Gobierno buscaba colmar el déficit, buscaba los 300 millones de pesetas

que necesitaba, en la burguesía y clases medias y de ninguna manera en los propietarios agrarios. El hecho es importante para explicarse las reacciones de la Liga de Productores, de la Unión Nacional y de organizaciones patronales cómo el Fomento del Trabajo en Cataluña. La política de austeridad de Villaverde chocó inmediatamente con las pretensiones más o menos regeneracionistas de Polavieja. Era septiembre de 1899 y llevaba el Gobierno seis meses de vida; en la pugna entre el «general cristiano» y el ministro de Hacienda, Silvela optó por el segundo. Dimitió Polavieja y pocos días después la negativa de los comerciantes barceloneses a pagar los impuestos fue motivo o pretexto de la dimisión de Durán y Bas (10 de Octubre). La «apertura» se terminaba, aunque Silvela, con la incorporación de Gasset al Gobierno, quiso conceder aún, en la forma por lo menos, unos puntos al regeneracionismo. Pero la burguesía catalana estaba defraudada y pasaría francamente a la oposición; se estaba a dos dedos la formación y primer triunfo de la Liga; la fase intermedia fue la constitución de la «Unió Regionaiista» por la mayoría de quienes habían integrado en Cataluña las Justas de adhesiones a Polavieja. En octubre de 1900 terminaría el Gobierno Silvela; éste, pese a cuatro o cinco fórmulas verbales no había sido amo *la continuación* de todo lo hecho desde 1875. La enemiga de Silvela a la Unión Nacional mostraba, tanto como la política fiscal discriminatoria de Villaverde, que para ese gobierno la burguesía no era aún sino una clase plebeya (haciendo excepción, claro está, de los burgueses ennoblecidos, procedimiento del que usó y abusó la oligarquía española).

Pero volvamos al año 98, cuando la palabra *regeneración* se hace tópica y todo el mundo la repite sin saber muy bien de qué se trata. Por eso, cuando las Cámaras de Comercio se reunieron en Zaragoza bajo la presidencia de Basilio Paraíso, «Blanco y Negro» comentaba:

«Ahora se habla mucho de regeneración: y mientras que para los espíritus escépticos es ésta sólo palabreja de moda o altisonante estribillo, para los que guardan un adarme de confianza en el porvenir de España, es síntesis suprema de generosos y patrióticos deseos[31]».

El semanario de Luca de Tena parecía caer más bien en el estribillo cuando poco después, en el número del 14 de enero de 1899, convierte el término en algo de chacota:

«Desde Cádiz a Gijón,
Desde Lugo a Castellón,
Toda España, o casi toda,
Después de la última poda,
Grita ¡Regeneración!».

★ ★ ★

El verdadero regeneracionismo —que sabemos tenía sus antecedentes que precedieron a la rota colonial— tiene como punto de partida, no ya el «Sin pulso» de Silvela ni el Manifiesto de Polavieja, que social y políticamente representaban a quienes estaban en la cúspide del país durante la Restauración y desde tiempos inmemoriales, sino aquéllos que plantean la cuestión con talante crítico y exigen un relevo de timoneles. El 18 de octubre de 1898 iniciaba «El Liberal», de Madrid, lo que hoy llamamos una encuesta, por medio de interviús a personalidades, bajo el título general de *Habla el País*. Joaquín Costa fue quien la inauguró. Éste fue el primer gesto de una campaña regeneracionista; luego vino la reunión en Barbastro de la Cámara Agrícola del Alto Aragón (13 de noviembre de 1898) que lanzó a los cuatro vientos el Manifiesto redactado por Costa. Una semana después, el 20 de noviembre, eran las Cámaras de Comercio quienes se reunían en Zaragoza bajo la presidencia de Paraíso; y, como es

bien sabido, el 15 de febrero de 1899, la reunión de Cámaras Agrícolas (con la adhesión de las de Comercio) creaba, bajo la presidencia de Costa, la Liga Nacional de Productores.

Cronológicamente debiéramos situar con leve adelanto sobre todo los hechos citados el discurso de Altamira en la apertura de clases de la Universidad de Oviedo. Pero vale más que intentemos una relativa sistematización del alcance que tuvo el regeneracionismo a nivel *ideológico*, dejando para más adelante la *praxis regeneracionista* que fue fundamental en la conflictividad política de 1899 y 1900.

b) La línea Mallada-Isern-Picavea.

El primer tramo del planteamiento regeneracionista se inicia —ya lo hemos dicho— con Lucas Mallada (1841-1921), para quien «estamos pobres y hambrientos». Mallada, ingeniero y a quien unieron lazos a la Institución, deshace el mito de la «riqueza natural» de España en la que beatamente nos mecíamos desde tiempos de Alfonso X a despecho de los coscorrones que la realidad nos propinaba. Viene Mallada a decir, con algo de exageración, que cerca de la mitad del territorio nacional es roca estéril sin posibilidades de cultivo. El alcance del libro de Mallada no estaba en la mayor o menor precisión de sus afirmaciones (que buscan una apoyatura científica y estadística), sino en deshacer uno de los mitos más utilizados por las clases dominantes para enmascarar la decadencia.

Su libro *Los males de la patria y la futura revolución española* es una agudísima crítica de la agricultura española (cuyos «males» que enumera son treinta y tres), de los terratenientes absentistas y su estilo de vida, de la incuria y de los escándalos administrativos, etc. Pero como la mayor parte de los regeneracionistas cede a la tentación de criticar lo que llaman «carácter nacional»: la fantasía (dura arremetida al mito de «Don Quijote»), la ignorancia, la pe-

reza… En realidad, es una crítica de los valores «señoriales» del antiguo régimen hecha con una óptica burguesa; la de la eficacia pragmática, la educación, la exaltación del trabajo. Cuando Mallada crítica que España con todo su mineral de hierro «no acierta a elaborar herramientas, máquinas y material de ferrocarriles para librarnos de un tributo al extranjero», es la voz de la burguesía ascendente la que habla a través de él. Cuando se apoya en la necesidad de que la enseñanza sea práctica («conocimientos útiles en artes y ciencias, enseñanza práctica de nociones agronómicas…») reduce la educación a los aspectos de enseñanza que interesan a la burguesía.

Ricardo Macías Picavea, hijo de militar, nació en Santoña en 1847. Republicano desde los diecinueve años, alumno de Sanz del Río, fue catedrático de segunda enseñanza (Latín y Castellano), primero en Tortosa, luego en Valladolid, donde en 1881 funda el periódico «La Libertad[32]». Murió el 11 de mayo de 1899, semanas después de aparecer su libro fundamental, *El problema nacional*.

Picavéa está inscrito en una línea netamente regeneracionista y sus vínculos con Costa y con los krausistas son fácilmente perceptibles.

«El régimen vigente desde 1874 comprenda todos males del país»; de esta manera Macías Picavea define su regeneracionismo como crítica implacable de la Restauración. Ciertamente, su crítica de nuestra historia va mucho más lejos: a partir de Carlos I caímos en el «austracismo», es decir, en la desnaturalización del curso de la historia de España que los monarcas de la Casa de Austria pusieron al servicio de los «ensueños e ideales que constituían la tradición perpetua del imperialismo alemán». Para Picavea los defectos o calamidades nacionales son nada menos que veintidós; junto al caciquismo y el centralismo, encontramos el

teocratismo, el militarismo, la pérdida de la nacionalidad, la vagancia, la pobreza, etc. «Los partidos políticos al uso son tan antinacionales como la monarquía. Todos ellos son una entelequia, una formalidad sin enraizar en la nación, o un organismo que sólo quiere y consigue extender sus tentáculos en la administración… La Constitución vigente es una mera ficción… Las Cortes son otro embuste…».

La crítica contra los dirigentes tiene también acentos costianos: «No hay arrepentimiento en los directores del desastre, que viven arrogantes y orgullosos…».

La obra de Picavea tiene un basamento geoeconómico y sociológico. Su estudio del caciquismo comprende la base institucional y la base social del sistema, por donde resulta más científico que algunos historiadores de hoy que quieren escamotear las clases al tratar del caciquismo.

Si en Picavea hay la búsqueda de un enfoque sociológico, también hay —como en la mayoría de los hombres de su tiempo — una carga de «cientifismo» positivista que hoy puede parecemos ridículo; se trata, ante todo, de la tendencia a identificar los fenómenos biológico-naturales con los socio-históricos (de la que hemos visto no estaba exento el mismo Ganivet); según él, lo que tiene España es una enfermedad que evolucionó gravemente en los siglos XVI y XVII y a los veintidós males les aplica conceptos seudobiológicos.

Sin duda, sus páginas sobre enseñanza revelan al discípulo de Giner[33]; y cuando dice que «la guerra con los *yankees*, que tantas vidas ha sacrificado, era profundamente antinacional», está en las posiciones no sólo de Costa, sino de un Pi. Pero en su trilogía — hechos, causas y remedios—, la tercera y última parte es mucho más endeble. Picavea es un caso clásico de confusión entre parlamentarismo y seudoparlamentarismo viciado; acaba por pensar

que las Cortes son malas por naturaleza y propone que se cierren durante diez años; su intento, para sustituirlos, de resurrección de gremios no es demasiado feliz y encierra un paternalismo corporativista que haría suyo el fascismo veinticinco y treinta años después. Picavea, por republicano que fuese o creyese ser, no había comprendido la coyuntura económica de su tiempo; si bien reconocía que sólo había dos focos industriales, el textil de Cataluña y el metalúrgico en torno a Bilbao, más adelante, en la parte de «remedios», muestra un total desconocimiento del asunto; ignora la función de industrias de cabecera (de producción de bienes e instrumentos de producción), que mezcla con las de bienes de consumo y con las derivadas de la agricultura, que pone por delante de todas…; en cambio, ve lúcidamente la necesidad de trazar ferrocarriles transversales para paliar el desequilibrio comercial producido por el tendido exclusivamente radial.

Pero, sobre todo, donde Picavea va por delante de Costa (cronológicamente y en lo tajante de la concepción, es en la búsqueda del *Hombre histórico*, del *salvador*). Ahí sí que Picavea pierde las bases sociológicas de la primera parte de su obra; para él un César, un Cromwell, un Washington o un Napoleón no tienen nada que ver con la sociedad de su tiempo y surgen solos, como por arte de encanto. Asombra, en efecto, la simplicidad de esta visión, aunque su base ideológica se comprende perfectamente cuando Picavea dice: «¿El pueblo? Está atrofiado».

Ciertamente, al tratar de la obra de Picavea se plantea la cuestión del «prefascismo» tan agudamente sugerida por Tierno Galván, probablemente con más fuerza que en el caso de Costa. Legaz Lacambra subrayó, hace una veintena de años, lo que estimaba como afinidad entre Picavea y el nacional-sindicalismo y sus lazos con lo que será *La Conquista del Estado*. Es, sin duda, aventurado este esfuerzo por rebuscar semejanzas entre proyecciones

ideológicas que difieren cronológicamente en más de treinta años. Hay páginas de Picavea que dificultan ese paralelismo; por ejemplo, su defensa de las autonomías regionales:

> «Resueltamente se erigirán en órganos particulares de la vida nacional y del Estado las regiones naturales de España… (…). La autonomía regional no se decretará por patrón único, sino que se hará surgir por grados, según la preparación y situación presente de cada región, habiendo algunas como el PaísVasco y Cataluña, que podrán ejercerla completa, o poco menos, desde luego».

Tampoco nos parece que se acuerde bien cpn el nacional-sindicalismo la teoría de Picavea que ve en el desastre de Villalar «la suspensión de la vida nacional interior y exterior». Pero, sobre todo, este juego intelectual de las «anexiones ideológicas» no parece demasiado serio y, por lo menos, puede afirmarse que es netamente antihistórico. Picavea está en su tiempo, en su España que acaba de perder las colonias, que tiene 67 por 100 de población activa agraria, cuando la energía eléctrica es una novedad y más promesa que realidad, en un régimen parlamentario viciado por el caciquismo y frenado por un Senado nobiliario, con los obreros que llevan todavía blusa y gorra con visera rígida… en una Europa con Kaiser y Zar, etcétera. ¿Qué tiene que ver todo eso con el decenio de los treinta? En cambio, Picavea tipifica perfectamente el regeneracionismo de su época, la crítica al sistema de la Restauración, intentando apoyarse en una base semisociológica, positivista, enfrentándose con la oligarquía, pero sin tener la menor confianza en el pueblo; confundiendo las instituciones democráticas con su total adulteración en nuestra patria y buscándole sustitutos en las empolvadas trastiendas de nuestra tradición. En Picavea, como en Costa, hay la quiebra del liberalismo decimonónico (quiebra más fácil en España, donde había sido bastardeado, porque la burguesía no tuvo nunca verdaderamente el Poder).

¿Es «costista» Picavea? ¿Es «picaveísta» Costa? Vale la pena plantearse la cuestión porque el libro de Picavea está escrito en el

momento de los grandes alegatos de Costa, pero antes de la información de *Oligarquía y caciquismo* .José Luis Abellán ha tenido el mérito de abordar seriamente este problema en su trabajo *El costismo de Macías Picavea*[34]. Se desprende ante todo del trabajo de Abellán que Costa y Picavea tenían una base común, la del krausismo. La similitud en el enfoque del caciquismo y en el recurso al hombre «histórico» o *cirujano de hierro* es evidente. Pero Picavea va más lejos que Costa en el autoritarismo; él quiere cerrar el Parlamento, Costa preconiza una estricta separación de poderes. Abellán publica una carta de Costa a Picavea, fechada el 6 de marzo del 99, en la que precisa que tiene poca confianza «en la eficacia de 'un hombre', 'artista de naciones', como le califica usted hermosamente». Siete veces cita Costa a Picavea en su informe al Ateneo sobre *Oligarquía y caciquismo*, y pronto dice: «El malogrado Macías Picavea que es, a mi juicio, quien con más lucidez ha diagnosticado el morbo español y acertándole el tratamiento…»[35]; más adelante le llama «profundo conocedor de la historia y de la psicología nacionales y de la situación moral y económica del país…»[36]. No es menos verdad que Picavea tenía de tiempo antes relaciones con Costa, que conocía sus textos, sus programas de 1896 y de 1898, que estaba en relación con la Cámara de Comercio, etc. Es verdad que Picavea ha sido conocido sobre todo a través de Costa (Ya «El Liberal», de Madrid, comentó elogiosamente, el 4 de marzo de 1899, la aparición de *El problema nacional*), pero no es menos verdad que parten de un tronco común y que el profesor de Santoña tiene bien ganado su puesto propio en las filas del regeneracionismo finisecular.

c) La trayectoria regeneracionista de Joaquín Costa.

Es de todo punto evidente que Costa estuvo siempre preocupado por los problemas sociales a través de su formación krausista e institucionista; basta con pensar en sus estudios de Derecho

consuetudinario o, en la óptica educativa, sus intervenciones en los congresos pedagógicos. Y, sobre todo, la inmensa obra de erudición que constituye su *Colectivismo agrario*, editado en 1898, pero elaborado durante varios años. Sin duda, la influencia de Henry George es considerable para hacerle escribir el colectivismo (también la tesis de Wallance pidiendo una nacionalización de la tierra). Cabe preguntarse si son estas influencias quienes le llevan a familiarizarse con la obra de Flórez Estrada o si, por el contrario, como sostiene Jacques Maurice, «George no es sino el pretexto que sirve para realzar el valor de otra personalidad, la de Flórez Estrada, el primero que, según Costa, formuló en España de manera coherente la 'doctrina' del colectivismo agrario[37]». Esta gigantesca obra debía componerse de tres partes: doctrinas, hechos y crítica. Por desgracia, sólo se publicó con las dos primeras; tal como fue editada constituye un momento de historia de las ideas sociales y de las prácticas de explotación comunal de tierras. Parece ser cierto que Costa tiende a sentar la tesis de que hay una escuela sociológica española y dice explícitamente que su «punto de arranque» está en Luis Vives y en el Padre Mariana[38]. Pero, según Costa, en Vives es «oscuro presentimiento» y en Flórez Estrada «disciplina formal y hasta *gacetable*». Para Costa hay un colectivismo teórico específicamente español que «no mira más que a la agricultura y ganadería; es colectivismo por excelencia agrario». En resumen, Costa, como dice Jacques Maurice, pretende que el Estado imponga a los grandes propietarios de la tierra las leyes de interés general, utilizando desde las más antiguas tradiciones comunales hasta las modernas cooperativas. Pero —y ése es su drama siempre— Costa se dirige al Estado que ya existe, le dice que hay que actuar de *pararrayos* contra las revoluciones (para él Spencer, Proudhon, Lasalle, Wagner o Le Play no son sino constructores del «pararrayos de las reformas sociales»). Costa ignoró siempre la cuestión del

Poder. ¿Quién tenía el Poder en la España de la Restauración? Cuando Costa resucita una «doctrina» para el labrador medio y pequeño, cuando propone una práctica, ignora que la burguesía media no está en el Poder, se olvida de lo que él mismo ha dicho, que en 1868 se habló mucho de «libertad», pero que «esa libertad no se cuidaron más que de escribirla en la "Gaceta", creyendo que a eso se reducía todo; porque no se cuidaron de afianzarla dándole cuerpo y raíz en el *cerebro* y en el estómago[39]».

Queremos decir que el Costa que se enfrenta con la problemática española de fines de siglo no es un neófito en los temas sociales. Su *Colectivismo agrario* es una aportación científica y más aún erudita, sin dejar de serlo «ideológica». Está buscando las bases de la sociología, aunque no sea el único orientado en ese sentido (Sales y Ferré es tal vez el iniciador, al que sigue G. Posada, los dos procedentes del krausismo, aunque el primero derive hacia el positivismo). No rehúye el término «sociología» ni el de «ciencias sociales». Incluso intenta una definición: «La Sociología española, en cuanto se refiere al origen, fundamento y objeto de la sociedad humana, a su relación con la Naturaleza útil, que es decir a su cimiento físico, a la solidaridad, necesaria o voluntaria, entre los asociados, a la dirección y gobierno de su actividad, a la conexión del organismo social con sus órganos y de los fines sociales entre sí…»[40].

Nos parece todavía más importante como principio metodológico aquél que Costa presta a Flórez Estrada (y a George) calificándolo de «tesis del más alto interés para la sociología»: «las reformas sociales son fundamento necesario de las libertades políticas y deben precederles. Para constituir de un modo sólido y ordenado las sociedades humanas (dice Flórez Estrada), antes de establecer las reformas políticas es indispensable fijar las bases sociales»: lo contrario sería empeñarse en levantar el edificio sin

pensar en el cimiento[41]. (Lo cual, dicho sea de paso, es una norma metodológica de conocimiento, una concepción lógica de la estructura, pero mucho menos cierto una realidad cronológica histórico-concreta: el defecto de los del 98 no es que las libertades formales precedieran a la reforma social, es que no hubo ninguna transformación social y, por eso, las libertades se quedaron en *formales*, en prosa de la «Gaceta». Pero para hacer posible una reforma *hay que tener previamente el Poder o ejercer una poderosa presión sobre él;* esto es lo que nunca comprendió Costa).

Costa, como Azcárate, como Buylla, como tantos otros krausistas, se apoya en el organicismo para combatir la abstracción del liberalismo doctrinario; sobre todo cuando ese liberalismo (formal), representado por la Restauración, fracasaba a ojos vistas.

Volvamos ahora al regeneracionismo; la digresión precedente, si tal es, se imponía por la necesidad de mostrar que la definición de Costa no se agota con el concepto de regeneracionista. Costa lo es, tal vez el más ilustre, pero es también mucho más. Nuestro malogrado amigo Rafael Pérez de la Dehesa puso mucho interés en distinguir un Costa, digamos «permanente», de sólida base intelectual y un Costa «coyuntural» que se nos presenta en la imagen del constructor de programas regeneracionistas. Pienso, empero, que tampoco puede hacerse un corte tajante entre «dos Costas» (moda que anda por esos mundos de Dios y que me parece tremendamente antidialéctica y antihistórica); el Costa de base krausista, con todos sus heterogéneos ingredientes de escuela histórica, positivismo, etc., el Costa con todo un acarreo erudito y doctrinal para ser «ideólogo de labradores medios y pequeños» (*des paysans parcellaires*, que dice el profesor Carlos Serrano), es el mismo que, casi necesariamente, se va a convertir en portavoz de clases medias (incluso de la burguesía media, a des-

pecho de su miopía por los problemas industriales) cuando el sistema político e ideológico de los grandes terratenientes se resquebraja y amenaza ruina.

Volvamos a 1896. Ya hace un año que la guerra hace estragos en Cuba y Joaquín Costa presenta entonces su candidatura a diputado por el distrito de Barbastro. Presenta su programa de doce puntos, paradigma del regeneracionismo; canales de riego; caminos baratos; apertura de mercados para la producción agrícola, sobre todo el de Francia para vinos; reforma del régimen hipotecario en favor del crédito territorial; suspensión de la venta de bienes de propios; autonomía administrativa de los municipios, a fin de luchar contra el caciquismo; adaptación del presupuesto del Estado a la pobreza del país; codificación del derecho civil aragonés; implantación de seguros y mutualidades para labradores y braceros, menestrales y comerciantes, bajo el patronato del Estado; mejora de la instrucción primaria, elevando la condición social de los maestros… El punto 11.° conviene destacarlo porque en general no se hace referencia a la actitud de Costa respecto a la guerra en las Antillas: «Justicia a Cuba y Puerto Rico en todos los órdenes, *poniendo término breve a la guerra* a cualquier precio que no fuera el deshonor». El punto 12.° es más convencional; se refiere a estrechar «los lazos morales con las naciones hispanoamericanas».

En este programa tan de circunstancias se observan, sin embargo, visiones de avanzada como el punto 9.°, que significa nada menos que proponer el comienzo de la seguridad social; cuestiones que responden a convicciones de principio (punto 5.° suspendiendo lo poco que quedaba por hacer de desamortización, para salvar bienes comunales); o aspectos de una manifiesta ingenuidad como el de los mercados y los vinos, pues cualquiera debía saber que Francia nos había comprado vinos durante diez

años a causa de los estragos que le causó la filoxera, pero que en 1892 no se había renovado el tratado de comercio porque ya había repuesto sus viñas —las mejores del mundo— y no le interesaba, mientras que eran las nuestras las que padecían ahora la enfermedad.

Pasando por encima de la cronología y a trueque de insistir sobre ello, comparamos el programa de 1896 con los ocho puntos de la Asamblea de Zaragoza de febrero de 1899 (siguiendo así a Pérez de la Dehesa): 1). Plan de canales y pantanos; 2). Perfeccionamiento rápido de los caminos dé carretera y herradura, suspendiendo la construcción de carreteras generales; 3). Reforma de la educación nacional en todos sus grados; 4). Formación de una Caja especial autónoma para los tres fines precedentes; 5). Seguro y socorro mutuo por iniciativa y bajo dirección del Estado. Establecimiento de huertos comunales; 6). Nivelación de los presupuestos generales del Estado; 7). Simplificación y abaratamiento del sistema de titulación inmueble, de la fe pública y registro de la propiedad y de la administración de justicia; 8). Derogación de la Ley Municipal vigente y sustitución por otra más breve, inspirada en criterio descentralizador.

Una vez más sorprende la amalgama de pragmatismo provinciano y ciertas visiones atrasadas propias de una España rural (lo de los caminos de herradura) con los temas muy generales y, desde luego, con la obsesión por la política hidráulica.

Pero la idea que Costa persigue en aquel momento es la de constituirse en partido político, «… en partido nacional, sus comités y sus asambleas, con un programa desarrollado y gacetable…, reclamar el poder en la misma forma que ellos y con igual derecho cuando menos». Costa quiere un partido y no un grupo de presión por importante que fuera. Si se crea la Liga Nacional de Productores es porque el punto de vista de Costa no prevale-

ce. «Partido y no Liga», era su lema. Costa intuye, si no sabe, que el Poder tal como está organizado no acometerá nunca las reformas «regeneracionistas»; querer un partido equivale a querer organizarse para acceder al Poder y ejercerlo. Pero, al mismo tiempo, dominado probablemente por el estudio del caciquismo y sus síntomas, Costa no ha ahondado en la naturaleza de los partidos políticos, en sus bases sociales, en las condiciones para su existencia y funcionamiento. Costa no ha comprendido que los republicanos no van a deshacer sus partidos, por imperfectos que sean, para integrarse en un partido regeneracionista, que es coyuntural por definición; que los catalanes, aunque coincidan con muchos de sus puntos de vista, están avirozando ya, tras laboriosa búsqueda, el partido político que por entonces buscan; que otros sectores de la burguesía, que con gusto integran momentáneamente uh grupo de presión, no van a dejar por eso los viejos partidos «históricos», con sus clientelas y sus intereses creados.

Nada desanimará a Costa. La línea regeneracionista del 96 es mantenida y desarrollada. Su conferencia, en el Círculo de la Unión, Mercantil de Madrid el 3 de enero de 1900, *Quiénes deben gobernar después de la catástrofe*, es uno de los trozos críticos más logrados del regeneracionismo en el que, por añadidura, hay una valoración del pueblo y de la nación más neta que en otros textos costianos. Mil novecientos es el año dramático de la Unión Nacional (de la que nos ocuparemos más adelante) y también el año en que edita Costa su vasta recopilación de textos bajo el título de *Reconstitución y Europeización*. Fracasa la Unión Nacional, pero el regeneracionismo de Costa sube de nivel y gana en rigor científico, llegando en 1901 a la famosa Información en el Ateneo de Madrid sobre *Oligarquía y caciquismo*. Costa va subiendo de nivel; cuando va más allá de la agitación agrícola o de los programas hidráulicos, vuelve a ser el sociólogo y pensador más riguroso.

En la segunda conferencia en el Ateneo, pronunciada en marzo de 1901, se concreta el programa costiano que ahora se hace mucho más general, menos provinciano:

1. Fomento intensivo de la enseñanza y educación por los métodos europeos.
2. Fomento intensivo de la producción y difusión consiguiente del bienestar material de los ciudadanos.
3. Reconocimiento de la personalidad del municipio… creando una jurisdicción especial en cada cantón o localidad…
4. Independencia del orden judicial; intervención del pueblo en los juicios civiles… a fin de reducir en la mayor escala posible la superficie de contacto con el cacique [42]. En el resumen definitivo (cuya redacción provisional es de junio de 1901 y la definitiva del otoño de 1902), al insistir Costa en su idea de un partido «nacional» (en puridad, un partido regeneracionista), elabora un nuevo programa con lo que él llama «enunciados prácticos» en el que vuelven a observarse los desniveles entre grandes horizontes y pequeñeces comarcales:

1. Cambio radical en la aplicación y dirección de los recursos y energías nacionales (presupuesto volcado en educación, colonización interior, obras hidráulicas, repoblación forestal, investigación científica, etc., «en suma —dice—, desafricanización y europeización de España)».
2. Reforma de la educación en todos sus grados «rehaciendo o refundiendo al español en el molde del europeo» (el plan es muy detallado y se observa en él la impronta gineriana).
3. Abaratamiento rápido del pan y de la carne (cree obtenerlo aumentando la productividad y favoreciendo el crédito ag-

rícola, visión excesivamente simplista).

4. Mejoramiento de los caminos de herradura.
5. Suministro de tierra cultivable, con calidad de posesión perpetua y de inalienable, a los que la trabajan y no la tienen propia. ¿Cómo? Derogando las leyes desamortizadoras relativas a los concejos, autorizando a los Ayuntamientos para adquirir nuevas tierras; creando huertos comunales… Todo eso equivale a cero; la estructura agraria sigue intangible. Por eso el último párrafo, verdadera escapatoria, dice: «Donde eso no baste, expropiación y arrendamiento o acensuamiento de tierras por el sistema de Floridablanca, de Campomanes, de la Novísima Recopilación y de Flórez Estrada.»
6. Legislación social (contrato de trabajo, seguro social, cajas de retiro).
7. «Sanear y europeizar nuestra moneda, mediante la europeización de la agricultura, de la minería y del comercio, de la educación nacional, de la administración pública y de la política, así general como financiera, que reponga la confianza de Europa en nosotros…»
8. Creación de un Poder judicial digno de su función…
9. *Selfgovernment* local… Municipalización de servicios públicos y de ciertas industrias o comercios (tranvías, teléfonos, alumbrado, baños, lavaderos, fuerza motriz, tahonas, carnicerías, hielo, etc.).
10. «Renovación del *liberalismo abstracto* y legalista imperante, que ha mirado no más a crear y garantizar las libertades públicas con el instrumento ilusorio de la Gaceta (…), sustituyéndolo por un *neoliberalismo orgánico*, ético y sustantivo, que atienda a crear y afianzar dichas libertades con actos personales de los gobernantes príncipalmente, dirigidos

a reprimir con mano de hierro, sin piedad y sin tregua, a caciques y oligarcas…»[43].

11. Se refiere a la necesidad de realizar a la vez y sin demora y por *decreto*, «huyendo de los procedimientos dilatorios y de la sistemática obstrucción de las Cortes», todas las medidas propuestas en los diez puntos precedentes.
12. «Renovación de todo el personal gobernante de los últimos veintiocho años, *sin excluir la representación actual del poder moderador*…» [44].

¿Sigue creyendo Costa en la «revolución desde arriba»? Sí, a juzgar por lo que dice al comienzo de la Información. Costa sigue creyendo que su «revolución desde arriba» es un «pararrayos para enjugar las revoluciones de las calles y de los campos», fórmula que mantiene desde el *Colectivismo agrario* pasando por el Manifiesto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón y por la Conferencia del Círculo Mercantil. Muchos años después *Juan de Mairena* ironizaría sobre la expresión:

«¡Revolución desde arriba! Como si dijéramos —comentaba Mairena— renovación del árbol por la copa. Pero el árbol —añadía— se renueva por todas partes, y, muy especialmente, por las raíces. Revolución desde abajo, me suena mejor».

Tal vez llegara a pensar así, un tanto desesperado, Joaquín Costa, cuando declara en 1903 al diario «El Globo» que «ha fracasado la dinastía», que «también las clases neutras han fracasado» y «que se ha hecho precisa, desgraciadamente, una revolución desde abajo». Don Antonio Machado, al expresarse por boca de Mairena, era sin duda más consecuente; desde 1919, por lo menos, era profundamente antirregeneracionísta en lo que el regeneracionismo tiene de reformismo cómplice con el sistema social imperante.

El programa de Costa, los programas de Costa, donde hay de todo un poco, no podrán ser representativos de la burguesía industrial porque su óptica era la de una España agraria. A pesar de ello, será justamente tachado por los socialistas de colaboración con la burguesía. Costa, que ha comprendido al trabajador de la tierra, no ha comprendido al obrero industrial; su frase de que «los obreros son ya las únicas Indias que le quedan a España», no deja de ser equívoca. Quiere evitar la huelga general, pero no por solidaridad con los obreros, sino como quien evita un temblor de tierra: «dando esa pequeña satisfacción a los trabajadores (se trata de la amnistía pedida para huelguistas y autores de delitos sociales, con una huelga que se complicaría con los sucesos de Alcalá del Valle), el solo hecho de conjurar una huelga general vale bien por una paz del Zanjón». Costa da la impresión de colocarse del «otro lado», lo cual no quita mérito a su espíritu de concordia:

«No se trata de ceder, sino dé transigir; de poner término a una guerra civil incipiente…», dice dirigiéndose al Gobierno de F. Villaverde.

El gran vacío costiano fue siempre la cuestión del Poder (aunque tal vez al final de su vida se diese cuenta de la inanidad de toda reforma que no pasase por ahí). En verdad, el vacío venía de lejos, ya que Costa no llegó a calar hondo en la esencialidad de la Constitución real o de hecho: *ser una constelación de fuerzas sociales en orden al ejercicio del Poder*. El caciquismo no era sino la expresión de una realidad estructural y social concreta. El prohombre o jefe de partido, más que un oligarca (como lo veía Costa), era, en la mayoría de los casos, un agente de los oligarcas, un miembro del «personal político» que utilizaba la oligarquía. Naturalmente, cuando el «político» era importante acababa por entrar en

la oligarquía, ya por casamiento, ya por negocios, ya por ennoblecimiento y prebendas…

Como Picavea y como los regeneracionistas clásicos, Costa confunde la causa con la consecuencia; la primera es el poder económico y político de una oligarquía; las consecuencias son la práctica caciquil, la incapacidad para un verdadero parlamentarismo, la existencia de comités de notables con nombre de partidos políticos, etc. A esa confusión hay que añadir la visión elitista que les es común; todos consideran al pueblo español como menor de edad y necesitado de tutores.

CAPITULO VI

EL INSTITUCIONISMO COMO FORMA DE UN REGENERACIONISMO PARTICULAR.

Dentro de las coordenadas generales del regeneracionismo se impone señalar la presencia de la poderosa corriente «institucionista» (que llamamos así porque reúne a krausistas y a positivistas, pero todos amigos discípulos de Giner y de Azcárate, todos vinculados a las diversas formas de acción en qué cristalizará el impulso de la Institución). Sin duda, el institucionismo es anterior al regeneracionismo y le sobrevive; es una gran fuerza ideológica de la burguesía liberal presente durante más de medio siglo en los más diversos quehaceres culturales, sociales y políticos de España. Por su propia naturaleza tenía que ser regeneracionista en la coyuntura de fin de siglo.

Son los institucionistas una fuerza paralela a la de los regeneracionistas típicos, más vinculada a la burguesía liberal no-oligárquica, a la vida política y a la universitaria, con un reformismo social más lúcido. Pero no dejaron de entusiasmarse con el regeneracionismo. No en balde Costa partió de posiciones institucionistas, había sido profesor de la Institución y director del BILE. Téngase presente que el aspecto educativo fue siempre esencial en los programas costianos.

Los lazos entre costismo e institucionismo son naturalmente muchos y estrechos, como estrecha fue su vinculación a Giner. Entre esos lazos eran importantes los que unían a Costa con Ra-

fael Altamira; éste será uno de los institucionistas de más acusado «regeneracionismo». Ya en 1895 Costa propuso a la sección de Historia del Ateneo de Madrid que se abriese una información sobre el tema «Tutela de pueblos en la Historia», al que había dedicado un capítulo en su obra *La vida del derecho*. La información logró escaso éxito y sólo tuvo dos conferencias; una de Costa, sobre *Viriato y la cuestión social*; la otra, de Altamira, quien trató «el problema de la dictadura tutelar en la Historia». En ella encontramos el antecedente teórico del «cirujano de hierro» costiano. Altamira utilizó textos de Roéder (muy en la línea krausista) para justificar el derecho que asiste a los pueblos más civilizados a ejercer la tutela sobre otros pueblos[45]. De esos propósitos —que hoy escandalizarían a cualquiera— se pasaba a la «justificación» de la dictadura: a) por insuficiencia en el desarrollo de los pueblos; b) por enfermedad (anormalidad, degeneración o crisis). El dictador podía ser legal en la forma o en el fondo, aceptado o no, etc. La publicación por Cheyne de una serie de cartas de Altamira a Costa ayuda a situar la relación entre los dos hombres[46]. En una de las cartas, fechada el 22 de octubre del 98, Altamira dice: «Su artículo de 'El Liberal' nos ha gustado a todos muchísimo, por su valentía, su sinceridad… y su miga. Hoy lo reproduce aquí 'La Unión Republicana'.» Se trata, sin duda, de la interviú del 18 de octubre. Para esa fecha ya Altamira había sido el primero en romper el fuego «regeneracionista» con su discurso de apertura del año académico en la Universidad de Oviedo, que llevó el título de *La Universidad y el patriotismo*. Se trata de un verdadero regeneracionismo de la educación, netamente institucionista, en el que no faltan los intercambios con profesores y estudiantes extranjeros, la extensión universitaria, la vinculación de la Universidad con el medio social… Inmediatamente le escribe Costa, con fecha 8 de octubre: «Los problemas que usted plantea —restauración del crédito de nuestra historia, psicología colecti-

va de España— son de alta novedad y capital importancia». Piensa Costa que los viajes de profesores y alumnos al extranjero serían «la materialización del punto de partida para la nueva era intelectual de España[47]».

El discurso fue publicado en «La España Moderna» con el título de *Necesidad de modernizarnos*. (No hay que confundirlo con el artículo de Altamira en la misma revista, publicado en el mes de octubre, que se titula *El problema actual del patriotismo*. Todos ellos, y otros, eran capítulos destinados a su libro *La psicología del pueblo español*, publicado por entregas en «La España Moderna», dé 1898 a 1899, pero que sólo sale en libro [por no haber encontrado antes editor] en 1902, editado por Fernando Fe).

Altamira seguía siendo elitista: «No nos dejemos alucinar por la esperanza de lo que vagamente se llama pueblo, masa, etc. —dice en su discurso inaugural de Oviedo—. Hay doce millones de españoles que carecen de instrucción. El pueblo no puede dar el impulso por la regeneración, puesto que es el primero que necesita regenerarse por medio de la cultura». Altamira, estrictamente institucionista (prioridad a la educación), lleva esa concepción a las últimas consecuencias, lo que cuadra perfectamente con los puntos de vista de Costa. Sin embargo, Altamira tiene una confianza *a la larga* en el pueblo español, como no podía menos de ser en la persona que transformó la historia de España, dio la primera batalla a la historia «episódica» o «de acontecimiento» y fue (partiendo del organicismo social krausista) el primero que concibió la historia de España *total*, porque —decía— «hay que estudiar la unidad de la vida en el organismo social».

La correspondencia publicada por Cheyne muestra la participación de Altamira en la constitución de las Cámaras Agrícolas de Asturias (marzo de 1900) integradas en la Liga Nacional de Productores, así como también las esperanzas que pone en la

Unión Nacional que, según él, debe «demostrar la incompatibilidad del régimen existente con la *regeneración*» y tomar «posiciones políticas francas». Cierto que, al mismo tiempo, muestra su pesimismo para entenderse con comerciantes y hombres de negocios de Asturias.

Los lazos de institucionistas y costismo se presentan de diversas maneras. Giner y Labra colaboraron en la «Revista Nacional», órgano de la Liga Nacional de Productores. Giner, en una carta dada a conocer por Cheyne (febrero de 1900), demuestra que es más *costista* que regeneracionista. «Este movimiento de ustedes —con el cual no simpatizo por completo, sino con el *programa de usted* en la mayoría de las soluciones que soy capaz de juzgar— es ya una fuerza; y esta pobre y amada horda española de todas necesita y sería grave responsabilidad dejar que se disuelva». Para los institucionistas, Costa y Palomares son «de la casa», son sus representantes en la Unión Nacional. Y cuando ésta se acerca a su dislocación, Azcárate y Labra instan a Costa para que permanezca allí (cargas del 20 y 30 de mayo de 1900). No dejan, sin embargo, de vivir una situación contradictoria, puesto que no pueden darle su adhesión al ser ellos republicanos y no definirse la «Unión»; por esa razón, Sela, Buylla y Posada explican su negativa, a una adhesión más explícita. Ya en una carta de 29 de noviembre del 98, a raíz del Manifiesto de la Cámara del Alto Aragón, Giner había escrito a Costa: «Partidos actuales. Aquí sí que veo más difícil la cosa, no desapareciendo el carácter de *partido*, en el grupo de usted o disolviéndose los otros; aquí no parece que cabe tener dos patrias, como a veces en el Derecho internacional».

En cambio, cuando llega la Asamblea de Zaragoza y, en ella, el marqués de Palomares expone el programa educativo de Costa, Giner se entusiasma. La postura de Giner, inequívoca, quedó

plasmada en su estudio *El problema de la educación nacional y las clases «productoras»*, que fue apareciendo en varios números del «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza» (BILE) en el año 1900 [48].

Giner se pronuncia netamente y dice: El espíritu de este trabajo (el de la «asamblea de productores» de 1899 sobre la educación), tanto en las críticas como en proyectos de reformas, coincide, en general, con el que la Institución aspira a difundir y aún a realizar, hasta donde lo consienten sus exiguos medios. Su orientación, además, en el fondo, en la misma que el presidente de aquella Agrupación ha venido acentuando en los diversos documentos que, ya como presidente, ya como particular, ha publicado con motivo de este movimiento. Nada tiene de extraño: si el marqués de Palomares es uno de nuestros antiguos alumnos (cuya Corporación hoy preside), don Joaquín Costa ha sido uno de nuestros primitivos colegas, que han contribuido a formar el espíritu de la Institución. Giner hace también referencia al movimiento de las Cámaras de Comercio, cita a Santiago Alba, etc. Volviendo a Costa, hace historia desde la famosa interviú en «El Liberal» y se complace en reproducirla frase del Manifiesto de noviembre de 1898: «La mitad del problema español está en la escuela». Cita también otro documento de la Liga en que se dice: «El problema de la regeneración de España es pedagógico, tanto o más que económico y financiero…». No podemos insistir más en el extenso trabajo en que Giner va glosando por medio de extensas notas, cada uno de los puntos educativos del programa de Zaragoza que, en realidad, es una síntesis del programa de la Institución. Dos años después, la redacción por Giner de la Memoria sobre *La Universidad española* confirmará y ampliará esos puntos de vista.

La postura específica, de indudable hondura, que adopta Gumersindo de Azcárate, representa ese «regeneracionismo» de altos vuelos o, mejor dicho, la actitud coyuntural regeneracionista de quienes representan durante largos decenios el pensamiento de la burguesía liberal. Hay que esperar a sus estudios (más que artículos de 1901 y 1902 *España después de la guerra y El presente y el porvenir de España*[49]) para conocer los puntos de vísta de Azcárate. El caciquismo y el centralismo son para él los peores males del país, cuyos problemas fundamentales clasifica así: 1.º, corregir y purificar el régimen parlamentario; 2.º, «el mal llamado problema religioso, y que es propiamente jurídico y político», es decir, «la excesiva multiplicación de comunidades religiosas[50]», 3.º, el problema regional; 4.º, el problema financiero; 5.º, el problema social. Azcárate, aunque nunca llegó a gobernar, era un verdadero «hombre de Estado», de modo que sus enfoques y su crítica se apartan del casuismo y del arbitrismo; por un lado, es capaz de la abstracción más general; por otro, busca la apoyatura científica y precisa; y todo dentro de un orden intelectual, de un sistema, Para Azcárate el fracaso de los partidos es el fracaso de la monarquía. «Los partidos de la Restauración están agotados… El día en que con intervención más o menos ruidosa de la violencia, cosa inevitable en tales casos según el profesor Burges, tenga lugar un cambio de régimen, surgirán, como surgieron en Francia en 1870, hombres nuevos que conduzcan al país por la senda de esa regeneración por todos pedida y anhelada…». Ésta es su conclusión general. Azcárate escribe en conocer directo de la realidad económica: él no se hace ilusiones sobre las exportaciones de vinos y expone perfectamente cómo, a causa de la filoxera, tuvimos el mercado francés durante diez o doce años; conoce el «boom» del azúcar de remolacha tras la pérdida colonial, sabe lo que la mayoría ignora; que España es un gran productor de materias primas del subsuelo, pero exportadas en bruto y sin bene-

ficiarse en el país. Pero también sabe (con más claridad que Costa, Paraíso, etc.) que la coyuntura está ya propicia para la inversión industrial y conoce al detalle la formación de nuevas sociedades anónimas en 1900 y 1901 (se apoya, sobre todo, en la «Revista de Economía y Hacienda» y en los trabajos de Théry).

Como buen institucionista, para Azcárate el problema de la educación es, tal vez, el fundamental. A nivel «ideológico» también estima Azcárate que «lo primero que necesita hacer España para entrar en una nueva senda es curarse por entero de las ilusiones engendradas por la gloria recogida en otros tiempos en sus empresas y conquistas».

En el segundo de estos trabajos, Azcárate se plantea como objeto del mismo la pregunta de si es posible la regeneración. (Hace siempre referencia a Morote, Picavea, Isern, Maeztu, etc., y, naturalmente, a Costa). Azcárate no es liberal clásico, sino moderno, con su carga de reformismo social, y, por ello, partidario del intervencionismo estatal. De ahí que se plantee la cuestión básica: ¿ayuda o estorba el Estado a la obra de regeneración? Como la mayoría de los regeneracionista, Azcárate condena la obra del Estado de la Restauración; cuando Cánovas dijo que «continuaba la historia de España», Azcárate piensa que lo que continuaba era la historia de la monarquía; como argumentos aduce que se falsificó sistemáticamente el régimen parlamentario y que «continuó triunfante el caciquismo, que es la forma más repugnante de la oligarquía». Apoyándose en la terminología de la ciencia política de la época, Azcárate concluye en «un divorcio hondo y profundo entre la sociedad y el Estado[51]».

Obsérvese que Azcárate no critica el régimen parlamentario y ni los partidos políticos, sino precisamente su desnaturalización, su adulteración y casi inexistencia; ésa es una diferencia esencial

con el regeneracionismo al uso, que se manifestó en el debate sobre *Oligarquía y caciquismo* en el Ateneo (1901).

Al año del fracaso de la «Unión Nacional», Azcárate dice que «empezó con muchos bríos», pero cree que terminó porque la huelga de impuestos era un error y por la incompatibilidad «entre los dos jefes» (¿Costa y Paraíso?). Para él la falla de la «Unión Nacional» es lo que califica de «agrupación de clase», que es en realidad *grupo de presión*. No se puede, según Azcárate, condenar a todos los partidos y no decidirse a constituir uno que, además, opte claramente en la cuestión de formas de gobierno.

Azcárate es una de las mentes más *políticas* del institucionismo; su juicio responde al modelo político y social de la burguesía liberal de la época situada frente a la oligarquía (y, por consiguiente, frente a la alta burguesía integrada en ésta). Sabemos bien que la obra de Azcárate venía de lejos y fácil es observar que es el autor más citado por Costa en *Oligarquía y caciquismo*; pero lo nuevo consistía en que el pensamiento de Azcárate no era ya minoritario en el medio intelectual, sino que resonaba en esa ruptura ideológica de fin de siglo a la que llamamos regeneracionismo (definiéndola así no por su totalidad, sino por la parte coyunturalmente más importante).

Junto a Azcárate, habría que nombrar a otros profesores como Alvarez Buylla, Aniceto Sela, etc., en la línea del reformismo social. La misma *Extensión Universitaria* de la Universidad de Oviedo (en cuya primera línea figura al lado de «Clarín», Altamira, Posada, etc.) no es, en el fondo, sino la proyección de ese reformismo en el ámbito cultural. Se trata de una educación del obrero, pero «obrerista» (es decir, que procede de un medio exterior al mundo laboral) y con propósitos integradores. La burguesía liberal, en su gran perspectiva histórica, tiene necesidad de una fuerza de trabajo calificada (necesita trabajo complejo y no sim-

ple) y tiene también necesidad de ofrecer un horizonte sociopolítico «integrador»; la burguesía liberal se presentará durante muchos años como la sola capaz de «nacionalizar» las instituciones. Esa burguesía presenta su programa de identificarse con los intereses de la nación; es muy de notar cómo insisten, esos medios en el carácter oligárquico (no representativo de los intereses nacionales) que han adquirido los equipos que dirigen el Estado desde 1875.

En la eclosión intelectual de la época sería necesario tener en cuenta obras como *Hampa*, de Salillas; los artículos de Dorado Montero, los textos de Sales y Ferré, los artículos del ya citado Morote. Los tres primeros, que derivan filosóficamente hacia el positivismo, se sitúan siempre en la corriente que concede prioridad a la empresa educadora.

Santiago Alba regeneracionista.

El joven y emprendedor secretario de la Unión Nacional es una personalidad específica en la que vale la pena detenerse: liberal y perteneciente a la burguesía vallisoletana, propietario a los veintiún años de «El Norte de Castilla», estrechamente relacionado con los medios políticos de Gamazo, cofundador a los veintinueve años de la importante empresa «Electra Popular» que desempeñó un papel de primer orden en el desarrollo y electrificación de la provincia… Santiago Alba se presenta, cuando el siglo va a expirar, como el prototipo de «burgués emprendedor» («bourgeois conquérant» en la visión de Morazé) en litigio con el «Sistema», lo que ya se advierte al retirarle Gamazo su apoyo haciéndole víctima de los caciques de Toro (Zamora) cuando en 1898 presentó su candidatura a diputado por aquella dudad[52].

Y he aquí que Alba va a terciar en el debate «regeneracionista» por medio de una introducción (más que prólogo) al libro del francés Edmond Demolins (discípulo de Le Play) *A quoi tient la*

superiorité des Anglo-saxons, traducido con el título de *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones*? La introducción, con las notas, tiene más de cien páginas y es una verdadera obra autóctona, lo que explica que entre 1899 y 1904 saliesen tres ediciones. La misma obra, según su tercera edición, precedida de un trabajó sobre la Liga Agraria, constituye el libro *Problemas de España*, que Alba edita en 1916, cuando era ministro de Hacienda.

La crítica es extensa y profunda; parte de la derrota para explayarse luego, con relente krausista, en la enseñanza formalista que fabrica titulados, pero no forma hombres. Menos optimista que Azcárate y que Costa, estima Alba que el dinero español no fluye como debiera para invertirse en las sociedades anónimas, lamentando que las «de ferrocarriles, algunas de tranvías, bastantes de electricidad, etc.» estén en manos extranjeras.

Alba, pues, es un hombre «moderno» que estima que el *dinero* debe convertirse en *capital*, que debe darse toda su importancia a la educación y terminar con deserciones como la de la aristocracia «que en masa ha huido de la agricultura». Pero, en buen regeneracionista, donde la criticase hace más intensa y documentada es al tratar del falseamiento de la vida pública por los métodos caciquiles. La descripción del Parlamento que hace Alba y de la «fabricación» de diputados es la que más se acerca a métodos sociológicos de nuestro tiempo. Y a él debemos las primeras clasificaciones profesionales del Congreso de los Diputados.

Naturalmente, no queremos decir que el análisis de Alba vaya hasta el fondo *esencial* de la realidad social. Presenta a las «pobrecitas» agricultura e industria como víctimas de las «Profesiones liberales parasitarias», olvidando que, por ejemplo, los ciento y pico de abogados eran todos *propietarios y que ochenta y nueve propietarios y rentistas* reflejaban bien la estructura de las clases dominantes. ¿Cómo iban a ser diputados los agricultores (labradores

directos) y los industriales en la España de fin de siglo? Alba encuentra seis y dieciocho, respectivamente, pero es que el patrono medio y el labrador medio eran bien poco importantes en, la constelación social de nuestra patria entonces.

Alba parece querer sacudir la sociedad hasta sus cimientos. Y escribe con singular simpatía sobre el Partido Socialista, su prensa, sus organizaciones, sus triunfos en elecciones municipales y hasta algunas de las huelgas por él dirigidas. Refiriéndose a la guerra de Cuba, dice: «Con el señor Pi y Margall, de todos los partidos españoles el socialista fue el único que, exponiendo razones sólidas, tuvo valor bastante para oponerse a la guerra hispano-yanqui». (Desde luego no lo tuvo, que sepamos, el concejal y candidato a diputado Santiago Alba, que «a posteriori» parece aplaudir tal comportamiento).

En suma, Santiago Alba parece representativo de un sector social de la coyuntura; tal vez de ése que vacilará pronto y buscará, mal que bien, una integración en el sistema nunca exenta de contradicciones y de problemas. En 1903, Alba era subsecretario de la Presidencia del Consejo, que ejercía Villaverde. Luego se hizo liberal y allí consiguió acceder al puesto de ministro (de Marina, para empezar) en el gobierno que en 1906 formara el general López-Domínguez, ya anciano y bajo la égida espiritual de Canalejas. Pero la paradójica carrera de Alba no hacía sino empezar.

¿Un regeneracionismo catalanista?

Si el regeneracionismo es ruptura ideológica de vastas capas burguesas y pequeño-burguesas con el bloque hegemónico del Poder (poder político más hegemonía ideológica que perderá ya entonces aunque conserve varios decenios el primero) parece lógico situar en esta línea ciertos catalanes muy representativos de esa trayectoria.

En su interesante prólogo a la edición de *La literatura del desastre*, de Miquel S. Oliver, Gregori Mir dice: «En Cataluña el regeneracionismo significa prenacionalismo, regionalismo o nacionalismo catalán. Desconocer esta dualidad del pensamiento peninsular es simplificar la realidad histórica a una sola versión, la castellana[53]».

Solé-Tura sostiene que «el nacionalismo de Prat de la Riba es la forma catalana del regeneracionismo de finales del siglo XIX», que opone al de «los intelectuales de la generación del 98» (místico, irracionalista, etc.) y al de Costa de «burguesía rural inexistente». Para Solé-Tura «representa, en cambio, la solución de una burguesía industrial, realmente hegemónica en Cataluña...» [54]. Retenemos el concepto esencial (que también recoge Mir, pero éste de manera más amplia), dejando de lado la confusión sobre la mal llamada generación del 98, atribuyéndole actitudes de diez años después; pensamos que a partir de los trabajos de Blanco Aguinaga (y también de Irman Fox y de Pérez de la Dehesa) no puede seguir manteniéndose esa confusión sobre el 98. Lo cierto es que el desarrollo de una burguesía industrial catalana, de una auténtica clase empresarial, no sólo plantea la discrepancia regeneracionista con el sistema de manera tajante, sino que la madurez de esa clase la hace concretar sus exigencias, y que la especificidad catalana matiza y personaliza este regeneracionismo.

No es extraño que esa corriente catalana que tanto emparenta con el regeneracionismo, empezase antes allí. Por eso, casi todos coinciden en señalar como a su primer representante, cronológicamente hablando, a Valentín Almirall. Pensamos que éste corresponde al nivel generacional de Giner y Galdós, Maragall al de Unamuno (nacido en 1860 es cuatro años mayor) y Prat (nacido en 1870) al de los jóvenes del 98.

Almirall deja el federalismo por el catalanismo, y deja así la pequeña burguesía por la clase empresarial; abogado e hijo de industrial, Almirall tenía razones «históricas» de ser portavoz de esa burguesía catalana. Si la fundación del «Diari Catalá» en 1881 y la redacción de la Memoria presentada a Alfonso XII en marzo de 1885 son hitos de la obrá de Almirall, lo más significativo de ella es *L'Espagne telle qu'elle est* (1886, colección de artículos en la revista de París «Le monde latin») y su libro, producto de una brillante improvisación *Lo Catalanisme*, que data del mismo año. Los aspectos críticos se inscriben en la línea regeneracionista (entre ellos la gran desconfianza hacia el parlamentarismo), y son, probablemente, de tono más mesurado.

Prat de la Riba tiene en su haber la elaboración de la teoría del hecho nacional. En la época que nos ocupa es todavía joven y se encuentra sólo precedentes (por ejemplo, su conferencia en el Ateneo de Barcelona en 1897) de lo que no rematará hasta 1906 (*La nacionalitat catalana*). A nivel de regeneracionismo pensamos que sólo interesa el joven Prat; el otro es ya de un tiempo en que hay también un Melquíades Alvarez, un joven que se llama Ortega y Gasset, un Ossorio y Gallardo, etcétera, partiendo todos desde posiciones de burguesía no oligárquica.

En 1890, tiene Prat veinte años y ya es presidente del «Centre Escolar Catalanista». En 1892 es secretario de la Unió Catalanista y es el principal redactor de las Bases de Manresa. Durante años escribe en «La Renaixenca», luego en «La Veu de Catalunya», cuya publicación diaria, con Prat de director, empieza en fecha tan crítica como es el 1.º de enero de 1899. Pronto fracasará la «experiencia Polavieja y Durán y Bas», desilusionando al sector más moderado de la burguesía catalana. Es la hora del catalanismo; el 20 de agosto del 99. Prat publicará su artículo *Nacionalisme catalá i separatisme espanyol*, en el cual Prat dice que él y los

suyos se sienten españoles, pero no castellanos, pero pide un cambio radical en la política de los Gobiernos de Madrid. Es el momento en que han creado el «Centre Nacional Catalá»; dos años después, al fusionarse con los de la «Unió Regíonalista», darán lugar al nacimiento de la *Lliga*.

Joan Maragall (1860-1911) es uno de los catalanes sobre los que repercute más hondamente el desastre colonial y la crisis de fines de siglo. Ya desde 1890, en que comienza a trabajar en «Diario de Barcelona», Maragall va a ser un crítico implacable del Estado de la Restauración.

Ningún regeneracionista es más antiparlamentario que Maragall. En el *Juicio de la Restauración española* (1894), dice que «nada hay como el parlamentarismo para falsear la opinión pública y para hacer de la política y del Gobierno de los Estados una cosa completamente artificial…». No es menos duro su juicio sobre los partidos políticos de turno, aunque no ve en ellos que sean formados más que «por meras atracciones personales» o que «gobierna el andalucismo», etc. Sin embargo, en *La regeneración política* (1899) reconoce Maragall que el parlamentarismo español no es malo por parlamentarismo, sino por no serlo: «… en España el Parlamento se hace después que el Gobierno y a gusto de éste, por el sistema del encasillado, que es, como si dijéramos, de la farsa electoral. Y este vicio de origen trasciende a todo su funcionamiento. Por esto aquí los cambios de Gobierno nunca son los normales del sistema; aquí los Gobiernos no se van por haber perdido unas elecciones (que nunca pierden), ni vienen por haber logrado una mayoría en las Cámaras. Van y vienen por sucesos exteriores, por un motín de cadetes, por incompatibilidad de humor entre los Ministros, por corazonadas, etc.»[55]. En un Maragall de madurez (condicionado, en parte, por los progresos de

la Lliga, etc.) se observa la tendencia a pedir la dirección del país, a que Castilla «deje el cetro a otras manos».

El desastre colonial inspiró a Maragall tres poemas fundamentales: *Els adéus, Oda a Espanya y Cantdel retorn*. De ellos nos interesa retener sobre todo la *Odá a Espanya*; poéticamente, hace la misma crítica que pueden hacer un Costa, un Azcárate, un Unamuno, luego un Machado:

«Than parlat massa —del sagun-
tins
i dels que per la patria moren:
les teves glories —i els teus records,
records y glòries —només de morts;
has iscut trista».

Y sigue así: ¿para qué derramar la sangre? «tus fiestas eran, los funerales, oh, triste España». Y esos barcos que él ha visto marchar repletos de hijos de España que iban a la muerte.

Y no sólo los poemas; los artículos de Maragall durante la guerra de Cuba (por ejemplo, *La obsesión*, 12 de abril 1898) son todos de análogo talante.

Otro aspecto de semejanza con el regeneracionismo es el «europeismo» de Maragall. Éste es europeista como catalanista que es; ciertamente, Maragall no es separatista; quiere solucionar el problema Cataluña dentro de su concepción de Iberia, una España «patria nueva», pero también sueña en que el todo se integre en una «Europa de las nacionalidades». Los matices de esta idea, con óptica catalana, serán forzosamente muy distintos de los del joven Unamuno, de Costa o incluso, más tarde, de Ortega. Como Mercedes Vilanova ha señalado, «si para la generación del 98, "España es un país aparte entre todos los europeos", Cataluña,

para Maragall, en más de un aspecto es ya una parte integrante de esta Europa[56]».

En efecto; el desarrollo económico con sus implicaciones en la estructura social, el estilo de vida, los intercambios culturales, el auge del modernismo literario catalán, de sus escuelas plásticas…, todo hacía que la superficie de contacto catalano-europea fuese mucho más extensa que la que podía haber desde Madrid (no digamos de las capitales de provincia). Dice Mercedes Vilanova que «el catalanismo de Maragall fue europeísta» y que para él no tiene vigencia la tensión casticismo-europeísmo. Cierto cuando se sitúa en la óptica catalana, pero no cuando se dirige a España. En el *Cant del retorn*, tomemos por ejemplo, Maragall dice:

«Massa pensaves —en ton honor
i massa poc en el teu viure».

La crítica de la hipertrofia de lo que en sentido «castizo» se entiende por honor es análoga a la de Unamuno en *En torno*…, Cap. III, «El espíritu castellano».

«Ser buen español al uso parlamentario —decía Maragall— es fácil cosa; basta con cruzarse de brazos y dejar que España se hunda al son de los retruécanos; mientras que para ser buen español a secas se necesita ser héroe». Esto lo escribe, en 1902, cuando también dice: «¿cómo podemos ser españolistas de esta España?»(recordemos que Unamuno siempre distinguió entre españolismo-casticismo-falsa tradición y españolidad), lo qüe le costó un proceso, sobreseído poco después. Se cerraba o estaba a punto de cerrarse la coyuntura de crisis, pero el desfase con Barcelona era evidente; el triunfo electoral de la Lliga (la candidatura de los cinco presidentes) había sido allí, en 1901, un punto de partida, que ejerció gran influencia en Maragall. No en vano se habla, para Cataluña de «la generación de 1901».

La amistad de Unamuno y Maragall viene a reforzar nuestro interés específico por el poeta catalán, amistad que fue más fuerte que sus innegables divergencias de principio; también tuvo contacto con los hombres de la Institución, sobre todo a través de su estrecha amistad con Pijoán, que le facilitó el conocimiento de Giner y su feliz encuentro con él en 1906, en Barcelona. Por cierto que cuando Maragall estuvo en Madrid en 1900, enviado por Mañé y Flaquer, quiso ver a Giner y se lo quitó de la cabeza, horrorizado, Fabié, el corresponsal en Madrid del «Diario de Barcelona». Verdad es que Mañé ponía en guardia a Maragall contra las «politiquerías de Fabié, pero también le decía: "No se venga sin conocer a Menéndez y Pelayo" y "He recibido una cariñosa carta de Núñez de Arce en la cual se manifiesta impaciente por conocer a V." (Por cierto que Maragall espíritu independiente, no se apresuraba en visitar a las "personalidades")».

Maragall es netamente elitista; en ello se asemeja a los regeneracionistas, tan escépticos del pueblo. Va hasta ser enemigo del sufragio universal, porque da el poder a las mayorías. Orteguiano «avant la lettre», se siente entusiasmado por las minorías «selectas»; en cambio, escribe: «¿en qué parte del mundo está ese pueblo dispuesto y con suficiente discernimiento para *entregar su poder* en manos de los realmente *mejores*?».

Pero el «elitismo» de Maragall va mucho más lejos que la «tutela» de los pueblos de un Altamira o un Costa, que por principio creen en esos pueblos, aunque piensen que *momentáneamente* no están en condiciones de autogobernarse; y se aleja más todavía de los otros institucionistas, que también admiten el principio de soberanía popular, pero supeditado a una previa educación del pueblo. Y es que Maragall no es un ideólogo pequeñoburgués, nacido de esas clases medias, como pueden ser un Unamuno, un Giner, un Costa de origen más popular, o un Azcárate

de una burguesía intelectual de un cierto patriciado progresista. Nada de esto en Maragall, hijo de una burguesía en pleno florecimiento, integrado en un órgano de la burguesía (incluso amarrado en cierto modo a la oligarquía, cosa que él repudia) como era el «Brusi». Por eso Maragall, a diferencia de todos los regeneracionistas del resto de la Península (y como Maragall los otros catalanistas de la época, ya fueran Prat, Cambó, Ventosa, Abadal… habría que señalar la excepción de Carner) tiene una postura contra el movimiento obrero. Hubiera sido inconcebible ver la firma de esos catalanes en «El Socialista» o en «La Revista Blanca», como se veían las de «Clarín» Giner, Dorado Montero, Unamuno, Maeztu, Buylia, Altamira, Sales y Ferré, etc. La poesía y la prosa de Maragall son ajenas a la clase obrera, precisamente allí donde ésta era más importante y numerosa, en Cataluña. Maragall comprende, sin embargo, como dice Mercedes Vilanova, «que el socialismo es la cuestión más importante de su tiempo» y lo achaca a los excesos individualistas. El hombre y el poeta que exaltan el amor no pueden coincidir con la mentalidad de muchos patronos coterráneos suyos. No olvidemos, en fin, que cuando va a cumplirse la sentencia contra Ferrer, Maragall escribe *La Ciutat del Perdó*. Prat de la Riba se niega a que se publique en «La Veu de Catalunya»; la carta en que Prat niega a Maragall las columnas del periódico para implorar perdón ha sido publicada por José Benet en su libro *Maragall y la Semana trágica*. La diferencia entre los dos hombres es de talla y vale la pena de que quede inscrita en la historia.

Este enlace con lo que en términos flexibles podría llamarse «regeneracionismo catalán» no debe terminarse sin mencionar la intervención de Federico Rahola (secretario del Fomento de la Producción Nacional de Barcelona) en la información del Ateneo sobre *Oligarquía y caciquismo*. Es una crítica al sistema de la Restauración hecha con óptica catalana: los catalanes son elimi-

nados, según él, de los puestos decisorios del país. Señala Rahola que desde la muerte de Femando VII hasta 1856 hubo 210 ministros, de los cuales 11 catalanes (incluyendo Baleares); de 1856 a 1868 hubo 63 ministros, de los cuales sólo uno fue catalán; del 68 al 75 hubo 81 ministros, de los cuales 11 catalanes. En fin, durante veintisiete años de la Restauración el señor Rahola sólo recordaba que hubieran sido ministros catalanes los señores Balaguer y Durán y Bas.

Toda la argumentación de Rahola se encamina a mostrar esa preterición de los catalanes en diversos aspectos institucionales, contraponiéndola a sus aportaciones tributarias, etc. Hay otro aspecto de esta intervención que ofrece gran interés: «En Cataluña no contamos con oligarcas propios; los caciques son de segundo orden y arraigados fuertemente en el centro, aun cuando residen en la localidad». Rahola habla del oligarca «político», tal como lo entendía Costa, ya que otra cosa fuera hablar de oligarcas económicos. Dice Rahola que el caciquismo se manifiesta allí a través de los empleados municipales; pero *eso no es el caciquismo*. Eso puede ser una irregularidad más del orden electoral que, por añadidura, empieza a no ser eficaz desde comienzos del siglo. Indirectamente se prueba que el caciquismo es planta rural y de atraso económico, de difícil o imposible coincidencia con el desarrollo económico y las grandes aglomeraciones urbanas.

En todos los casos que hemos tomado en consideración para el regeneracionismo catalán nos encontramos con que a diferencia de la protesta pequeñoburguesa (o de una burguesía media pobre y discriminada) del resto del país, se trata de ideólogos de una burguesía empresarial que continúa acumulando beneficios y aspiraciones de Poder. Su contradicción con lo estrictamente popular, con el mundo del trabajo es mucho mayor, llega a ser insalvable; se ha manifestado ya, con toda virulencia, en la Catalu-

ña del Sexenio, de modo que pasando a primer plano en Cataluña la contradicción patronos-obreros, facilita la tácita aceptación de la Restauración y del poder de preponderancia terrateniente, por una burguesía industrial demasiado temerosa ya de su clase obrera. Esa diferencia de nivel socioeconómico con la mayoría del país explica que los «regeneracionismos» sean muy distintos; el catalán es el de una burguesía triunfadora económicamente que pide su «puesto al sol» en el poder político y que coyunturalmente hegemoniza ideológicamente a toda una minoría nacional; el momento catalán es muy distinto del de Madrid y del resto de España. La inserción social del intelectual es también diferente y la «ideología» que expresan unos y otros corresponde a dos niveles o dos tramos («paliers») distintos de desarrollo sociohistórico.

Socialismo frente a Regeneracionismo.

En Madrid, en toda España fuera de Cataluña, la correlación de fuerzas sociales en presencia es diferente y también la falla o línea de fractura aparece en distinto lugar. Es el naciente socialismo (nos referimos, pues, a un movimiento obrero que tiene ya un «techo teórico» socialista, más o menos sólido) quien muestra su recelo y marca sus distancias del regeneracionismo. Pero como éste, a diferencia de Cataluña, expresa ideológicamente a un conjunto de clases medias e incluso de la burguesía, todas poco fuertes, se verá abocado a la clásica y peligrosísima «lucha en dos frentes».

El punto de vista socialista nos resulta doblemente interesante por sus posibles coincidencias con el de Unamuno, aunque éste ya no fuera militante en 1898. Ya el V Congreso del P. S. O. E., celebrado en Madrid en septiembre de 1899, muestra su desconfianza hacia el regeneracionismo. Pablo Iglesias dice en el Congreso: «No hay ningún partido que pueda regenerarnos. Los

reaccionarios están descompuestos, igualmente que los liberales; a los avanzados les falta la energía y la burguesía y los capitalistas siguen con sus trapacerías».

Meses después, en el momento de actualidad para la «Unión Nacional», Jaime Vera escribe en «El Socialista» de 1.º de mayo de 1900: «Con el retraimiento de la opinión pública y del pueblo quedó sin su natural y único sostén el interés nacional. Aun cuando se definiere con mayor nitidez en el pensamiento de los *regeneradores*, es estéril todo esfuerzo para que este interés nacional se sobreponga a los intereses parciales y de cuerpo que, como parásitos insaciables, han chupado y chupan todo el jugo de la patria».

»A la inmensa resistencia de tanto abuso organizado hay que oponer una fuerza poderosa: ¿de dónde la sacaréis, hombres de gobierno, partidos políticos, o vosotros los comerciantes, los industriales y propietarios agrícolas que os llamáis *productores* y os aplicáis el nombre de «Unión Nacional»? Proclamáis la necesidad de una revolución desde arriba o desde abajo… ¿y cuándo se han hecho revoluciones, desde abajo o desde arriba, sin el pueblo?

»Sentís bien que la vida pública nacional es la de un organismo incompleto. ¿No veis que le falta el pueblo?».

«Hundida la patria en simas más hondas que hoy, ha renacido por el vigor del pueblo. En él es donde han de buscarse vírgenes energías; por él, contra los errores y horrores de la política tradicional, está asegurada la perennidad de la familia española sobre la haz de la tierra (…)…

»El pueblo que, por su natural atracción, arrastrará en su día a todos los hombres de trabajo, reducido por la fuerza bruta y la falsificación descarada y sistemática de las leyes a la nada, como el tercer estado en su día, quiere ser algo y mañana lo será todo. En su camino no olvidará el interés nacional, pero será en las

ocasiones un asociado, no un inocente comparsa. No estamos ya en el 69 ni en el 73[57]».

La identidad de interés nacional y pueblo trabajador puede relacionarse con algunos textos de Unamuno; en todo caso, es un lema fundamental del marxismo. A su vez engarza con el tema más directamente vinculado a nuestro objeto: ¿quién ha de ser el protagonista de la historia, el pueblo o las elites? Vera —y veremos que en eso coincide exactamente con Unamuno, o, si se quiere, ambos coinciden con la teoría socialista— piensa que una transformación revolucionaria sólo puede venir del pueblo; la ausencia del pueblo ha hecho que el mecanismo político de la Restauración sea estéril porque da vueltas en el vacío. Con un criterio marxista, Jaime Vera niega el calificativo de productores a quienes son propietarios de medios de producción, ya en la industria o en la agricultura y, con mayor razón, les rehusá el nombre de Unión Nacional, ya que para él es una unión de comerciantes, industriales y propietarios agrícolas. Vera, siguiendo en eso una actitud que siempre había mantenido, no rechaza la alianza de los obreros de la ciudad y del campo con esos sectores sociales; pero exige que *el pueblo* (un pueblo que adquiere significación equivalente a la de *trabajador*) no sea «un inocente comparsa», un punto de apoyo, para auparse en el Poder, una alianza de sentido unilateral para ganar unas elecciones, aquél que, para emplear una frase popular… «saca las castañas del fuego». No; ha de ser un asociado, es decir, un aliado en pie de igualdad. Jaime Vera no corta los puentes, cosa que parece hacer Iglesias en este caso concreto. En todo caso hubiese sido necesario que los «productores» (y recordemos que también Giner utilizaba las comillas) hubieran reconocido en los productores —sin comillas— un factor esencial de alianza. No fue así.

CAPÍTULO VII

UNAMUNO Y EL REGENERACIONISMO

Este aspecto unamuniano coincide con su posición fluctuante entre 1898 y 1901, en la que, sin embargo, quedan rasgos de lo que ya se conviene en llamar «el primer Unamuno».

Al abordar este tema importa hacer una precisión: la de no confundir la relación Unamuno-regeneracionismo con la de Unamuno-Costa. Este último ejerció en Unamuno una influencia mucho más honda (véanse los temas de Derecho consuetudinario, de la tradición, del carlismo popular, etcétera), pero se trata de otro asunto al que nos referiremos más adelante. Y ello se desprende de algo que está bien establecido; Costa, aun siendo regeneracionista, era mucho más que eso. (Hemos visto como también Giner distinguía entre Costa y movimiento regeneracionista).

Para algunos, como Pérez de la Dehesa, la influencia de Costa sobre Unamuno no fue la de «escuela y despensa» y otros términos regeneracionistas, sino la más sustancial del hombre que escribió el *Colectivismo agrario*[58]. Pero dejando ese otro vínculo, y volvamos al asunto más concreto que ahora nos ocupa. Puede iniciarse con la frase de una conocida carta que Unamuno dirige á Jiménez Ilundaín el 2 de diciembre de 1898: «La moda ahora es lo de la regeneración, moda a la que no he podido sustraerme». Pérez de la Dehesa, comentando esa actitud, dice: «El interés de Unamuno por el regeneracionismo llena los años de 1898 y

1899, época intermedia de su biografía intelectual, que marca la transición desde la separación del partido socialista hasta su vuelta a una actividad en cierto modo política en 1900». Y abundando en la materia cita también[59] la carta dirigida por Unamuno a Costa el 29 de diciembre de 1898 acusando recibo de *Colectivismo agrario*, que empieza: «No quiero demorar más tiempo ya el felicitarle por el manifiesto de la Cámara agrícola, que hemos comentado aquí muy largo los amigos».

El regeneracionismo en su sentido más amplio, como sobresalto intelectual tras el 98, no deja de impresionar a Unamuno. A ese respecto es siempre conveniente referirse al prólogo que escribe en septiembre de 1902, para la primera edición en libro de *En torno al casticismo*: los libros que allí menciona «acerca de la psicología de nuestro pueblo» (...), «que conozco y he leído», son: el *Idearium español*, de Ganivet; *El problema nacional*, de Macías Picavea; *Hampa*, de R. Salillas; *La moral de la derrota*, de Morote; *Hacia otra España*, de Maeztu; *Psicología del pueblo español*, de Altamira; *El alma castellana*, de Martínez Ruiz; también dice, tras citar a Ganivet y Picavea, «las más de las investigaciones de Joaquín Costa», con lo que se patentiza la importancia que da a sus trabajos, calificados de investigaciones y de los que ha leído una pluralidad entre 1896 y 1902.

Cierto es que en *Del sentimiento trágico de la vida*... Unamuno desbarrará contra «aquella hórrida literatura regeneracionista, casi toda ella embuste...». Aún estamos muy lejos de esa actitud, pero no es menos verdad que Unamuno no acepta nunca pasivamente esa «moda» a que se refiere; el Unamuno de fin de siglo difiere en cuestiones esenciales del repertorio regeneracionista.

Que costismo no es lo mismo que regeneracionismo para Unamuno nos lo demuestra en su artículo que con el título de *Renovación* publica en «Vida Nueva» de 31 de julio de 1898: «No

creo quede ya otro remedio —dice— que sumergirnos en el pueblo, inconsciente de la historia, en el protoplasma nacional, y emprender en todos los órdenes el estudio que Joaquín Costa ha emprendido en el jurídico».

En tres artículos fundamentales aborda Unamuno el asunto: 1.º *Doctores en industrias*, publicado en «La Estafeta», del 18 de octubre de 1898:

> «Ahora que se ha puesto entre nosotros en irresistible moda todo eso de la regeneración de España, vuelven a oírse dos viejos estribillos sin más que el cambio de tonada. Son ellos las dos famosas sentencias de "menos política y más administración" y "más industriales y menos doctores", sentencias que han partido de políticos la primera y de doctores la segunda».

El Unamuno del 98 enfoca aún este problema como algo de naturaleza socio-económica. Y criticando a los terratenientes dice:

> «Cuando se habla de maquinaria agrícola se oye repetir a las gentes del campo que es inaplicable al suelo de España, pero si se les aprieta un poco se acaba por ver que a lo que es inaplicable es a nuestra economía. No se aplica una máquina que cuesta 5. 000 duros mientras no ahorre 5. 000 reales de jornal (si calculamos al 5 por 100), y donde los jornales son tan bajos como aquí sucede, las máquinas resultan caras».

Por extraño que a algunos pueda parecer, Unamuno da una explicación más precisa que Costa de un aspecto esencial del latifundismo. Sabido es que éste se caracteriza por no estar interesado por la productividad por unidad de producción y también por disponer de abundante oferta de mano de obra, que, por consiguiente, es retribuida a bajo precio; de ahí que mientras esa oferta subsiste no está interesado en invertir en capital constante.

Pocas semanas después (el 9 de noviembre) publica Unamuno, en el «Diario del Comercio», de Barcelona, un artículo fijando su postura frente al regeneracionismo (piénsese que entonces el término lo usan todos, incluidos Silvela, Polavieja, Gasset…); el título es *De regeneración; en lo justo*. Comienza así: «Mientras la masa popular española, cimentada en resignación, continúa su oscu-

ra labor de cotidiano trabajo, álzanse por aquí y por allá voces pidiendo regeneración, sin que tales voces logren cuajar en un verdadero ideal, porque no lo es el positivismo o practicismo de importación, que se nos inculca a diario».

En la línea de *En torno*..., la masa que trabaja anónimamente se opone al parloteo de quienes se agitan en la superficie. Y para el joven Unamuno no se trata de recetas arbitristas, sino de problemas de clase y de otros de envergadura. Dice así, más adelante: «Más que de cartillas agrícolas necesita el pueblo de nuestros campos sacudir el yugo de las rentas a señoritos que no distinguen el trigo de la cebada, y más que de ingenieros, de que no se ataque en beneficio de individuos la herencia comunal». (Puede verse la coincidencia con Costa en la crítica de la desamortización). «Perdido nuestro imperio colonial y recluidos en nuestra pobre casa, no tardarán en surgir dos problemas sociales que absorberán a todos los demás; el que plantea el movimiento obrero y el que impulsa al movimiento regionalista». Cualquiera que sea el juicio de valor que se haga sobre esos dos problemas, resulta difícil negar la lucidez de quien veía más allá de la gritería del momento.

Hay, en fin, otro artículo que Unamuno publica en el número de noviembre del 98 de «La España Moderna», con el título de *La vida es sueño; reflexiones sobre la regeneración de España*:

> «Y el pueblo está aquí en lo firme; su aparente indiferencia arranca de su cristiana salud. Acúsanle de falta de pulso los que no saben llegarle al alma, donde palpita su fe secreta y recogida (...).»
>
> «... Ahora le van con la cantinela de la regeneración empeñados en despertarle otra de su suelo secular. Dícenle que padece de abulia, de falta de voluntad, que no hay conciencia nacional, que han llamado moribunda a la nación que sobre él y a su costa se alza; nación a la que llaman suya. ¡Suya! ¡Suya! ¡Él no la tiene! Sólo tiene, aquí abajo, una patria de paso, y otra, allá arriba, de estancia».

La exaltación popular va unida a la diferenciación pueblo-nación, que veremos también en ciertos aspectos de Costa. En fin, se observa una secuela de interpretación del «Manifiesto» marxiano en el sentido restrictivo como se interpretaba en el siglo XIX, combinado con una visión, cristiana.

Más adelante dice, en defensa del pueblo y contra los «regeneradores»: «¡Ignorancia! ¡Saben tantas cosas que no saben! Ellos (los hombres del pueblo) saben mucho de lo que ignoran, y los regeneradores, en cambio, ignoran casi todo lo que saben».

Por último, la misma oposición pueblo-nación: No sé si hay conciencia nacional en España, pero popular sí la hay, seguido de una evocación del alzamiento proindependencia de 1808 que atribuye al pueblo español y no a la nación.

Ni el Unamuno joven ni tampoco el que sería años después podían cuadrar mucho con las recetas regeneracionistas. Cuando atravesaba su crisis de marzo de 1897 escribió Una carta a Martínez Ruiz (pues todavía no era éste «Azorín») en respuesta a la propuesta que le hiciera en unión de Maeztu y Baroja. Y dice así:

> «Ahora, aunque no me parece mal, ni mucho menos, la forma concreta que piensan darle a esa acción social, en ella no podría más que ayudarles indirectamente, porque ni entiendo de enseñanza agrícola nómada, ni de ligas de labradores, ni me interesa, sino secundariamente, lo de repoblación de montes, cooperativas de obreros campesinos, cajas de crédito agrícola (aquí las hay) y los pantanos, ni creo que sea eso lo más necesario para modificar la mentalidad de nuestro pueblo, y con ella su situación económica y moral».
>
> «Con verdad se dice que cada loco con su tema, y usted conoce el mío. No espero casi nada de la japonización de España, y cada día que pasa me arraigo más en mis convicciones. Lo que el pueblo español necesita es cobrar confianza en sí, aprender a pensar y sentir por sí mismo, y no por delegación, y sobre todo, tener un sentimiento y un ideal propios acerca de la vida y de su valor».

Esta carta, fechada el 14 de marzo, no sólo es, como casi toda la producción unamuniana, muy crítica respecto a los «remedios» regeneracionistas, sino de interpretación acusadamente «idealis-

ta» de los hechos sociales. En ella nos parece interesante destacar la oposición a la «japonización», ya que supone cierta oposición al Costa de cuatro años después. Sabido es que Costa toma al Japón como modelo de «revolución desde el poder[60]».

Que las actitudes de aquel tiempo de crisis no fueron forzosamente unívocas es algo que reconoce lealmente Unamuno al hablar sobre Costa en el Ateneo de Madrid en 1932: «¡Hay que ver en qué mar de contradicciones, en qué mar de perplejidades nos sumió el golpe de 1898! Sobre todo, a los que entonces empezábamos a despertar a la más honda vida civil de la historia[61]».

Los escritores jóvenes.

Contamos con una multitud de testimonios que prueban cómo los escritores jóvenes se entusiasmaron con el Costa regeneracionista del 98 y 99, con aquel «krausista patético» (feliz expresión de Gil Novales) que buscaba soluciones apostrofrando a sus contradictores y electrizando a sus seguidores en tonos de profeta bíblico.

De aquellos jóvenes, Maeztu y Martínez Ruiz eran los más «radicales» cuando adviene la derrota del 98. (Debemos a Inman Fox aportaciones sustanciales que han dejado claro ese hecho). En cuanto a Baroja, ya se sabe que muy poco después, cuando escribe *La Busca*, tomará un poco a chacota lo del regeneracionismo. Sin embargo, en uno de los documentos de «Los Tres» (Martínez Ruiz, Maeztu, Baroja), firmado en diciembre de 1901, hay afirmaciones regeneracionistas; según los firmantes, la solución al problema de España no estaría en la democracia, sino en la ciencia (el «cientifismo» de la época fue bandera que cubrió mercancías intelectuales de la más diversa índole; piénsese en el positivismo de México o de Venezuela…). En el texto que nos ocupa, dicen así: Y ese mejoramiento sólo puede darlo la ciencia, única base inderruible de la humanidad… La aplicación de la

ciencia social a las miserias de la vida puede ser el lazo de unión entre los hombres de tendencias altruistas…

Para Maeztu, más crítico que nadie, la derrota, un *Sedán doloroso* sería bienvenida si fuera el punto de partida para una nueva España; ésa es su postura de 1897. Pero el 98, cuando se produce la intervención norteamericana, los «¡Viva España!» cambian para él de significación, teniendo ahora un contenido positivo.

Cuando llega la asamblea de Zaragoza en que se crea la Liga, Maeztu exalta esta obra; ese artículo se convertirá en capítulo V de su libro *Hacia otra España* (1899). No obstante, Maeztu cree entonces que es la economía y no la política (por «hidráulica» que sea) la que puede salvar a España. Maeztu, que se dice entonces «socialista» (colaboró en *Germinal*, de Dicenta, orientación socialista «revisionista»), hace un canto al capitalismo ascendente; según él, hay que «colonizar» la meseta castellana para que así tengan mercados las industrias del litoral (e incluso «los frutos de Valencia…, los ricos vinos de Cádiz», ignorando que ésos eran productos fundamentales de exportación). Pero esa visión encontrará un paralelo en los artículos de Unamuno sobre *La Dehesa española* y *La Conquista de las Mesetas*, publicadas en «La Estafeta» el 6 de marzo y el 11 de septiembre, respectivamente, de 1899. Sin embargo, para Unamuno la naturaleza del problema es distinta:

> «Es inútil —dice— que se excite al capital a la *conquista* de las mesetas. Cuando no lo hace será, de seguro, porque no le conviene. Es muy fácil hablar de rutina y de falta de iniciativa; pero no es tan fácil indagar si esta supuesta falta no obedece a profundas razones económicas». «En el caso concreto en que en estos artículos me ocupó, paréceme que el capital se lucra más del estado lamentable en que las mesetas se hallan, que se lucraría de intentar mejorarlas».
>
> «Es más: creo que la situación en que la agricultura central se halla es uno de los más poderosos soportes de las industrias de la periferia y que una de las funciones económicas de los desolados páramos es producir una población excedente y con ella brazos baratos para las fábricas».

Unamuno ignoraba, más que Maeztu, la naturaleza de la naciente industria, ignoraba su carencia de mercados. Había leído lo de la afluencia de brazos del campo a las fábricas escrito por Marx sobre Inglaterra y quería aplicarlo a España, donde la industria no demandaba fuerza de trabajo. Para que los fenómenos migratorios de esa naturaleza empezaran a producirse, tendría que pasar una buena docena de años, y aun así, esos brazos llegaron primero a Barcelona del sudeste mediterráneo. (Las minas de Vizcaya y Asturias tuvieron un sector minoritario de mano de obra venido del interior).

Volviendo a Maeztu, no es posible olvidar que en su libro *Debemos a Costa* (1911) dejará constancia del impacto que produjo sobre él la obra y el ejemplo del «león de Graus».

En cuanto a Azorín, ha salido en 1897 de «El País» por «extremista» y colabora semanalmente en «El Progreso», que dirige Lerroux. Un año más tarde va a iniciarse su evolución; lo único que guardará de este tiempo será su admiración por Costa.

★★★

De todo lo expuesto deducimos que hay en Costa una importante faceta «regeneracionista» común a todos los que consideramos bajo ese denominador común; un aspecto de política coyuntural de la burguesía y pequeña burguesía; hay también en él una concepción general de la sociedad de base tradicionalista-populista (en el segundo aspecto Costa parte más de sus estudios que de la totalidad de la realidad circundante).

Pero las formas de ruptura ideológica son múltiples en aquel momento. Costa parece agarrarse al eslabón más…eficaz, al que tiene más fuerza para arrastrar a los demás. Sin embargo, le faltó unirse —o proponérselo tan siquiera— al mundo que aportaba la fuerza de trabajo, que ya tenía sus hombres, sus vanguardias, sus primeras tomas de conciencia. Claro que parecía difícil,

cuando no paradójico, aliarse con los de abajo para intentar la revolución desde arriba. Pero falto de esa alianza, como también les ocurre entonces a los institucionistas, estará situado entre el yunque y el martillo.

Los socialistas o quienes estaban cerca de ellos consideraban el regeneracionismo algo así como una estratagema burguesa. Si es lógico que criticasen esa autodenominación de «productores», etcétera, no es menos cierto que no habían comprendido aún que los estratos inferiores de esa burguesía estaban en flagrante conflicto con los sectores dominantes (minoritarios y oligárquicos) y que una conjunción de esfuerzos y una comunidad inmediata de objetivos era perfectamente posible.

Unamuno, que ya no es socialista, está, sin embargo, mucho más cerca de ellos que de los regeneracionistas, a pesar de su admiración por Costa: el punto de divergencia es capital. ¿Quién será el protagonista de la historia, la garantía del porvenir? Para unos, el «cirujano de hierro», el «hombre histórico», las minorías «selectas» o «tutelares»; para otros, para decirlo con palabras de Unamuno, *el pueblo que nos sustenta a todos*.

CAPÍTULO VIII

¿HAY UNA GENERACIÓN DEL 98?

Esta cuestión, por manida que sea, tenía inevitablemente que plantearse, ya que una mayoría de personas asocia la crisis que se abre el 98 con el grupo de escritores a quienes se les ha puesto la etiqueta de «generación del 98». El riesgo de equívoco es suficientemente importante para que no soslayemos el asunto.

Sabido es que Gabriel Maura empleó el término de «generación del desastre» en un artículo publicado en la revista «Faro» en 1908. Pero no es menos sabido que fue Azorín quien lanzó la idea de «generación del 98», y ello en 1913, cuando la dispersión de los escritores comprendidos bajo ese denominador común era total y manifiesta.

Que haya un grupo de escritores que surgen al mismo tiempo a la vida creadora, que guardan estrecho contacto entre sí (convivencia personal directa), que «van en contra», como decía Gómez de la Serna, o que «no sestean a la sombra de la Iglesia», como decía Machado (pero ya los llamados del 68, los Galdós, «Clarín»; Giner, etc., no habían sesteado), todo eso es cierto aplicado a un grupo de escritores. Hay más; pienso que podría asignárseles el rasgo común de la puesta en tela de juicio de los valores tópicos hasta entonces en vigencia (y, por ese lado, los escritores noventayochistas contactarían con el regeneracionismo y entrarían en el frente de ruptura ideológica). No obstante, no es menos cierto que los escritores que se incluyen en el grupo gene-

racional (unas veces más y otras menos, con absoluta arbitrariedad, en un cubileteo de nombres ajeno a todo rigor intelectual) no sólo no reúnen las exigencias «generacionales» del «teórico» del asunto Julius Petersen, sino —lo que es más grave para nosotros— no tienen protagonismo «el año de la derrota» o lo tienen muy escaso. Otra cosa es que el clima intelectual creado a partir del 98 pueda influir sobre ellos.

Creo que López Morillas ha planteado la cuestión en sus justos términos al decir: «Existe otro noventa y ocho, que poco o nada tiene de lírico…». «El hábito de identificar la crisis nacional de 1898 con sus derivaciones literarias y estéticas ha sido causa de una notable perversión en la manera de enfocar y enjuiciar otras manifestaciones de la crisis poco vinculadas a las bellas letras[62]».

La realidad finisecular es sumamente compleja. Dentro de la crisis ideológica general se trata de ver qué son como grupo los Martínez Ruiz, Baroja, Maeztu, etc. Porque cuando quiebra la España tradicional, cuando se abre la crisis de conciencia nacional, los citados escritores son, ante todo y casi exclusivamente, unos periodistas jóvenes de radicalismo avanzado. Probado está por Inman Fox para Martínez Ruiz (futuro «Azorín») y Maeztu, lo ha demostrado hace poco Manuel Longares para Baroja a partir de 1890 [63]. Hoy sabemos que Unamuno era todavía un rebelde al sistema (hasta 1899 no consigue publicar un artículo en «Los Lunes de El Imparcial»), Junto (injustamente preterido por la historia «académica», tal vez por su acentuado matiz político) se halla Vicente Blasco Ibáñez, republicano, diputado en 1898, director de «El Pueblo», de Valencia, autor ya de varias de sus mejores novelas.

La llamada generación del 98 ha tenido lo que se llama «buena prensa»; el libro de Julius Petersen (Zurich, 1930, traducido al

castellano sólo en 1946) y el de Pinder (Leipzig, 1926) preceden a la elaboración por Ortega, con modalidades propias, de una teoría de las generaciones que tuvo amplias resonancias en la España del decenio de los treinta. A ello hay que añadir el célebre trabajo de Jeschke: *Die Generation von 1898 in Spanien* (1934) y el de Pedro Salinas *El concepto de generación literaria*, aplicada a la del 98 [64]. Ahí y en su libro *Literatura española Siglo XX*[65] establece Salinas varias distinciones: predecesores (Giner, Costa, Ganivet) y 98; estos últimos son a su vez clasificados según si son o no «modernistas», pero precisando que «el modernismo ofrece a los del 98 sus formas expresivas», afirmación que no se comprueba al examinar los textos, por ejemplo, de Unamuno, Baroja o Maeztu.

Laín Entralgo, en un libro «unificador[66]» que no tiene muy en cuenta la cronología, ha intentado presentar como un bloque a Unamuno, Azorín, Baroja, Machado, Maeztu, Valle Inclán, Ganivet… añadiéndoles, en extraño compromiso, a Benavente, Menéndez Pidal, Zuloaga (que es pintor), Manuel Machado… El alcance positivo de la obra de Laín en la coyuntura en que la escribió y su impulso generoso no impiden que, para alzarse frente al mito «ultra» del 98, haya contribuido a reforzar otro mito, el de un 98 unificado, liberal, renovador, sin tener en cuenta fechas, ideas ni estilos.

Volviendo a la «guerra» de etiquetas, nomenclaturas y nóminas, conviene señalar que tras el criterio «unificador» de Laín, se señala cronológicamente el de separar modernismo de 98 por completo, sosteniendo la existencia de dos generaciones: la del 98 (Unamuno, Ganivet, Azorín, Baroja, Antonio Machado, Maeztu) y la de 1902, que sería la modernista (Rubén Darío, Benavente, Valle-Inclán, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Villaespesa, Marquina, Martínez Sierra). Esta clasificación, hecha

con gran apoyatura erudita por Guillermo Díaz-Plaja[67], va hasta proponer grupos epigonales, sistema que hace caer nada menos que a Ortega y Gasset y a Américo Castro (que no son literarios esencialmente, sino adjetivamente) bajo un extraño «imperialismo» del 98, dando así partida de defunción al grupo de 1914.

Es evidente que el libro de Díaz-Plaja, pese a ciertos aspectos históricos sujetos a controversia, operó una clarificación importante al distinguir quienes, a finales del XIX, tenían una preocupación estética dominante y quienes tenían en primer plano una preocupación sociopolítica nacional. Hay que decir que la distinción con esa óptica la había ya hecho Fernández Almagro en su biografía de Valle-Inclán (1943); pero lo que distingue es regeneracionistas por un lado y 98 por otro (que) «hacen *Literatura ante todo*»… «los unos tienen su abolengo en Baudelaire, los otros en Larra».

Después vinieron las afirmaciones de Juan Ramón —«el modernismo es una tendencia general hacia la belleza»— sostenidas y razonadas por especialistas como Federico de Onís y Ricardo Gullón.

Desde nuestra óptica de historiadores (y no de críticos literarios) podría decirse que cuando la crisis del 98 se abre la finalidad estética de un Unamuno, un Maeztu e incluso un Martínez Ruiz parece pequeña o nula. Cierto; Unamuno ha escrito ya *Paz en la guerra*, Baroja la inmensa mayoría de los cuentos que, reunidos en volumen, se llamarán *Vidas sombrías*; Azorín escribirá pronto *El alma castellana y la Voluntad*. Pero su brega cotidiana en las angustias del 98 no es estética.

Lejos de mí el propósito de terciar en ese debate. Recordemos, empero, que para Gullón el modernismo tiene filiación «institucionista» (lo que es verdad para Juan Ramón y para don

Antonio, pero éste no es un verdadero modernista, como bien lo demostró Navarro Tomás). Por otra parte, sabemos que los lazos entre regeneracionismo e institucionismo son fuertes, mucho más fuertes que los estetizantes con el «modernismo» (aparte de que Valle-Inclán, Villaespesa o Marquina no tienen un ápice de común con la Institución). No es menos evidente que el modernismo es un fenómeno literario común a los pueblos de habla castellana, fenómeno de lenguaje y de expresión. Pensemos, no ya en Rubén, sino, por ejemplo, en Martí. Mientras que el 98 *es un fenómeno ideológico*. He aquí, a nuestro juicio, la clave diferencial y con ella tenemos que alejarnos de los vanos etiqueteos de preceptiva literaria.

Un estudioso contemporáneo del tema, José Luis Abellán, coincide con Gonzalo Sobejano, al precisar que modernismo y 98 confluyen dentro de la misma generación cronológica de 1898 (lo que se contrapone a Díaz-Plaja[68]).

Volviendo al concepto de generación, dice Abellán: «La verdad es que cuando llega el momento de ponerlo en práctica se nos escapa de entre las manos como concepto poco riguroso. De aquí que cuando con tal falsilla pretendemos elaborar rigurosamente la nómina de los escritores pertenecientes al grupo, las oscilaciones dan lugar a listas de nombres que varían entre tres y veinte miembros[69]».

Y continúa Abellán: «Hasta hace poco se ha hablado del 98 como un monolito ideológico. El libro clásico de este enfoque es *La generación del 98*, de Pedro Laín Entralgo. Nada ha sido más perjudicial para la misma, pues al descubrirse fisuras, contradicciones, ambivalencias políticas, evoluciones sorprendentes, divergencias, se ha acabado hasta por negar la existencia misma de un grupo coherente con tal nombre».

Partiendo en cierto modo de Blanco Aguinaga, distingue Abellán entre Unamuno-Azorín-Maeztu-Baroja y todos los demás. Estima que con gran carga ideológica de Nietzche evolucionan hacia la exaltación de la autoridad. (¿Todos? La afirmación, corre el riesgo; riesgo de generalizar; no parece que Unamuno sea demasiado nietzscheano).

Abellán separa lo que llama «las figuras señeras de Valle-Inclán y Machado». Según él, pasan del modernismo de su juventud a la literatura de «compromiso» de su madurez (sin embargo, sus orígenes y su trayectoria son completamente distintos, como distintos fueron los hombres). Los otros «van a evadirse por sus propios mitos de pequeñoburgueses»: la Tierra, la Madre, Don Juan, Don Quijote, la España «soñada». Es lo que Blanco Aguinaga llama la recuperación por la burguesía de los jóvenes radicales pequeño-burgueses que protestaban en 1898. En un trabajo sobre *El 98, la tradición liberal burguesa*[70] precisa:

> «En esta historia de las ideas, los del 98 tienen su lugar justo, primero como jóvenes rebeldes y, según entran en la madurez, como renovadores y portaestandartes contradictorios de la tradición liberal burguesa».

En nuestro trabajo hemos de retener la primera faceta, la de «jóvenes rebeldes». En suma, sin llegar a una conclusión definitiva, podremos aceptar como simple concepto instrumental el de «grupo del 98» o también utilizar el concepto de «espacio generacional» (lanzado por Tierno Galván en su *Costa y el regeneracionismo*): tiempo de unos cuarenta años en el que conviven aproximadamente los miembros de tres generaciones. Este último concepto tiene, sin embargo, una seria dificultad para nuestro estudio; se trata de una idea estructural, para aplicarla al estudio de un ciclo medio, mientras que nosotros estudiamos una coyuntura muy precisa. En esa coyuntura (1895-1902) coinciden, desde luego, hombres de varias generaciones; los escritores llamados del 98, ese «grupo», están entre los más jóvenes. Pero —precise-

mos con López Morillas— no hay que confundir los llamados grupos o generación de escritores del 98, con la gran sacudida ideológica del 98.

Díaz-Plaja reconoce que el concepto de Noventa y Ocho «contemporáneamente no existe». Pero se engaña al decir que «en 1898 nada acontece». En eso le lleva la contraria Ramón Gómez de la Sema al comienzo de su biografía de Azorín (lo que resulta menos comprensible es que Ramón diga que fue Ortega y Gasset quien puso nombre a la generación). Lo más problemático de Díaz-Plaja es precisamente su intento dé precisar «el concepto historiográfico» (sic) del 98 (págs. 91 y 107 de su libro; citamos por la segunda edición de 1966). Pensamos que la historiografía se reduce ahí a literatura sin ningún contexto histórico; no obstante, en sus conclusiones hay algunas importantes, como la de señalar que la fecha del 98 es un error, «apenas un solo valor del grupo —dice— surge realmente del 98». Más discutible parece su conclusión cuarta, donde dice que las ideas noventayochistas y la pedagogía krausista se consideran como los hontanares de la República. Si la apreciación referente al krausismo es cierta, trabajo damos en cambio al que quiera presentar unas llamadas «ideas noventayochistas» como fuente ideológica del régimen de 1931 a 1936; primero habría que saber qué son esas ideas[71].

★ ★ ★

¿Cuál será, en fin, ese 98 que buscamos? En líneas generales, pueden formularse tres hipótesis de concepto:

a. Un concepto amplio y pluralista, de ruptura ideológica, ya definido.
b. Un concepto que abarca a los jóvenes escritores — con una preocupación estética, pero en segundo pla-

no— que tiene el sentido de revisión crítica como elemento común.

c. Un repertorio de escritores diversos, nacidos entre 1864 y 1875, pero cuyas divergencias ideológicas y estéticas se han ido agrandando cada vez más.

Naturalmente, sólo pueden tener validez de conocimiento, incluso a título de hipótesis, las dos primeras soluciones. La primera se refiere al conjunto de este trabajo o también a la visión amplia de López Morillas. Veamos, por último, qué puede hacerse con la segunda. Porque el 98 padece una mixtificación ideológica y otra cronológica; la primera se escinde a su vez en lo que en otra ocasión hemos llamado «el doble mito del 98». Para unos es paradigma de liberalismo, de espíritu de avanzada y hasta, no se sabe bien por qué, de democracia. Para otros, y por contrapartida, es un ejemplo de espíritu satánico y antiespañol (es la concepción del «nacional-catolicismo» reservada hoy a la extrema derecha). Pero hubo, desde los años cuarenta, un esfuerzo de «recuperación del 98», que Blanco Aguinaga ejemplifica en el tantas veces citado libro de Laín:

> «A partir del libro de Laín Entralgo, pongamos por ejemplo, queda claro que una España de posguerra va a intentar recuperar a los del 98, porque en la posibilidad de esa recuperación se juega nada menos que el estar o no estar en la historia real de la cultura moderna española».

Ocurrió, sin embargo, algo que podríamos llamar «la fábula de los recuperadores recuperados» (y ello para bien de la cultura española sin distingos ni adjetivos); ése fue el caso de Laín, Ridruejo, Tovar, Maravall… Conviene, pues, volver a los hechos reales del 98 alejándonos de «recuperaciones», «anexiones», etc., de todo un juego turbio que nada tiene que ver con la tarea intelectual. ¿Qué nos queda, en realidad, de aquel año 1898? ¿Qué

hizo cada uno de los autores más habitualmente incluidos en aquellas nóminas?

Intentemos una enumeración:

GANIVET: Todos sabemos que es el año de su muerte; pero lo es también del *Idearium Español* (escrito, en verdad, en 1897) y de las *Cartas finlandesas*. *Trabajos del infatigable Pío Cid*.

UNAMUNO: Publica los siguientes artículos o ensayos. *La vida es sueño*, en «La España Moderna».

Renovación, en «Vida Nueva».

Muera Don Quijote, en «Vida Nueva».

Viva Alonso el Bueno, en «El Progreso».

El negocio de la guerra, en «La Estafeta».

De regeneracionismo; en lo justo, en «Diario de Comercio».

El esteticismo annunziano, en «Diario Catalán».

Literatismo, en «La Revista Blanca».

Más sobre Don Quijote, en «El Progreso».

Caridad bien ordenada, en «Vida Nueva».

Doctores en Industrias, en «La Estafeta».

La pirámide nacional, en «Vida Nueva».

Beatriz, en «La Campaña».

Eurritmia, en «La Campaña».

Colectivismo agrario, en «La Lucha de Clases».

Notas sobre el determinismo en la novela, en «La Revista Blanca».

Es el año de la correspondencia con Ganivet, y en que empieza a escribir *Amor y Pedagogía*. También escribe algunos de los que entonces llamaba *Paisajes y*

Celajes, que se publicaron en 1902 con el título de *Paisajes*.

Para situar a Unamuno en 1898 hay que contar las posibles repercusiones de su novela *Paz en la guerra*, aparecida en 1897.

MARTÍNEZ RUIZ: Publica dos libritos, *Soledades y Pecuchet, demagogo*.

Su actividad de periodista es incesante: 75 artículos repartidos entre «El Progreso», «La Campaña» y «Madrid Cómico» (en este último son los menos).

BAROJA: No publica nada en 1898. En 1896 había sostenido su tesis doctoral, y en 1897 sólo publicó un artículo en «Germinal». En febrero de 1899 comenzará su asidua colaboración a «Revista Nueva». Ese mismo año publicará con mucha frecuencia en «El País».

En cambio, 1898 es el año en que Baroja decide consagrarse definitivamente a la literatura. Algunos de los cuentos que constituyen su libro *Vidas sombrías* deben estar escritos en ese año 1898, aunque la mayoría databa de tiempos atrás y habían estado ya publicados en la prensa.

MAEZTU; Gran parte de los artículos que formarán el libro *Hacia otra España* (publicado en 1899) aparecen en la prensa durante el año 1898. Entonces colabora asiduamente en «El País». Colabora con frecuencia en «Vida Nueva».

BLASCO IBÁÑEZ: 1898 es el año en que se publica *La barraca*; curiosamente, empieza a publicarse como folletín de «El Pueblo» el día 6 de noviembre, pero el 16 del mismo mes aparece como libro.

A señalar durante el mismo año numerosos artículos editoriales de «El Pueblo» de Valencia y discursos parlamentarios. Entre los artículos más importantes merecen señalarse *La patria de luto* y *Silencio nacional*.

BENAVENTE: Estrena *La comida de las fieras*.

MARAGALL: *Oda a Espanya* .Publica numerosos artículos sobre el momento nacional en «Diario de Barcelona», donde trabajaba.

La enumeración precedente nos permite ver quien ha intervenido en la coyuntura del 98 (sin duda, la lista sería más amplia si la prolongáramos hasta 1900). Como intelectual, cuya profesión principal no es la de periodista, el primer puesto corresponde sin duda a Unamuno. Como periodistas, Maeztu y Martínez Ruiz, además del polifacético Blasco. Desde luego, Maeztu escribía en un periódico de mayor tirada, «El País». En Cataluña coinciden en Maragall el periodista y el poeta (y también el hombre de una familia netamente burguesa). Su importancia a nivel catalán es probablemente mayor que la de todos los citados a nivel de España entera.

De todas maneras, la onda expansiva que tienen esos escritores jóvenes cuando llega el 98 es un dato indispensable para saber si podemos hablar de tal grupo y en tal fecha. La transmisión «cuantitativa» es más importante en aquéllos que utilizan publicaciones diarias, aunque no sean las de mayor tirada (ninguno escribe en «El Imparcial» o «El Liberal» ni, claro es, en «La Correspondencia de España»). Sin embargo, la transmisión «cualitativa» se inclina probablemente en favor de Unamuno; publica fundamentalmente en revistas que lee cierta elite intelectual, sin desdeñar el lerrouxista «El Progreso» o «Diario del Comercio». Escribe en prensa de orientación y público populares (de obreros militantes incluso) como «La Lucha de Clases» y «La Revista

Blanca». «Vida Nueva» tuvo sólo un año de vida, pero estuvo de moda en los medios intelectuales madrileños. El joven catedrático de Salamanca tenía ya más personalidad para que su firma llamase la atención; por añadidura, se dirige a públicos muy diversos a través de las diferentes publicaciones donde aparecen sus escritos. Sin embargo, la difusión de cualquiera de esos escritos es mucho menor que la de un Galdós, un Costa o incluso un Azcárate, con un nombre ya reputado y con posibilidades de utilizar los medios de comunicación más potentes de la época.

Basta con pensar que cuando Costa publicó sus declaraciones en «El Liberal», el 18 de octubre de 1898, una serie de diarios de provincias las reprodujeron al día siguiente: Costa «era noticia»; Unamuno y los más jóvenes lo serán más tarde, cuando ya sus escritos sean diferentes. El ciclo conflictivo breve a que nos referimos se extiende hasta finales de 1902; ésa es la época en que, según Blasco Aguinaga, se inicia lo que él llama «recuperación» de aquellos escritores. Entendámonos; para algunos de ellos esa «recuperación» no será total; en su obra como en su vida ejemplarizarán las contradicciones y vacilaciones de las clases medias españolas en el primer tercio del siglo XX.

CAPÍTULO IX

EN TORNO AL CASTICISMO

En el número de febrero de 1895 la revista «La España Moderna» publicaba un ensayo de Miguel de Unamuno con el título de *La tradición eterna*. Estaba llamado a ser el primero de los cinco ensayos o entregas que publicados de febrero a junio constituirían *En tomo al casticismo*.

Su edición en libro tuvo que demorarse hasta el otoño de 1902, aunque ya a fines del 98 tenía esperanzas Unamuno de lograr en breve esa publicación, como se desprende de una carta suya a Galdós. Cuando apareció en libro lo fue con un prólogo del autor, que realzó su importancia. De todas maneras, las vicisitudes de esa edición prueban que el Unamuno de fines de siglo no encontraba fácilmente un editor.

Los cinco ensayos o artículos (o capítulos, si se los considera en la perspectiva posterior de libro) parten de la idea de que *castizo* y *casticismo* (derivados de *casta* y ésta de *casto*, en el sentido de puro), equivale a estimar algo (persona, acción, gesto) como español puro. «Decir en España que un escritor es castizo es dar a entender que se le cree más español que a otros[72]». Podrá, pues —según el autor—, haber arte castizo, pero no ciencia castiza, con lo cual tercia, sin decirlo, en la polémica de la ciencia española.

Dé ahí pasa a la tradición, contraponiendo la tradición mentira a la eterna o verdadera; nociones para cuya comprensión se

necesita saber que es la *intrahistoria* en contraposición a la historia superficial o bullanguera.

En el capítulo segundo, tras identificar Castilla y España, trata de buscar el espíritu histórico castellano a través de la literatura clásica *castiza*; ésta se identificará con la literatura de la Casa de Austria y lo castizo con lo calderoniano. A la escala de valores *castiza* de los héroes calderonianos se consagra el capítulo tercero. El cuarto, *De mística y humanismo*, toma al maestro Fray Luis como ejemplo del segundo, salvado así de «los despeñaderos mórbicos» del misticismo (*castizo*). Su final, actualiza las conclusiones, para enlazar con el capítulo quinto: «Una ojeada al estado mental presente de nuestra sociedad española nos mostrará a la *vieja casta histórica* luchando contra el pueblo nuevo[73]». El último capítulo —que es fundamental— se titula *Sobre el marasmo actual de España*. Tras una crítica severa, la conclusión es altamente optimista:

> «¿Está todo moribundo? No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intrahistoria, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos y ventarrones del ambiente europeo[74]».

Éstos cinco artículos cuentan, probablemente, entre los escritos más demoledores de los valores tópicos, del viejo «orden ideológico», aunque forzosamente acarreen entre sus materias primas nuevas algunos viejos elementos; además de las múltiples originalidades de planteamiento, muchos de ellos apuntan a horizontes lejanos y de larga duración. Pero antes de examinar con más detenimiento la obra, veamos qué significaba aquella «España Moderna» que abría sus columnas al joven catedrático de treinta años. La revista está lanzada por José Lázaro Galdeano (que fue uno de los «amores» de la condesa de Pardo Bazán), estimulado o secundado por ésta, lanza la idea de una gran revista, algo así como de «alta cultura», que funcionaría al mismo tiempo

que una casa de ediciones. Lázaro estableció con dicho fin a fines de 1888 contactos con Galdós, «Clarín», Valera y otros varios escritores de renombre; entre ellos figuraba también Pereda, que renunció a colaborar; en cambio, Lázaro consigue que Galdós colabore: ¿cómo? Ofreciéndole un dibujo original de Goya «para vencer (mi) repugnancia a escribir, y no he podido menos de acceder a colaborar algo. Si cumple lo ofrecido de encargar y pagar bien los salarios críticos, esta revista sería una ventaja para nosotros y supliría el silencio estúpido y bárbaro de la prensa diaria[75]». En efecto, Galdós escribió especialmente para «La España Moderna» nada menos que *Torquemada en la hoguera*.

La revista pagaba muy bien, para la época: 75 pesetas por artículo e incluso 100 pesetas para los autores más renombrados («Clarín» cobraba esa suma) y 150 pesetas por fragmentos de novela (pensamos que los trabajos de Unamuno estarían catalogados en la primera categoría; siete años después cobraría 150 pesetas por artículo en «La Nación», de Buenos Aires, y 100 pesetas por los de «Los Lunes del Imparcial»).

Pero ¿qué difusión tuvo aquella revista? Tras el primer trimestre de publicación Lázaro, en carta a «Clarín», comentaba que del primer número se habían tirado 18. 000 ejemplares y que se habían obtenido 400 suscripciones. En 1890 se muestra más optimista. ¿Qué hay de todo esto? Si en 1893 «Madrid Cómico», con mucha mayor difusión, vendía en provincias entre 4. 800 y 5. 500 ejemplares (además de la venta en Madrid), cabe pensar que «La España Moderna» apenas llegaría a la mitad. Las personas más enteradas pensaban que la revista le costaba a Lázaro Galdeano sus buenos miles de pesetas.

No obstante lo fragmentario de los elementos de juicio, parece colegirse que «La España Moderna» en el último decenio del siglo tenía mayor audiencia que, por ejemplo, las más veteranas

«Revista Contemporánea» y «Revista de España». Si era una revista minoritaria, todo esfuerzo cultural lo era en la España de entonces; pero en el medio intelectual suponía una calidad y algo parecido a una consagración. La entrada de Unamuno en ese medio (también traducirá varias obras de Spencer para las ediciones de «La España Moderna», que, por cierto, distribuían mal y se vendían poco) significa, sin duda, una promoción. Igualmente significa que *En torno al casticismo* si seguramente no fue leído por un público multitudinario, sí que lo fue por otro bastante selecto.

Sabido es que la idea de *tradición* es una de las piedras miliares de la obra. Con su gusto por lo etimológico empieza Unamuno recordando que *tradición*, de *tradere*, significa entrega, lo que pasa de uno a otro. Pero su gusto por el razonamiento antitético (no me atrevería de decir dialéctico, más tarde creo que será sencillamente «agónico») le hace decir que «lo que pasa queda». Eso que queda es la tradición. Unamuno lo explica con imágenes tomadas de la naturaleza (los detritus de las montañas que arrastrados por los ríos forman los terrenos de aluvión); es época en que las influencias de Spencer y Taine se ejercen sobre él.

Lo esencial del asunto es que Unamuno distingue entre tradición *eterna* o verdad y tradición del *presente* o falsa. Esa oposición es la misma que enfrenta tradición y tradicionalismo. El pasado está muerto para siempre, pero es el pasado «histórico», es decir, de los hechos superficiales. Según Unamuno los tradicionalistas buscan la tradición en el pasado muerto y solo encuentran así la eternidad de la muerte. La tradición española «al ser eterna es más bien humana que española» y se opone a lo *castizo*; éste es lo contrario de la tradición eterna… «La tradición eterna es el fondo del ser del hombre mismo».

«Hay un ejército que desdeña la tradición eterna, que descansa en el presente de la humanidad, y se va en busca de lo *castizo* e *histórico*, de la tradición al pasado de nuestra casta, mejor dicho, de la casta que nos precedió en este suelo. Los más de los que se llaman a sí mismos tradicionalistas, o sin llamarse así se creen tales, no ven la tradición eterna, sino su sombra vana en el pasado[76]».

La tesis de Unamuno es que la tradición eterna hay que buscarla en el presente vivo y no en el pasado muerto.

Para fundamentar su idea de la «tradición eterna», Unamuno explica uno de sus conceptos más enjundiosos: la intrahistoria.

La cita es larga y conocida; sin embargo, no es posible prescindir de ella, al menos parcialmente:

> «Las olas de la historia, Con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo no llega nunca el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del "presente momento histórico", no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto, decía se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras[77]».

Este párrafo —que no puede eximir a nadie de la lectura de todo el capítulo— está construido utilizando los mejores recursos de las imágenes literarias. Veamos:

	Triple imagen		*realidad*
Ruido	olas de la historia	Islotes	Periódicos, papeles...
Silencio	hondo	madréporas	Millones de hombres sin historia.

El «presente momento histórico» es lo superficial, lo pasajero, lo que se cristaliza y hiela.

Lo cristalizado en «libros y registros» se hace «capa dura», pero de poco valor. Lo superficial cristalizado = corteza terrestre; la vida intrahistórica = centro ardiente de la Tierra.

Se observa fácilmente que lo intrahistórico, la tradición eterna, está representado por el silencio, y que «el presente momento histórico» está representado por el ruido («rumor» de las olas, «sonido», «bulla», estruendo).

Hay algo de simbólico en aquélla de que el sonido «se apoya y vive» sobre *la inmensa humanidad silenciosa*. No cabe duda de que para Unamuno ésa inmensa humanidad de gente que labora cotidianamente es explorada por los organizadores de la bulla, por quienes se hacen ver y hasta pretenden perpetuarse en papeles y piedras porque *están arriba, pero viviendo* gracias a los que están abajo.

Esboza Unamuno la definición de los protagonistas de la intrahistoria; de ello parece inferirse que es el trabajo de esos millones de hombres «sin historia» (sin historia oficial diríamos hoy), lo que sostiene al relato que habitualmente está «institucionalizado» como historia.

Hay, por fin, una apreciación concreta de la revolución del 68 y del Sexenio en la que Unamuno coincide casi literalmente con lo que Costa dirá seis años después en «Oligarquía y Caciquismo»:

«No fue la restauración de 1875 lo que reanudó la historia de España; fueron los millones de hombres que siguieron haciendo lo mismo que antes, aquellos millones para los cuales fue el mismo el sol después que el de antes del 29 de septiembre de 1868, las mismas sus labores, los mismos los cantares con que siguieron el curso de la arada. Y no reanudaron en realidad nada porque nada se había roto[78]».

Costa trató con más detalle el mismo asunto en las primeras páginas de «Oligarquía y Caciquismo» bajo el epígrafe *La revolución de 1868 no hizo libre y soberana a España*, allí donde se afirma, con abundancia de argumentos «la absoluta ineficacia de la revolución de 1868[79]».

Al así enjuiciar la historia para ellos más reciente, ahondan Unamuno y Costa su crítica, yendo a los cimientos, definiendo la unidad cualitativa que une la monarquía de Isabel II con las de su hijo y su nieto (por lo menos en la minoría de edad del último); esa crítica se basa en la ineficacia de «libertades» y «derechos» formales, puesto que no se transforma la raíz sociológica, puesto que hay una «regla del juego social» que es la misma antes y después del Sexenio. No está de más destacar que en nuestros días se acentúa la tendencia historiográfica no sólo a afirmar la inanidad del Sexenio en cuanto a revolución burguesa frustrada, sino también a sostener que el Sexenio no supone una ruptura de la tendencia dominante sociológicamente hablando (el asunto, sin embargo, no deja de ser complejo y sujeto a investigaciones y revisiones).

Volviendo al capítulo *La tradición eterna*, puede decirse de él que es polifónico, en el sentido de que permite varias lecturas. Veamos con los dos párrafos citados: en el primero puede considerarse que,

a. el trabajo de los hombres innominados sostiene a quienes monopolizan la vida política, los medios de difusión y, por consiguiente, el *acontecimiento*. En ese

caso es una prefiguración de la crítica de la historia episódica o de acontecimientos y del nacimiento de la historia social.

b. la vida intrahistórica que crea la tradición eterna es continua, permanente; no se puede encontrar en pergaminos y papeles, en monumentos y piedras; se encuentra en los usos sociales. En ese caso es exactamente el punto de vista de Costa.

c. una tercera lectura supone cierto quietismo, un aspecto contemplativo ante la tradición eterna, cuyas connotaciones pueden ser opuestas a las de la primera lectura.

La primera lectura intenta desviar un error sobre quiénes son los protagonistas de la historia auténtica; como decíamos, es la negación de la historia de acontecimientos y el primer paso para llegar a una historia sociológica.

La segunda lectura, completada con la tercera, puede llegar a negar la función activa de los hombres y las clases en la historia, puede oponerse a la historia episódica, pero en un sentido contrapuesto al de la historia social; es decir, que se puede negar el acontecimiento, anularlo, para privilegiar y contar tan sólo con aquello que ocurre diariamente, que se repite durante decenios y siglos sin quedar registrado en papeles ni documentos.

Llegando a ejemplos más concretos en la polifonía del texto, podemos ver dos lecturas del párrafo relativo a la revolución de 1868:

a. en la óptica concreta del historiador; el 68 no llega a romper las estructuras socioeconómicas (sobre todo las agrarias, que son entonces las dominantes en España); por consiguiente, «nada se había roto»;

b. la revolución no puede *a priori* cambiar nada, porque no pasa de ser «presente momento histórico», porque nunca se cambia nada así; para continuar la historia, en esta segunda óptica unamuniana, sólo cuenta «la tradición eterna» que existe en un plano muy distinto de lo que se suele entender por historia.

La idea de intrahistoria.

Hemos visto que esta idea aparece en el capítulo primero de *En torno*…, en estrecho paralelismo con la idea *de tradición* eterna, verdadera *que se opone a la idea de tradición* tradicionalista, falsa. (La vida intrahistórica crea la tradición eterna, *dice Unamuno*).

Se vuelve a la idea en el capítulo quinto *Sobre el marasmo actual en España* (tal vez el capítulo de ese libro en que se traslucen más las ideas sociopolíticas del Unamuno de aquel tiempo).

En *La crisis del patriotismo* (en «Ciencia Social», Barcelona, marzo de 1896) vuelto a tomar el tema e incluso utiliza metáforas parecidas:

> «Debajo de esa historia de sucesos fugaces, historia bullanguera, hay otra profunda historia de hechos permanentes, historia silenciosa, la de los pobres labriegos que un día y otro son víctimas de las exacciones autoritarias… Los cuatro bullosos que meten ruido en la historia de los sucesos no dejan oír el silencio de la historia de los hechos. Es seguro que si pudiésemos volver a la época de las grandes batallas de los pueblos y vivir en el campo de las conquistas se nos aparecerían éstas muy otras de cómo nos las muestran los libros. Hay en el Océano islas asentadas sobre una inmensa vegetación de madréporas, que hunden sus raíces en lo profundo de los abismos invisibles. Una tormenta puede devastar la isla, hasta hacerla desaparecer, pero volverá a surgir gracias a su basamento. Así en la vida social se asienta la historia sobre la labor silenciosa y lenta de las oscuras madréporas sociales enterradas en los abismos[80]».

La contraposición de *suceso* y *hecho* es muy significativa. En verdad se trata de uno de los primeros alegatos que conocemos contra la historia episódica o de acontecimientos e incluso favorable a los puntos de partida de la historia social prioridad al tra-

bajo de los hombres y a las clases que constituyen la población activa.

Pero volvamos al capítulo quinto de *En torno al casticismo*. Allí, la España sin juventud a la que se refiere Unamuno es la de «los viejos partidos amojamados en su ordenancismo de corteza». No hay juventud, y según el autor «donde no hay juventud tampoco hay verdadero espíritu de asociación». ¿Por qué no hay juventud? Porque «la Inquisición latente y el senil formalismo la tienen comprimida». «… Es el desquite del viejo espíritu[81] *histórico* nacional que reacciona contra la europeización». Para Unamuno «la Inquisición (la auténtica, la de la historia) fue un instrumento de aislamiento, de proteccionismo casticista, de excluyente individuación de la casta». Inquisición = lo castizo.

«¿Está todo moribundo?», se pregunta don Miguel. «No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intrahistoria, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos o ventarrones del ambiente europeo».

Repárese en que lo intrahistórico parece aquí existir *dentro* de lo histórico, cuando antes parecía *debajo*, como base. Tal vez quiere indicar «al mismo tiempo». Por otra parte, en esa expresión hay algo más que la tradición eterna, hay *el porvenir*. La tradición eterna y el porvenir es una de las formulaciones antitéticas unamunianas.

Conviene, por otra parte, examinar qué serán esos «ventarrones» europeos. ¿Qué entiende por eso el autor? En 1895 lo europeo es, por un lado, el desarrollo del capitalismo en su etapa ascensional: Inglaterra, Francia e incluso Alemania con el lastre de los «junkers». Es la Europa del maquinismo y de una serie de progresos materiales (y de una etapa de acumulación a costa de la explotación colonial, pero ésta cuestión quedaba fuera del ángu-

lo de visión de nuestros autores). Pero también Europa era la Internacional obrera, la segunda Internacional creada 1889 cuando aún vivía Engels, quien va a morir dos meses después de publicarse *Sobre el marasmo*… Europa es, para el joven catedrático, los diputados socialistas en el Reichstag, los partidos de Jaurés y Guesde en Francia, las *Trade-Unions* inglesas; es también el medio intelectual de los positivistas, de los Spencer, Loria, etc.; en suma, un nivel a alcanzar en lo económico, lo social, el avance intelectual y las realizaciones técnico-materiales (más tarde descuidadas por Unamuno). En cada momento y para cada autor, uno de esos aspectos solía estar privilegiado sobre los otros; por ejemplo, tenemos la impresión de que para Costa era el desarrollo económico capitalista y el progreso técnico lo que representaban lo europeo (por eso dice que Japón ha entrado en Europa, aunque geográficamente esté en Extremo Oriente).

Lo europeo es, desde luego, antitético de lo castizo, pero a lo europeo no se llega, según el primer Unamuno, sino a través de lo popular, «chapuzándonos» en el pueblo (por eso «la revolución desde arriba» no podía ser para él una garantía total de europeización)… y «abriendo el pecho y los ojos a las corrientes todas ultrapirenaicas». No olvidemos que el concepto de intrahistórico supone la superación de las fronteras nacionales.

También, al referirse a un futuro despertar del pueblo (análoga invocación hace Machado diecisiete años después, «oye cantar los gallos de la aurora»), al decir que ese pueblo «surgirá potente», se nos presenta no el Unamuno contemplativo —que también existe—, en este libro sin duda ambiguo, sino al Unamuno que cimentá la historia en el protagonismo popular, en la acción de masas, cuando estas masas toman conciencia. La toma de conciencia se identifica en Unamuno —un poco arbitrariamente—

en ese europeizarse. «España está por descubrirse —dice— y sólo la descubrirán españoles europeizados».

Sabemos que la idea de lo intrahistórico permanecerá siempre en Unamuno. Continuando en sus años jóvenes, su novela *Paz en la guerra* (1897) es una viva estampa de lo intrahistórico. Se encuentra ahí una identificación de la tradición *popular* carlista con lo intrahistórico. Lo dice explícitamente Unamuno en el prólogo escrito para la edición en libro de *En torno al casticismo* (1902):

> «Y dos años después, en 1897, publiqué mi primera novela, *Paz en la guerra*, en que dentro del marco de la última guerra civil carlista, cuyas peripecias narro, intenté mostrar algo de la intrahistoria de mi pueblo…, quise expresar lo que había visto de la vida íntima del pueblo que en aquellos sucesos se manifestó[82]».

La intrahistoria aparece ahí como prefigurando algo que lo mismo pudiera anunciar la historia de la vida cotidiana que la historia de las actitudes mentales (en realidad estas dos no pueden disociarse, son dos vertientes de un mismo cuerpo o macizo).

El propósito buscado se hace bien patente en las últimas páginas de la novela cuando uno de sus dos jóvenes protagonistas, Pachico, sube al monte y contempla desde allí los valles de su Vizcaya: «En los repliegues verdes, una muchedumbre dispersa vive en serio, sin buscar a la vida quintaesencia, desinteresadamente; madréporas sociales que levantan el basamento de la cultura humana».

En una antítesis más, la resignación que da la contemplación «de las cosas eternas» engendra, es madre de «la irresignación temporal, del no contentarse jamás aquí abajo, del pedir siempre mayor salario, y baja decidido a provocar en los demás el descontento, primer motor de todo progreso y de todo bien».

La intrahistoria aparece ahí, una vez más, *entrando* en lo histórico concreto o sirviéndole de base, para ese surgir popular que

podría simbolizarse en el proyecto de Pachico.

En *Paz en la guerra* tampoco estima Unamuno su crítica de la superficialidad del 68, de lo «bullanguero» como él decía, etc.:

> En el capítulo primero, cuenta así la revolución: «Túvose por fin la noticia de la batalla de Alcolea, a dos leguas de Córdoba, a orillas del Guadalquivir. Novaliches fue vencido por los insurrectos, y al saberlo se levantó Madrid, dimitió el Ministerio, le sustituyó la Junta Revolucionaria, y al grito de "¡Abajo los Borbones!" se derribaron los escudos de la dinastía, se asaltó el Ministerio de la Gobernación, y *en medio del estruendo quedó en pie lo existente*[83]».

En varios pasajes de la obra insiste en los conceptos que ya conocemos, en esos campesinos que ni se enteraron del «día de la Gloriosa» y son, sin embargo, «la sal de la tierra», etc.

Seguimos observando la idea intrahistórica en *La crisis del patriotismo*, en el artículo *De regeneración; en lo justo* y también años después, cuando tanto ha cambiado, en la *Vida de Don Quijote y Sancho* .La misma problemática encontramos en el artículo *Algunas observaciones sueltas sobre la actual cultura española* publicado en «La Ilustración del Pueblo» de enero de 1897:

> «Aquí no hay vivo de verdad más que el pueblo que no bulle, el que no mete ruido en la prensa, el que no va a las manifestaciones de bullanga, el que trabaja y espera y tiene fe en su redención. Es el único que tiene verdadera hambre y sed de instruirse, porque es el único que posee el verdadero principio de la sabiduría, que es saber ignorar[84]».

En ese artículo acusa a las clases directoras de «purismo casticista» y de despreciar lo europeo.

También en el ya citado artículo, *De regeneración; en lo justo* (9-11-1898) se observa una oposición entre los «intrahistóricos» y los que piden regeneración, sin duda acusados de «bullangueros» y superficiales: «Mientras la masa popular española, cimentada en resignación, continúa su oscura labor de cotidiano trabajo, alzarse por aquí y por allá voces pidiendo regeneración».

La misma oposición entre intrahistoria y «bulla», ruido, se encuentra en su importante discurso de apertura del curso univer-

sitario 1900-1901 en la Universidad de Salamanca, sobre el que necesariamente tendremos que volver. Y la oposición entre casticismo y tradición eterna no le abandonará jamás; es así como en un artículo titulado *Renovación*, que se publicó en el diario «Ahora», de Madrid, el 31 de mayo de 1934, Unamuno dice así a los que se llaman tradicionalistas: «… para ustedes es consecuencia de su patriotismo, o mejor, supuesto casticismo» (…) «historia que ustedes se forjan y no es sino arqueología falsificada… Lo más de lo que ustedes llaman tradición es plagio».

Dos muestras más pueden señalarse de la conocida tesis unamuniana. Una es fundamental, porque representa toda una concepción de la esencia y sentido de la historia. Se trata del artículo que Unamuno dedica al *Colectivismo agrario* de Costa, publicado en «La lucha de clases» de Bilbao el 20 de agosto de 1898. Allí se dice: «Todos aquéllos a quienes la faramalla de nuestra historia les ha transformado el seso con un patriotismo quijotesco y de barullo deben estudiar en el trabajo a que aludimos lo que permanecía firme bajo toda la fantasmagoría histórica. Allí verán cómo el régimen del concejo de Liébanes, por ejemplo, es mucho más glorioso para España que la rendición de Breda».

El otro ejemplo es más anecdótico. Se trata de una carta que Unamuno escribe a Galdós el 8 de diciembre de 1906, en la que le felicita por la salida de su libro *Prim* de los «Episodios Nacionales». Don Miguel dice: «Le felicito a mi vez por su *Prim*, sea éste o no el histórico. Porque el histórico —no el simbólico— no acaba de convencerme; como buen catalán, creo que tenía mucho de teatral y tartarinesco». Como se ve, el texto pertenece al aspecto arbitrario de don Miguel, pero no deja de ser interesante comprobar la aversión que tenía al artífice de la monarquía que quiso ser «burguesa» de Amadeo.

Tradición «eterna», intrahistoria, europeísmo, etcétera. ¿Cómo interpretar todo eso? Queda en pie el problema de las varias y diversas lecturas posibles de la obra de Unamuno. ¿Qué será la intrahistoria?

a. Primera lectura: una prefiguración de la historia sociológica, de la historia de las gentes sencillas, frente a la visión clásica de la historia episódica. Incluso, en algunos escritos parece que Unamuno es precursor de una teoría, más elaborada luego, que sitúa a las multitudes como protagonistas centrales de la historia (aunque cuando llegaron a ser protagonistas de verdad Unamuno ya no comprendió lo que estaba pasando).
b. Segunda lectura. Se presenta como, un enraizamiento en la tradición eterna (permanente o, mejor dicho, fuera del tiempo), incluso por las referencias que hace al concepto del «ser» en Spinoza (que se opondría al «devenir»). En ese sentido puede parecer una negación de la historiad, de toda clase de historia; lo real seguiría inmóvil, sin transformación, sin cambio. *La historia es cambio*, decía Marc Bloch.

Dadas las posibles lecturas de los textos unamunianos es posible plantearse así la cuestión: la intrahistoria, ¿será la «longue periode», el tiempo largo de la historia caro a Braudel, o la base sociológica de la historia o la negación del tiempo concreto, luego de la historia?

Blanco Aguinaga, en su *Juventud del 98*, se pregunta si esos «intrahistóricos», traídos y llevados por don Miguel, ¿son los obreros y campesinos para quienes escribía en «La lucha de Clases»?

¿O son, por el contrario, el reflejo de una utopía naturalista, una huida hacia «la naturaleza permanente»?

Queda, por añadidura, una tercera lectura, basada en la naturaleza «inconsciente» que en varias ocasiones atribuye Unamuno a lo intrahistórico. La intrahistoria podría ser así un antecedente de la psico-historia, de las interpretaciones freudianas (o seudo-freudianas) de la historia, de las tesis sobre el subconsciente colectivo.

Unamuno había estudiado a Wundt y estuvo muy interesado por su psicología del inconsciente; por eso, precisamente, lo suspendieron en unas de sus primeras oposiciones a cátedras de Instituto. Claro que Unamuno no considera lo inconsciente como relegado, quiero decir que no lo equipara a *lo reprimido*. Para Fernández Turienzo[85] la intrahistoria sería «la vida socialmente inconsciente del pueblo». Apunta hacia una fuente de origen romántico, y verdad es que también se impone la referencia al *Volkgeist* de la Escuela histórica alemana, al que Unamuno se refiere concretamente y que sin duda influyó en él (y mucho más en Costa).

Para concluir, y volviendo a la hipótesis de Blanco, no deja de llamar la atención que los «intrahistóricos» de Unamuno trabajen siempre en el campo y no en las fábricas y minas, a pesar de ser bilbaíno don Miguel y de evocar tantas veces su Bilbao. Ese ruralismo explica que vea lo intrahistórico en la base popular-rural del carlismo. Pero en 1890 había tenido ya lugar la gran huelga general de Bilbao, a la que, a juzgar por su correspondencia, Unamuno no había sido insensible.

En resumen; una vez más, el problema queda planteado dubitativamente, ¿leemos un Unamuno contemplativo e inmovilista o un Unamuno que quiere «poner sobre sus pies» una historia hasta entonces falseada y aparencial?

El honor y el casticismo.

Unamuno identifica el casticismo con la literatura del tiempo de la Casa de Austria; castizo es, en el sentido unamuniano, el siglo de oro, y fundamentalmente castizo es Calderón y lo calderoniano, castizos los dramas teológicos y autos sacramentales. Todo extremado, todo sin matices, todo «o blanco o negro» o «helado o ardiente» como la altiplanicie castellana con sus nevadas y sus agostos tórridos, con esos perfiles nítidos, recortados, sobre un fondo de cielo rabiosamente azul, que todos hemos observado al «subir» del litoral a las mesetas ya sea por Pajares, por Echegárate, por Contreras o por Despeñaperros.

Los personajes calderonianos, representativos de la *casta*, son simples, elementales… Esto es lo castizo. «Casta de conquistadores mal avenidos con el trabajo…», que son más aptos para la mística que para la idea abstracta.

«Trabajos, pero no trabajo» en Santa Teresa y en San Juan de la Cruz.

El hombre castizo, «preocupase de la opinión pública —dice Unamuno—, preocupación que es el fondo del honor y cuida de conservar el buen nombre y la nobleza».

«Bárbara ley del honor», dice don Miguel. Y una vez más tendríamos que precisar qué es el *honor*, qué la *honra*, qué la *honradez*. Ley la llama Unamuno; uso social es, más que otra cosa, con todo su sentido impersonal y su peso coactivo, que va mucho más allá de la reacción individual, del sentimiento y la conciencia individuales. Los personajes de Calderón, paradigma del casticismo unamuniano, matan porque es su deber vengar el ultraje (real o supuesto), matan incluso por sospecha, si no hubo verdadero agravio; la honra se pierde hacia el exterior, aunque no se haya perdido la *honradez*. Hay, pues, que matar, que lavar la

afrenta, cuando la opinión cree que tal afrenta existe, aunque así no sea.

El *honor*, según Caro Baroja, «es como una superestructura que se hace y deshace sobre el concepto de honra, el cual se tiende a asociar con la posesión de las virtudes[86]». La honra puede llegar a ser de todo un pueblo; el honor es individual.

Unamuno nos da la impresión de que «la ley del honor» es una defensa individual, primitiva… «Como apenas se han socializado estos individuos…» (es decir, que los individuos no hacen suyas, no aceptan como norma habitual las decisiones de los órganos idóneos de la sociedad) parece como si los individuos sentasen y defendiesen sus valores propios a nivel anterior a lo que desde aquel Juan Jacobo llamamos *Contrato social*.

Sin embargo, para Américo Castro, por ejemplo el *honor* es más «dimensión social de la persona» y la *honra* algo apegado al alma individual. Y Unamuno reconoce en el mismo capítulo III de *En torno*… que la llamada «ley del honor» equivale a «la sociedad imponiéndose al individuo».

Sin duda alguna, no es ésta la primera ni la última de las contradicciones unamunianas. Si los individuos no se hubieran «socializado» no estarían sometidos al imperio de los usos sociales, no ya con sus valores, sino con sus sanciones morales y físicas. Uso social que, a fin de cuentas, separa al individuo del mundo de sus prójimos, puesto que se vive en la ficción sociomoral. Lo importante no es hacer o dejar de hacer, obrar bien o mal; lo importante es *que no lo sepan* .La honra, que es reputación, que es fama = valor externo, no tiene en cuenta la honradez. Se trata de lavar el honor, de vengar la afrenta y no de restituir la honradez, empresa naturalmente imposible, sino de mantener *la fama, la reputación*. Matando con la espada se restituye la escala formal de valores; el marido «ultrajado» que mata a los amantes

adúlteros no realiza un valor moral, sino que cumple un uso social y restablece su fama ante el exterior; no restablece —¡qué duda cabe!— la honradez de nadie. Esta moralidad —que no moral-social está, según Unamuno, menos sistematizada que la francesa. Pero aquí don Miguel realiza un salto atrás de varios siglos y pasa de los héroes castizos del XVII a los tiempos de Rodrigo de Vivar. Al oponer el sentido del honor español al sentido caballeresco francés, se le escapa a Unamuno una simpatía apenas velada por el honor «más macizo y brutal, más natural y plebeyo» de los nuestros. Ese fondo «plebeyo» se relaciona con la «democracia», del «protoplasma castellano» a lo Costa. Mal que le pese, no deja aquí Unamuno de idealizar lo castizo al oponer a los barones feudales franceses los «reconquistadores del suelo patrio» hispanos. Y ya por ese camino opone dos lemas: «Dios, Patria, sin reparar en el inmenso anacronismo que comete (el lema hispano es mucho menos antiguo). Nuestros caballeros son, para Unamuno, "más fastuosos y guapos que elegantes y finos"; no se enternecen y lloran como los franceses de la *Chanson de Roland*; y de todo ello deduce que son menos dados a lo que él llama sensiblería *ginecolátrica*. El casto don Miguel se irrita o ruboriza de que los caballeros franceses hablen *des dames* (en plural). Los acusa de hacer un ídolo de la mujer, acusación que tal vez fuera igual o más justa hecha a los hispanos que tras los mitos de "la doncella" y "la madre" despreciaron aún más a la mujer; adorada como en altar o rebajada a objeto de goce erótico unilateral, pero nunca tratada al mismo nivel, en "partenaire"».

Y, sin embargo, la *represión* del sentimiento individual por el uso social aplicada a la mujer, la capta Unamuno en el mismo capítulo, evocando a la Jimena de *Las Mocedades*: «¡Cuánto cuesta someterse a la ley no hecha carne, categórica y externa!». Y cita,

aunque sin la conjugación pronominal, aquellas palabras de Jimena en una de las escenas finales:

¡A voces quiero dezillo,
Que quiero que el mundo entienda
cuánto me cuesta el ser noble
y cuánto el honor me cuesta[87]*!*
De Rodrigo de Bivar
adoré siempre las prendas,
y por cumplir con las leyes
—¡qué nunca el mundo tuviera!—
procuré la muerte suya…

El honor-fama de la Contrarreforma (Calderón) es menos macizo en Guillén de Castro. En todos los casos la fama («opinión que las gentes tienen de una persona; voz u opinión común y pública acerca de algo») es un valor ficticio que depende del aspecto externo del honor, de lo que los demás piensan de la honra de cada uno. Porque el honor puede ser sinónimo de fama, como significar también cualidad moral, o también «elogio», «dignidad o empleo», etc. Mientras que *honradez* es la calidad moral o la conducta de la persona que obra de acuerdo con valores éticos. También se usa el término *honestidad* (recato o pudor, «decencia y moderación en la conducta»); a veces se confunde con «castidad» al referirse a las mujeres. Modernamente se usa mucho en lenguaje hablado como sinónimo de honradez, tal vez por influencia latinoamericana.

Es el caso que, como decía Américo Castro, del honor concepto o noción ideal, se pasa a honra «como funcionamiento de esa noción, vitalmente realizada en un proceso de vida». De ahí, históricamente hablando, se ha tomado el valor externo; que sean los demás quienes reconozcan el mérito y la virtud. De mo-

do que incluso en la acepción de «honestidad o recato en las mujeres» la utilización del término *honra* se haga a veces equívoca.

En nuestro tiempo ha sido Federico García Lorca, quien acertó a expresar las dos «morales» en la escena final de *La casa de Bernarda Alba*. «Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho!». La honra castiza = fama. Mientras Bernarda cierra así el acto, Martirio, la hermana contrahecha, dice: «Dichosa ella mil veces, que lo pudo tener».

Misticismo castellano y conocimiento del hombre.

En el capítulo IV *De mística y humanismo* encontramos una oposición entre ciencia y mística, haciendo de ésta y no de aquélla lo consustancial al casticismo; y ya al comenzar el libro había dicho que es mucho más fácil un arte nacional que una geometría o una química nacionales. Los místicos españoles son, para Unamuno, antipersonalistas; de ahí que establezca una interesante diferencia entre individualidad y personalidad. La pareja Santa Teresa-San Juan de la Cruz llegan al conocimiento por el amor. «¿Es que puede conocerse algo sin amarlo?».

Lo que entonces llama Unamuno «despeñaderos mórbicos» serán años después para Unamuno base de su gnoseologia. Así leemos en *Del sentimiento trágico de la vida*:

«Dije que *nihil cognitum quin praevolitum*, que no se conoce nada que de un modo o de otro no se haya antes querido, y hasta cabe añadir que no se puede conocer bien nada que no se ame, que no se compadezca»; con lo cual se encuentra ahí un antecedente de Max Scheler[88].

Se va más lejos en el carácter «social» de la mística cuando se sirve Unamuno (en el apartado II del mismo capítulo o ensayo) de la simbólica pareja de María (trabajos) y Marta (trabajo); «habían de servir juntas al Señor, la una dándole de comer; contem-

plándole y perfumándole la otra». Equipara ese «amor sin trabajo» de María a «los trabajos de la conquista», mientras Marta representa «el heroísmo difuso, oscuro y humilde del trabajo» (como los intrahistóricos). En realidad, y aunque no se explicite, se encierra aquí una crítica de la ideología de la sociedad española de hidalgos y señores, incapaz de captar el nacimiento del capitalismo y la moral del trabajo.

A la mística opone Unamuno el humanismo de Fray Luis de León; el humanismo representa lo anticastizo, algo así como el precedente en la historia de esos vientos de Europa de fines del XIX. «El Cristo del maestro León —dice— es el *Logos*, la Razón, la humanidad ideal, el Concierto». (…). «En aquella sociedad de aventuremos de guerra que se doblegaban ante el temor de la ley externa, aborrecía el maestro León la guerra y mal encubría su animadversión a la ley, *Lex*[89]». El Cristo del Renacimiento o Logos (razón universal) es el del maestro León en su búsqueda de la verdad y de la ciencia. Nada más opuesto a la mística, de la misma manera que se le oponía la búsqueda suya de Cristo a través de los campos, de la percepción directa de la naturaleza.

Al final de este Capítulo Unamuno plantea uno de sus argumentos más vigorosos: establece el paralelo entre la persona humana y un pueblo. Según él, lo que solemos tomar por nuestra personalidad íntima del yo no es sino lo «que de ella nos refleja el mundo». De la misma manera, tomamos como carácter de un pueblo, «el símbolo de su desarrollo *histórico*». Es decir, que se confunde entre el *carácter consustancial de un pueblo* y la situación concreta de su *desarrollo histórico* (forma dada a ese pueblo por el mundo, por el ambiente, por las vicisitudes históricas, etc.). La cuestión cobra inmediatamente nuevos alcances al desarrollar el tema; para Unamuno no era la esencialidad española, sino la forma dada por el ambiente, lo que creó la casta y lo castizo. Y di-

ce: «Para preservarse la casta *histórica* (es decir, no esencial, M. T.) castellana creó el Santo Oficio, más que institución religiosa, aduana de unitarismo casticista[90]. Esta idea va a servirle para enlazar con los tiempos contemporáneos (su contemporaneidad de 1895); el final del capítulo cuarto está hecho para enlazar con el quinto:

> »Una ojeada al estado mental presente de nuestra sociedad española nos mostrará a la *vieja casta histórica* luchando contra el pueblo nuevo[90bis]». Lo viejo, lo que frena, lo que muere es *la casta*; lo nuevo, es *el pueblo*. Y en esa pugna Unamuno va en búsqueda de una «Inquisición inmanente y difusa», que seguiría existiendo en la sociedad española. Así se entra en *Sobre el marasmo actual de España* (junio de 1895).

Henos aquí con el Unamuno joven en la coyuntura finisecular de España. La situación es caracterizada como de «honda crisis». En esa crisis se muestran los caracteres castizos, aunque muchos de ellos en descomposición (ésa es la línea esencial de todo el trabajo). Fácil es ver que los partidos de turno son considerados como parte integrante de esos elementos de arcaísmo que se resisten a desaparecer: «Nada, en este respecto, tan estúpido como la disciplina ordenancista de los partidos políticos». En el apartado IV precisa: «los viejos partidos amojamados en su ordenancismo de corteza se arrastran desecados». Y una referencia a otros partidos, ¿a los republicanos?, que dice: «Por otra parte, sudan los (partidos) más populares por *organizar* almas hueras de ideas, hacer formas donde no hay sustancia…».

En este ensayo se observa bien el sistema de tesis —antítesis: no hay juventud— todo no está moribundo; y, como síntesis; lo joven-porvenir —es el pueblo intrahistórico, a condición de que se europeicé.

¿Por qué no hay juventud? Porque —responde Unamuno— «la Inquisición latente y el senil formalismo la tienen comprimida». En el apartado III, una afirmación de principio que deja traslucir al socialista que es entonces Unamuno:

«Vivimos en un país pobre, y donde no hay harina todo es mohína. La pobreza económica explica nuestra anemia mental; las fuerzas más frescas y juveniles se agotan en *establecerse*, en la lucha por el *destino*» (con minúscula, léase por el puesto, la colocación: M. T.). Pocas verdades más hondas que la de que en la jerarquía de los fenómenos sociales los económicos son los primeros principios, los elementos[91].

Todos esos males conducen a lo que podríamos llamar meollo del capítulo; la relación del caciquismo con la sociedad actual expresado por lo que Unamuno llama Inquisición latente; frente a ello, necesidad de europeizarse. Ya hemos visto que no había juventud, ni espíritu de asociación, ni otra protesta que la cafeteril. Pero a esa tesis se opone una antítesis. Cuando se pregunta «¿está todo moribundo?», responde en sentido negativo:

> «No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la histrahistoria, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que lo despierten vientos o ventarrones del ambiente europeo».

Ese «ventarrón», como decíamos más arriba, es el de la Europa desarrollada de la burguesía «conquistadora», la del movimiento obrero creciente y organizado con representantes en los Parlamentos, la del ambiente universitario y literario, etcétera. Pero al estudiar este párrafo hay que preguntarse; ¿es igual estar «dentro de la sociedad histórica» que en la intrahistoria? No parece que Unamuno precise ahí bien los términos. Pero más allá del debate sobre lo que pueda ser lo intrahistórico queda patente su postura: el porvenir de la sociedad española reside en el pueblo; ese pueblo que no es inepto ni torpe, sino simplemente desconocido por aquéllos para quienes es «simple masa electoral y contribuible»; el porvenir reside en la juventud, pero no en una juventud esterilizada, vieja antes de tiempo, a causa de «la Inquisición latente», sino de lo que llama, al terminar el libro, «una verdadera juventud animosa y libre»; juventud y pueblo (*el pueblo que nos*

sustenta a todos, dice Unamuno). Y he aquí la diferencia radical con todos los regeneracionistas que piensan que el pueblo no es mayor de edad y que necesita tutela. Unamuno predica un nuevo descubrimiento de España; pero es un descubrimiento con módulos de contemporaneidad: «España está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados». Está por descubrir porque se la ignora; ¿qué se ignora? Y ahí viene una frase que se ha hecho célebre: «Se ignora el paisaje, y el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo» (con ese lema escribió un artículo antirregionalista el Unamuno anciano de 1933). La norma es: europeizarse y chapuzarse en el pueblo. ¿En qué pueblo? Unamuno responde: «El pueblo, el hondo pueblo, el que vive bajo la historia, es la masa común a todas las castas, es su materia protoplasmática; lo diferenciante y excluyente son las clases e instituciones históricas. Y éstas sólo se remozan zambulléndose en aquél».

En ese párrafo, el discutido socialismo de Unamuno desaparece enteramente, a no ser que el término «clases» haya sido empleado de una manera vulgar; en todo caso, se está al borde de una peligrosa mitificación de ese *hondo pueblo* que no sabe nada de nada. Si clases e instituciones «se remozan zambulléndose en aquél», puede pensarse que intenta superar su contradicción historia —intrahistoria, equivalente a la contradicción grupos dirigentes— hondo pueblo anónimo. La síntesis sería ese zambullirse de los grupos institucionales en el saludable océano de la masa protoplasmática popular siempre igual a sí misma. De ser ése el propósito, es decir, el de interacción dialéctica del grupo-vanguardia y del hondo-pueblo, escaparía a una mitificación populista tan demagógica como inconsistente.

CAPÍTULO X

LA LIGA DE PRODUCTORES Y LA UNION NACIONAL

¿Y Costa, el Costa de 1898? Costa se había labrado un instrumento de acción: la Cámara Agrícola del Alto Aragón. De él va a servirse, redactando y lanzando a los cuatro vientos su «Mensaje y Programa» de 13 de noviembre de 1898. El llamamiento lo es para constituirse en partido *nacional* y *regenerador*. Conste que Costa no quiere limitarse a crear un grupo de presión, *quiere el Poder*. De ahí todo el alcance, pero también todos los límites, de la práctica costiana en aquella coyuntura. Pero no es un demagogo; quiere el Poder para que una «revolución desde arriba» (es decir, un programa de reformas) evite la revolución desde abajo:

«Las revoluciones hechas desde el Poder —se dice allí— no sólo son un homenaje y una satisfacción debida y tributada a la justicia; son, además, el pararrayos para conjurar las revoluciones de las calles y de los campos». Pero ya en ese momento hay un movimiento coincidente; el de las Cámaras de Comercio, inspirado por Basilio Paraíso (industrial, dueño de una importante fábrica de espejos) presidente de la de Zaragoza, que convoca una asamblea nacional de las Cámaras para el 20 de noviembre, precisamente en Zaragoza. A esa asamblea va el joven Santiago Alba, representando a la Cámara de Valladolid. Tras él está la sombra de un político de la oligarquía, Germán Gamazo, que diez años atrás manejara a su gusto las castellanas Ligas Agrarias. Alba, muy joven (veintiséis años) tenía estrecha relación con el gran

cacique de la provincia, quien, sin embargo, torpedeó su candidatura a Cortes aquel mismo año. Y ahora pensaba aquello olvidado y se proponía controlar o frenar lo que saliese de Zaragoza a través de Alba. En una carta de 13 de noviembre le aconseja que si fuesen atacados los políticos de la Regencia, deberían «ser recordados hechos, nada más que hechos y servicios de cada uno». El tono de Gamazo es despectivo para quienes van a reunirse en Zaragoza: «No dudo de que habrá un verdadero despilfarro de retórica por parte de los que, no habiendo aportado nunca un grano de arena, se presentan como regeneradores[92]». Gamazo quería integrar el movimiento en el sistema oligárquico o destruirlo. Su conducta, como la de Silvela, son representativas de los temores de aquel personal político hacia una política verdaderamente burguesa y de clases medias.

A Zaragoza fueron noventa delegados (había en España 45 Cámaras de Comercio), entre ellos Alberto Rusiñol, en nombre del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, y Ruiz de Velasco, presidente de la Cámara de Comercio de Madrid. Los debates, abiertos el 20 de noviembre, duraron una semana; las conclusiones, divididas en cinco apartados, eran de tinte regeneracionista. Se pedían además «conciertos económicos» con todas las provincias que lo solicitasen e implantación del servicio militar obligatorio, sin redención ni sustitución, investigación de la riqueza oculta, sinceridad electoral, construcción de canales y pantanos, etc.

El programa no tenía nada de subversivo y fue entregado en persona a la Reina Regente, el 30 de noviembre, por Paraíso, elegido presidente de la Comisión permanente de Cámaras de Comercio; Alba y Rusiñol, elegidos secretarios, en unión de otros dos. Paraíso, Alba y varios más visitaron a Costa, ya que decían atenerse a las líneas generales de su pensamiento regene-

racionista. Y Costa creyó que debía reunirse bajo su presidencia una asamblea nacional de Cámaras agrícolas, Cámaras de Comercio e Industria, Círculos Mercantiles, Casinos de Labradores, etc., es decir, todos aquellos organismos a los que él se había dirigido el 13 de noviembre. Llegaron a un acuerdo sobre ese particular y de allí surgió la convocatoria de la Asamblea Nacional de Productores, que celebrará sus sesiones en Zaragoza del 15 al 20 de febrero de 1899.

Costa piensa siempre en «su» partido. Precisamente, el 19 de diciembre había hablado en la Asociación de la Prensa, insistiendo en sus puntos de vista; un partido para «reclamar el Poder en la misma forma y con igual derecho, probablemente con mejor derecho, que los demás partidos…». Y es precisamente ante eso, ante lo que vacilan sus amigos krausistas los Buylla, Sela, Posada, etc. Los recelos de Pi y Margall fueron, sin duda, mayores. Hemos obtenido noticia concreta de ellos leyendo las palabras de Pi en el Círculo Federal algo más tarde, el 17 de noviembre de 1900. La reseña dice: «Censuró la conducta de las Cámaras de Comercio y de sus directores (sic), señores Costa y Paraíso. Ambos pedían grandes reformas y mejoras en todos los servicios, especialmente en instrucción y obras públicas, y al mismo tiempo una rebaja de cien millones en el presupuesto, pero ni uno ni otro precisaban las maneras de obtener el dinero para aquellos gastos…». Cierto es que la influencia de Pi en aquel momento se proyectaba sobre medios muy populares más que sobre las clases medias y burguesía que interesaban a Costa.

Veamos ahora en qué consistió la Asamblea Nacional de Productores[93]. Abrió sus sesiones el 15 de febrero, a las ocho y media de la noche, en el teatro del Circo, atestado de público (Costa llegó a las nueve, directamente desde la estación, acompañado por Paraíso). El discurso inaugural de Costa es un violento alega-

to contra «los políticos», acusados de todo, a los que, según él, «persiguen millares de madres que han perdido sus hijos en Cuba, llamándoles ¡asesinos! ¡asesinos!» (después de estas frases el entusiasmo delirante de la asistencia interrumpió el discurso por varios minutos). Pero todo ese discurso padece de que se habla en general de «los políticos» y no de los hombres de la Restauración y de los partidos turnantes.

¿Quiénes integran la asamblea? 111 delegados en representación de 53 entidades. Joaquín Costa, el Marqués de Dilar, el Marqués de Palomares, el propietario jienense Fernando Ruano y algunos otros más ostentan más de una delegación, pero cada entidad suele mandatar a varias personas.

Hay que tener en cuenta que Santiago Alba, delegado de Valladolid, lo era también de las Cámaras de Comercio de toda España; de la de Madrid, también en unión de los señores Escoriaza, Pueyo y Sancho. En realidad la representación de «productores» (entiendo por tales a empresarios industriales y comerciales y a labradores) era bastante irregular; no sólo porque los grandes propietarios están ausentes (cosa casi normal) y porque hay escasa representación de Extremadura, de Sevilla, sino en otro sentido, por poca representación de los campesinos de tipo medio que caracterizan la región de Levante y País Vasco. Se observa, por el contrario, una fuerte representación de Madrid: Cámara de Comercio, Círculo de la Unión Mercantil e Industrial, Círculo de la Unión Industrial, Asociación de Propietarios, Asociación de Agricultores, Centro de Instrucción Comercial… También es de destacar la presencia de la «Unión Minera», con José Maestre en la delegación (que más tarde estará en el origen del «trust» de la prensa). Obsérvese la presencia de Santiago Casares (padre) en la delegación de la Cámara Agrícola de La Coruña, y

de Joaquín Ruiz-Giménez (padre) en la de la Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén.

La sesión preparatoria tuvo lugar el día 16, a las diez de la mañana, nombrándose la mesa presidencial, en la que figuraron representantes de todas las regiones. La primera reunión efectiva deliberante comienza el día 16, a las cuatro de la tarde, con asistencia del Ayuntamiento de Zaragoza en pleno. Pero en ese momento ya se ha entablado la lucha sorda sobre si debe ser «Liga o Partido» y las contradicciones entre Cámaras de Comercio y Cámaras Agrícolas. En la sesión de la tarde la tensión crece; se grita, se protesta, «por un momento —dicen las reseñas— parece que los asambleístas van a llegar a las manos». Los anti —costianos son dirigidos por Fernández de Velasco (de Valladolid), de filiación política «gamacista». Pronto se observa un bloque compacto en favor de una Liga: Ibarra (Amigos del País de Zaragoza), los delegados de Sevilla, los de Granada, los de Barcelona, Jimeno Rodrigo (Cámara Agrícola de Zaragoza) optan todos por la solución de Liga (grupo de presión); el último citado amenaza con abandonar la asamblea si se intenta crear un partido, De la misma manera se expresa Muniesa, en nombre del Círculo Mercantil de Madrid. Sólo los delegados de La Rioja parecen adherirse al punto de vista de Costa; éste había perdido la partida. En la sesión secreta de aquella noche se votó por unanimidad la propuesta de Ruano (en nombre del Círculo de Labradores de Arjona), que decía así:

> «La Asamblea acuerda que las Asociaciones de productores aquí representadas se adhieran para lo sucesivo y constituyan una Liga. Ésta, utilizando todos los medios posibles de propaganda, defenderá las conclusiones votadas por la Asamblea, recabando de los poderes públicos el cumplimiento de las leyes que, siendo beneficiosas para los productos agrícolas, hoy quedan incumplidas. La Liga propondrá además las reformas que juzgue oportunas».

La cuestión, sin embargo —a juzgar por todas las informaciones—, se debatió de nuevo al día siguiente, pues era esencial. En

la mañana del día 17 hubo cincuenta y ocho votos por la Liga y dieciocho por un partido. Costa era absolutamente desbordado y objeto de toda clase de maniobras. Luis Morote, que estaba allí como enviado especial de «El Liberal», telegrafiaba: «la parte más intelectual de la asamblea se da cuenta de que reinan aires de reacción…» y «nos amenazan cincuenta planes completos de regeneración de España». Pero, a la vez, Costa era poco hábil y muy intransigente para presidir los debates, por lo que éstos no sólo se complicaron, sino que se desorganizaron enteramente. Todo el aparato oligárquico se empleaba a «limitar los daños» y que la asamblea derivase hacia una Liga más. Es característica la actitud de «El Imparcial» (cuyo director será poco después ministro de Silvela), que publica el día 17 un editorial con el título: *Ligas, sí; partidos, nunca*. Mientras tanto, en Zaragoza, Zulueta, en nombre de los catalanes, y Raventós, en nombre de los propietarios de Madrid, proponen que el organismo a crear se llame Liga de Contribuyentes. Se desata el arbitrismo; en las sesiones del día 18 se votan cincuenta proposiciones que nadie es capaz de redactar (lo hará Alba una vez pasada la asamblea). Siguieron los incidentes; el gamacista Fernández de Velasco amenazó con retirarse; «El Imparcial» publicó otro editorial de tonos peyorativos; *Quien mucho abarca*… Cuando el Marqués de Palomares leyó su ponencia sobre educación (que Giner glosará un año después en un célebre trabajo) hubo un incidente porque varios asambleístas protestaron contra los proyectos de enseñanza laica. En fin, en la tarde del día 19 Costa acabó poniéndose enfermo y a punto estuvo de que le diera una congestión cerebral. La realidad era que se había maniobrado para formar un directorio de la Liga, a base de representantes de regiones, del que Costa estaría excluido. Era demasiado fuerte; el asunto tomó aspectos dramáticos y aquella noche no hubo sesión. A la mañana siguiente se había logrado el compromiso; en apariencia era un triunfo de Costa, a

quien se le dieron plenos poderes para formular el directorio. En realidad, desde aquel mismo día se planeaba ya otra fuerza para contrarrestar a la de Costa.

Lo ocurrido no era, probablemente, un enfrentamiento de fuerzas nuevas (burguesas) con fuerzas viejas (oligarquía socioeconómica); la asamblea de Zaragoza era heterogénea e incompleta. Acercándonos en los detalles a la época, lo que se percibe sobre todo es la inquietud del «personal político», que teme ser relevado, que teme incluso ser perturbado; hay una esclerosis del político profesional de la Restauración que cada día se hará más fuerte.

En marzo formaba Silvela su Gobierno, pretendidamente «regeneracionista». Pero la realidad más fuerte de su actuación era el proyecto de presupuestos presentado por Fernández Villaverde en el mes de junio. No fue la Liga, sino las Cámaras de Comercio quienes respondieron con un cierre general, expresando así el descontento de la burguesía media[94].

Costa preparaba y anunció una asamblea de la Liga Nacional de Productores, que debiera celebrarse en Sevilla en diciembre de 1899. Su movimiento iba a ser rápidamente «cortocircuitado» por las Cámaras de Comercio, que, sin consultar tan siquiera a la Liga, convocaron su segunda asamblea, a celebrarse en Valladolid el 14 de enero de 1900. (Mientras tanto, la situación se había ido degradando por la salida de Polavieja y de Durán y Bas del Gobierno). Es un momento en que extensos intereses de la burguesía chocan con los del Gobierno, aunque fuera coyunturalmente. En Barcelona, el Fomento del Trabajo, el Instituto San Isidro, la Sociedad Económica de Amigos del País, la Liga Industrial y Comercial, el Ateneo también formaban todo un bloque. Fueron a Madrid para discutir las bases de un «concierto económico», que Villaverde rechazó terminantemente. En esa circuns-

tancia se llega al primer movimiento de negativa de pagar impuestos trimestrales de contribución, el llamado *tancament de caisex* (cierre de cajas), con el acuerdo de la Comisión de Cámaras de Comercio (Paraíso, Alba, Rusiñol), que no sólo se produce en Barcelona, como es habitual relatar, sino en otras partes, sobre todo en Valencia. La petición de «concierto económico» y el problema de resistencia al pago de impuesto por los «Gremios» de Valencia tomó estado parlamentario a través de una pregunta planteada por Blasco Ibáñez en la sesión del 17 de noviembre, prolongándose el debate al día siguiente, y reanudándose por una nueva pregunta del diputado republicano y novelista en la sesión del 24 del mismo mes[95]. Blasco Ibáñez dice el 17 de noviembre: «Si lo que el Gobierno se propone, y puede entrar en sus miras políticas, es hacer aparecer a los ojos de los españoles que Cataluña es la única que está enfrente del Gobierno y de los presupuestos, me interesa manifestar que Valencia está al lado de Cataluña y que los industriales de Valencia ni han pagado ni pagarán.». A lo que añade que a los valencianos no se les puede tachar de separatistas, «porque allí todos son patriotas, todos son españoles».

La discusión se complicó entre Blasco Ibáñez y el ministro de Gobernación, Eduardo Dato, terciando el señor Cañellas. Éste aportó la prueba documental (telegrama oficial de la Delegación de Hacienda de Valencia al ministro de Hacienda), según el cual se habían pagado en Valencia 1677 cuotas por industrial capital sobre un total de 6175, habiéndose cobrado 166 516 pesetas sobre un total de 419 760 (estimándose en 85 119 las fallidas probables). Se observará que eran los contribuyentes de menor cuantía los que, según esos datos, seguían «huelga de impuestos».

Ante los hechos consumados, Costa y la Liga no persisten en su convocatoria; el Congreso de Sevilla queda suspendido.

El 14 de enero de 1900 inaugura sus sesiones la Asamblea de Cámaras de Comercio e Industria, tras una reunión secreta celebrada el día 13. En la reunión del día 15, tras no pocas tensiones con el Centro de Labradores de Valladolid (manejado por los «gamacistas»), se llega a una serie de *Declaraciones* básicas. En ellas está todo el programa regeneracionista: reorganización e independencia de la justicia; reorganización de la enseñanza e instrucción obligatoria; reorganización del sistema político «sobre la base de un sistema electoral verdad y de una purificación del Parlamento, invadido y dominado hoy por los funcionarios; reorganización del ejército, la marina, la administración civil (reducción a la mitad del número de funcionarios). Igualmente se estima indispensable la construcción de canales, pantanos y embalses, el crédito agrícola, etcétera. Como cuestión de principio se afirma que "el problema nacional no es simplemente un problema financiero de nivelación aritmética del Presupuesto, sino un problema político y social que alcanza a la reorganización de todos los elementos vivos del país y de las fuerzas todas del Estado para asimilar éste a la vida de la Europa culta"».

En fin, se crea la Unión Nacional, «organismo… ajeno por completo a toda la cuestión de formas de gobierno y a cualquier clase de problemas de orden constituyente del Estado». Esta Unión Nacional puede «pactar y concertarse… con toda clase de organismos, núcleos y fuerzas políticas y sociales… La Asamblea señala particularmente la conveniencia de hacerlo en el más breve plazo posible con la Liga Nacional de Productores».

Se había querido tener al margen a Costa, pero ahora era ya inevitable contar con él. Sin embargo, entré los reunidos en Valladolid también se presentan las divergencias en cuanto a la naturaleza del organismo que se creaba: ¿partido político o grupo de presión? Contra la tendencia a suplantar a los partidos políti-

cos existentes se alza el conocido empresario industrial y capitalista del Norte señor Alzola, apoyado por los industriales de Vizcaya y Guipúzcoa, por las Cámaras de Granada y Santander. Ello da lugar a una polémica sesión secreta el día 16, que se reproduce en sesión pública; pero la propuesta de Alzola (que pedía que la Unión apoyase a cualquier partido político que aprohijase su programa y lo tradujera en leyes) fue desechada por 118 votos contra 19 (es muy significativo que votaron en favor de Alzola las representaciones industriales de Barcelona, Tarrasa, Sabadell, Asturias, Vizcaya, Guipúzcoa, además de otras como Granada, Jaén y Huelva). Esos mismos sectores vuelven a la carga proponiendo que la Unión se mueva siempre «dentro de las vías legales»; también fue desechada esa enmienda. El día 17 los industriales vascos y navarros habían abandonado las sesiones (hay que señalar que no hubo en Valladolid ningún notorio representante de la gran propiedad agraria).

Fue elegido presidente Basilio Paraíso y secretario Santiago Alba. Entre los once vocales había dos que representaban a los agricultores y nueve a los «industriales» (en realidad, varios comerciantes, entre ellos los de la Cámara de Madrid). Entre los doce suplentes destacaba el conocido empresario de minas de Asturias, Luis Adaro y el fabricante de aceites, Carbonell.

El Directorio nombrado celebró su primera reunión en la noche del 18 de enero. Inmediatamente se decidió que Costa y la Liga fuesen invitados a ingresar «con justa preeminencia». Costa respondió de cara a la opinión, por un mensaje o carta abierta que publicó la prensa del 21 de enero. En él se hacía historia del problema, se recordaba que la Liga había propuesto desde hacía tiempo la fusión con las Cámaras para celebrar conjuntamente la convocada Asamblea de diciembre, pero que éstas habían prefe-

rido obrar por su cuenta convocando la Asamblea de Valladolid, «sin contar con la Liga ni invitarla[96]».

Costa pretendía convocar un Congreso de fusión, que era precisamente lo que a toda costa querían evitar Alba y Paraíso. Una vez más cedió Costa; el 1.º de marzo de 1900, Liga y Unión quedaba fusionada dentro de la segunda. Entraron en el Directorio Joaquín Costa y el marqués de Palomares (Antonio Vinent y Portuondo), presidente de los Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza. La Presidencia era de hecho bicéfala, formada por Costa y Paraíso.

La Unión Nacional iba a sufrir su más dura prueba, puesto que los presupuestos de Villaverde se iban, al fin, a aprobar. Cheyne parece ser el único que ha estudiado el acta de la reunión que celebró el Directorio los días 31 de marzo y 1.º de abril en casa de Costa en Madrid. Se fue de nuevo a la «huelga de contribuyentes» (resistencia al pago del impuesto) por la presión de Paraíso y los suyos, contra el criterio de Costa. Aceptó éste la decisión mayoritaria, lo que le costó no sólo sufrir un proceso e incluso el embargo de su bufete madrileño.

Se fue entonces al choque frontal entre una parte de la burguesía media y pequeña burguesía representada por la Unión y el Gobierno conservador de Silvela. Éste pasó a la ofensiva prohibiendo la manifestación de la Unión fijada para el 29 de marzo. La respuesta fue un *Mensaje* al Presidente del Congreso firmado por más de 400 asociaciones, gremios, cámaras, círculos, ateneos, delegaciones, etc. Este mensaje *está redactado por Costa* y es uno de los textos de circunstancias más interesantes y dignos de estudio entre los muchos que escribió. El Mensaje se hizo público por una nota previa dirigida a «El País», y firmada por Paraíso, Costa y Alba, con fecha 31 de marzo.

Hay en este Mensaje una exaltación del esfuerzo de los empresarios y de los capitalistas mucho más «moderna» que en otros textos de Costa, más inclinados hacia la vertiente agraria del país. Luego, contiene una segunda parte fijando las funciones del Estado, delimitadas de las de los empresarios.

He aquí esas dos partes esenciales:

> «… El país ha respondido con hechos, improvisando todo un renacimiento industrial y económico, verdadero desbordamiento del capital y del trabajó, cuyo mayor defecto quizá está en ser excesivo y no guardar medida, cuyo mayor mérito es haberse producido afrontando dos trabajos gigantes: el expediente y el cacique. Hasta los pequeños ahorros abandonan su escondite medioeval y salen a la luz, buscándose unos a otros y asociándose para obtener en el trabajo una retribución más alta que en los fondos públicos; en ningún año se habían creado tantas compañías mineras, metalúrgicas, químicas, azucareras, eléctricas, de navegación, de crédito, etc., como en el año último; la riqueza mobiliaria ha experimentado un aumento de 25 por 100, término medio en el conjunto; la cotización de las acciones de las sociedades ferroviarias ha mejorado notablemente; la marina mercante amplía sus líneas de navegación, preparándose a disputar a los extranjeros el comercio de exportación; la extracción de carbón mineral ha aumentado en cerca de medio millón de toneladas; las fábricas y depósitos de abonos químicos han ensanchado sus operaciones o acrecentado su número, señal de que los cultivos se transforman; los saltos de agua son explorados por todo el territorio, vinculándose a servicio de la turbina para mover telares, muelas, dinamos, tranvías; multiplícanse las sangrías y embalses de arroyos y ríos para fertilización del suelo…».

Este verdadero canto al capitalismo ascendente partía de una serie de apreciaciones exactas en cuanto a la coyuntura (menos crítica de lo que habitualmente se ha solido afirmar) y era, sin duda, demasiado optimista en cuanto a la modernización de explotaciones agrícolas. Ciertamente, Costa no distinguía mucho entre los industriales preocupados por el pago de impuestos y por la endeblez del mercado nacional y los detentadores de grandes riquezas que invertidas en una producción industrial modernizada por las técnicas y exigente de cuantiosos capitales, eran los grandes beneficiarios de la coyuntura; aquéllos que obtendrían los máximos beneficios del fulgurante ascenso de produc-

ción de energía eléctrica, de productos químicos, de la organización de una flota mercante o del cuasi-monopolio azucarero. Silvela, Dato y otros ministros de talento sabían algo de esa escisión producida en el seno de la clase empresarial española. Y ya en aquella primavera el mismo Alzola era Director General de Obras Públicas.

Pasemos a la segunda parte del texto, no menos interesante para comprender el pensamiento de Costa:

> «No pretendimos echar nuestra carga a los Gobiernos, según es moda repetir entre los profesionales de la política; quisimos nada más que los poderes hiciesen lo que nosotros no podíamos hacer; lo que en todas partes, por ley de su naturaleza, hacen o han hecho. ¿Por ventura nos tocaba también a nosotros mudar el sentido de la enseñanza, metamorfosear el Magisterio y la escuela de niños, crear la Universidad y ponerla en comunión con el extranjero, fomentar la investigación y hacer cría de inventores, establecer granjas-escuela para instrucción de capataces y gañanes, formar el plan general de canales y pantanos de riego, revisar el de carreteras, construir caminos vecinales o mejorar los existentes, dotar de condiciones al crédito agrícola movilizando jurídicamente la propiedad territorial, retirar su monopolio al Banco Hipotecario, combatir la crisis de la vinicultura, promover la construcción de los ferrocarriles secundarios, aliviar el bárbaro impuesto de consumos, simplificar y abreviar los procedimientos judiciales, matar el expediente y el burocratismo, implantar el seguro social y las cajas de retiro en beneficio principalmente de las clases desvalidas, universalizar el huerto como sustituto de la antigua propiedad corporativa de la anona y de la policía de abastos, descentralizar la administración, manumitir el municipio esclavo, humanizar los tribunales arrasando ésa y las demás fortalezas del nuevo feudalismo, acorralar al cacique, adaptar las instituciones a los recursos, reorganizar los servicios públicos, amortizar empleos, suprimir derechos pasivos, revisar jubilaciones y pensiones, restaurar montepíos, reducir obligaciones eclesiásticas, abolir la redención a metálico, dar plantillas fijas al ejército y amortizar las vacantes de verdad, cerrar academias militares, reducir contingentes, liquidar la Marina y unirla con Guerra, hacer partícipe al Estado de los beneficios del Banco de España, convertir Deudas, suprimir, Ministerios, Direcciones generales, Consejos, Capitanías, Arsenales y Diócesis? Si de nosotros hubiese dependido, ya estaría hecho o se estaría haciendo».

Todo el programa de Costa está ahí. Y Costa, con su habitual vehemencia, con su permanente rectitud, se había lanzado a la refriega. El 30 de abril da a conocer el Director de la Unión Na-

cional otro Manifiesto cuya difusión es prohibida por el Gobierno («El País» y «El Siglo Futuro» fueron sancionados por infringir esa prohibición). El Manifiesto, también muy costiano, invita a los contribuyentes a que no paguen las cuotas de contribución del trimestre en curso, en señal de protesta frente a los Presupuestos que las Cortes acaban de votar. La argumentación principal reside en que el voto de los diputados está falseado por oligarcas y caciques «(que) votan no los presupuestos que le convienen al país, sino los que les convienen a ellos». (...) «Lo mismo después de la caída que antes, España se halla compuesta de un millar de reyezuelos, sueltos, de toda ley y dieciocho millones de pecheros suyos, por ninguna ley amparados».

Resulta interesante reproducir las firmas del Manifiesto de 30 de abril, ya que están comprendidos todos los miembros del Directorio con sus correspondientes funciones sociales:

Joaquín Costa, presidente de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, académico. —*Basilio Paraíso*, industrial, presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza—. *Carlos Amusco*, fabricante de abonos minerales de Extremadura y la Rioja, propietario, presidente de la Cámara de Comercio de Logroño. —*Guillermo Bermejo*, carpintero, presidente de la Junta Sindical de los Gremios de Madrid—. *Carlos Carbonell*, comerciante, fabricante, presidente de la Cámara de Comercio de Córdoba. —*Ramón de Castro*, fabricante, abogado, presidente de la Cámara de Comercio de Valencia—. *Francisco Javier Gutiérrez*, banquero y fabricante en Valladolid y Bilbao, presidente de la Cámara de Comercio de Valladolid. —*Conde de Hervios*, agricultor, presidente de la Cámara Agrícola Riojana—. *José Manuel Mora*, agricultor y vinicultor. —*Mariano S. Muniesa*, banquero, presidente del Círculo de la Unión Mercantil de Madrid—. *Francisco Núñez Izquierdo*, industrial, presidente de la Cámara de Comercio de Salamanca.

—*Marqués de Palomares del Duero*, hacendado, abogado—. *Celestino Rico*, labrador, hacendado, presidente del Sindicato Agrícola de Casasola. —*Ricardo Rubio*, industrial, vicepresidente del Círculo de la Unión Industrial de Madrid—. *Francisco Sánchez Arjona*, ganadero, presidente de la Cámara Obrera Andaluza de Sevilla. —*José Sol Torréns*, propietario, industrial, presidente de la Cámara de Comercio de Lérida—. *Santiago Alba*, periodista, industrial, abogado, secretario de la Unión.

Sobrevino el proceso de los miembros del Directorio y la réplica en forma de cierre de tiendas (debía cerrarse el jueves 10 de mayo a mediodía y no abrir hasta el día siguiente). La idea vino de la Junta madrileña, lanzada de lleno en el conflicto; con Sainz Romillo, presidente, y Zurita, secretario, firmaban por las entidades de Madrid otras tantas personalidades de la burguesía de la capital: Luis Mahou por la Cámara de Comercio, Anastasio Monasterio por el Círculo de la Unión Mercantil, Luis Moutón por la Unión Gremial y Antonio Piera por el Círculo Industrial[97].

Llegó el 10 de mayo y, a pesar del despliegue de Guardia Civil a caballo, cerraron a mediodía «las tiendas, cafés, boticas y hasta estancos». (…). «En la Plaza de la Cebada cerraron todos los puestos. Las banastas estaban cubiertas y las vendedoras habían desaparecido… No quedaron abiertos ni aún los merenderos de las Ventas, Viveros ni demás sitios de recreo…». Cerraron hasta los teatros aquella noche. El Gobierno recogió las ediciones de «El País» y amenazó a las Cámaras con la disolución. Comenzó una guerra de comunicados en la que la Unión Nacional se agotaba. Se pidió audiencia para visitar a la Regente (contra el criterio de Costa) y Silvela se negó a ello rotundamente, haciendo gestión de gabinete. El Directorio, sintiendo que las fuerzas se agotaban, sin poder contar con los empresarios barceloneses ni

del Norte (los más importantes), por un lado, ni con los obreros por otro, se ve obligado a retroceder.

Costa estaba ya en desacuerdo con las decisiones tomadas por la Unión en su reunión del 24 de mayo, sobre todo aquélla en que se pedía a los organismos de la Unión en provincias que telegrafiasen a la Mayordomía Mayor de Palacio para sostener la petición del Directorio. La Unión había adoptado la iniciativa de cerrar todos los establecimientos de la localidad en que cualquiera de ellos fuese clausurado como sanción, pero no con toda la energía que él hubiese querido, ya que el texto de su moción fue rechazado por la mayoría del Directorio. El 26 de mayo dimitían él y Palomares; el 28 desautorizaba públicamente la inscripción de su firma al pie de los documentos de la Unión. De hecho el alcance de la Unión Nacional se perdería aquel mismo verano, por ésa y por otras razones; el 11 de junio el Directorio había dado contraorden para que se pagasen los impuestos; Paraíso dimitió pocas semanas después, para volver al final del verano e intentar, durante un año, una «politización» de cortos vuelos de la Unión. Se cerraba una etapa; Costa seguía creyendo que hacía falta un partido, con su prensa, sus medios financieros y su objetivo de conquistar el Poder. No le interesaba eso a los hombres de las Cámaras; y en realidad, ¿qué partido era posible cuando ya los catalanes estaban formando el suyo y desde Silvela a Gamazo se hacía todo para desintegrar «el frente burgués»?

CAPÍTULO XI

OLIGARQUIA Y CACIQUISMO

La información en el Ateneo.

Todavía Costa, tras el fracaso de la Unión Nacional, intentará crear un partido de intelectuales (arraigado espejismo del que más tarde será víctima Ortega); cree en «la aristocracia intelectual universitaria», pero sus intentos resultarán vanos y, como bien es sabido, terminará por adherirse en 1903 a la gran corriente que se aglutina aquel año (y no por mucho tiempo) en la llamada Unión Republicana.

Pero Costa es incansable; más allá de un pragmatismo regeneracionista que, sin embargo, va más lejos y más hondo del regeneracionismo al uso, su obra esencial prosigue. En 1898 ha publicado *Colectivismo agrario* y en 1901 organiza la Información del Ateneo de Madrid que da lugar a su ponencia *Oligarquía y caciquismo*, completada con las respuestas a las intervenciones —primera redacción, hecha en 1901—, y, luego, al resumen más elaborado que data de 1902. En esa edición que podemos llamar definitiva de *Oligarquía y caciquismo*, de noviembre de 1902, el texto original de Costa es de 251 páginas de formato de 0,22 por 0,16 mts.

La Información empezó en marzo de 1901; a ella fueron invitadas 171 personas que constituían una auténtica elite de la política, la Universidad, el periodismo, etc. Participaron 56 de ellas representando la mayoría de las tendencias. Fue significativa la

ausencia de Pablo Iglesias, que marcaba las distancias puestas por la corriente socialista; en cambio, no tenían significación ausencias como las de Giner o Cossío, ya que sus amigos participaban activamente (Azcárate, Posada, Buylla, Altamira, Bernaldo de Quirós…). El integrismo estuvo representado por Ortí y Lara, la extrema derecha por el profesor Gil y Robles, el catalanismo por Rahola, el conservadurismo moderno por Maura. Nos es de extrañar la ausencia de Alzola, tras la ruptura en Unión Nacional; en cuanto a los liberales (que habían sustituido a Silvela en el Gobierno, siguiendo imperturbablemente «el turno» a despecho de todos los críticos) no creyeron oportuno desdender al Ateneo (Montero Ríos, Romanones, Vega de Armijo).

El Informe de Costa es una crítica directa del liberalismo formal y del concepto de libertad mitificado. La existencia del caciquismo y de la oligarquía hacen inexistente la libertad del pueblo. La crítica se hacer particularmente aguda al tratar de la revolución de 1868; el ¡*Viva la libertad*! falto de ir acompañado de ¡*Abajo el cacique*! redujo aquélla a la nada. Costa habla de «autosugestión» en «la psicología de las muchedumbres», manera de prefigurar el concepto de «ideología» aplicado a la vida institucional. Costa se inspira claramente en la distinción que ya había hecho Azcárate entre «Constitución legal» y «Constitución real», aunque va todavía más lejos (también señala a Salillas en su libro *Hampa* como fuente de una distinción parecida).

Ciertamente, lo que Costa llama «clase directora» son los oligarcas, caciques y junto a ellos un tipo de alto funcionario de designación política que es el gobernador civil. Hay, sin duda, impresiones sociológicas, ya que en realidad no se trata de «clase», sino de «personal político» o de «elites políticas». El oligarca para Costa es aquél que aparentemente tiene el Poder o participa en él; ministro, subsecretario, diputado, senador, jefe de partido de

turno en la «oposición», etc, Pensamos qué en esos casos sigue tratándose de ejercicio cotidiano del Poder, sin que la potestad de las grandes decisiones inexorablemente ejecutadas sea común a todos ellos, mientras que la poseen otros que aparentemente no están en los organismos estatales encargados de decidir. En cuanto al cacique, su poder decisorio lo es sólo a nivel local. Es difícil concebir al cacique sin el sistema de partidos de turno, la estructura agraria dominante, la falta de información, el tejer y destejer de la Corona sin contar con las decisiones electorales, etc. Verdad es que en nuestros días está de moda decir que los caciques hubieran existido sin los partidos de turno y que éstos no hubieran podido acabar con el caciquismo en caso de haberlo así deseado. La afirmación es anticientífica como toda aquélla que consiste en suponer cómo hubiera transcurrido la historia si las premisas de un hecho hubieran sido diferentes de las que fueron. Porque la verdad es que ni Cánovas, ni Sagasta ni sus próximos colaboradores tuvieron la menor veleidad de terminar con los caciques. Pero es que ahora también está de moda eso de «pobrecitos Cánovas y Sagasta», «pobrecito Fernando VII», etcétera. Eso de «innocenter» (absorber) a ciertos personajes de la historia es menos «inocente» de lo que a primera vista pudiera parecer.

Volviendo a nuestro tema, Costa trata del *Cacique*, se apoya en una abundante bibliografía y en multiplicidad de ejemplos, aunque en realidad no llega a una elaboración conceptual, que es sustituida por la atribución de rasgos diversos. La idea de *cacique* es completada con la de *oligarca, prohombre o notable*, y todo ello integrado en la trilogía del régimen oligárquico: oligarcas-caciques-gobernador civil, «que les sirve de órgano de comunicación y de instrumento[98]».

Pienso que si hoy reconsideramos la sociedad española de la Restauración no veríamos la extensa red de notables —caciques

—, partidos de turno y altos funcionarios, no como una «clase» (¿por qué clase? a no ser en términos banales) ni como una oligarquía en sí misma, sino como un conjunto *instrumental* de las clases dominantes y, más concretamente, instrumento de la verdadera oligarquía, del bloque oligárquico formado por los grandes terratenientes y la alta burguesía.

El otro aspecto de la crítica costiana es que lo que en general se consideran vicios o deformaciones del sistema parlamentario y de partidos, él lo considera como *esencialidades*; según Costa, España no tenía un régimen parlamentario viciado por corruptelas y abusos, sino «un *régimen oligárquico, servido*, que no moderado por instituciones aparentemente parlamentarias». Podría decirse qué Costa rompe la primera corteza de lo aparencial en las instituciones, aunque no cale hasta el núcleo o almendra. A las Cortes les llama pseudo-Cortes y les asigna la función de «relación, de los oligarcas entre sí» (olvidando que había diputados, aunque pocos, fuera del sistema de turno y que gracias a las Cortes lo que ellos decían podía difundirse sin censura por todo el país). A los partidos políticos los trata de facciones, banderías o parcialidades de carácter personal. Sin duda, eran Comités de notables apoyados en el aparato caciquil (me refiero a los partidos de turno y sus secuelas).

En suma; nada se hizo el 68 hablando de libertad y entonando el *Himno de Riego* ni menos aún se hizo después con el liberalismo doctrinario. Todo quedó igual. ¿Por qué? Porque, según Costa, proclamar la libertad sin abatir al cacique no servía para nada. Lo que nos hace pensar de nuevo en Unamuno; todo quedó igual porque no se llegó a lo intrahistórico.

Sin embargo, a través de este texto (y de otros) de Costa se siente siempre una lucha o contradicción entre la intuición que él tiene de las clases sociales (el cacique, incompatible con la li-

bertad, porque representa la propiedad; la nación formada por aquellos cuyos hijos se batieron en Cuba, es decir, por el pueblo, etc.) y la incapacidad para llegar a elaborar un concepto de clase y aún menos de antagonismo entre ellas. Con frecuencia se tiene la impresión de que Costa pensaba más en el campesino miserable de la España minifundista (o ese pobre que coexiste junto al latifundio) como fue su familia, que en el jornalero andaluz y aún menos en el obrero de fábrica o mina. Su mismo concepto de «clases neutras» (ni había ni hay tal neutralidad, ni objetiva, ni subjetiva) le incapacitaba para una conceptualización científica en ese orden de cosas.

Como Picavea y otros regeneracionistas, Costa confunde las causas (estructura agraria atrasada, poder de una oligarquía ideológicamente precapitalista, etc.) con las consecuencias (caciquismo, pseudoparlamentarismo, comités de notables en lugar de partidos). Producto de esa confusión es su *ilusión*, su *espejismo*: la *revolución desde arriba*. Si no hay un problema de clase y de antagonismo social, si no hay una instrumentalización de instituciones al servicio de una dominación de clase, ¿por qué no se realizaría el «milagro» de transformar la sociedad *desde* el Poder sin transformar el *Poder mismo*?

Costa tiene certera penetración cuando dice que se trata de «definir España por lo que es y no por las engañosas ficciones de la Gaceta». Sabe que esa revolución, «su» revolución, consiste nada menos que en transformar la Constitución real del país; por eso dice: «la clave del remedio no está en reformas mecánicas de una u otra ley».

¿Qué propone? Lo que él llama «remedios orgánicos» y «acción quirúrgica»:

1. Fomento intensivo de la enseñanza y de la educación por los métodos europeos.
2. Fomento intensivo de la producción y difusión consiguiente del bienestar material de los ciudadanos.
3. Reconocimiento de la personalidad del Municipio.
4. Independencia del orden judicial.

La política quirúrgica para aplicar su programa era incompatible con el Parlamento (de ahí la divergencia entre Costa y Azcárate y los institucionistas). Pero Costa no pide, como Picavea, que se cierre el Parlamento por diez años. Se limita a propugnar un sistema de estricta separación de poderes. No reincidiremos en el manoseado asunto del «cirujano de hierro», producto momentáneo de la exaltación costiana, hábilmente aprovechado después por muchos que distaban considerablemente del pensamiento de Costa. Baste con recordar que en el resumen de Costa niega expresamente toda identidad entre su «política quirúrgica», su «cirujano», etc., y cualquier género de dictadura. A fin de cuentas, lo que Costa postula es un régimen presidencialista como hoy existen tantos por el mundo.

Lo interesante de Costa es, sin duda, el aspecto crítico-sociológico; cuando entra en el camino de las soluciones, no solamente desciende el tono, sino que muchas de sus sugerencias han servido a que, como decía Azaña, «por encima de la cabeza del cacique se tire contra el ciudadano», o a extrapolarlas para plantear la tesis del «prefascismo» costiano. En verdad que en una situación difícil y de crisis, las críticas contra el parlamentarismo, los partidos, etc., que se quedan en la superficie no hacen sino justificar a quienes pretenden liquidar cualquier rasgo de democracia, creando así una base de masa para una política de fines no menos oligárquicos que la combatida por Costa.

Tampoco Costa, como todos los «regeneracionistas» y al revés que Unamuno o que los socialistas, tenía confianza en el pueblo español y estimaba que «la nación es menor de edad». Y eso es grave; se empieza hablando del «gobierno de los peores», de la exclusión de una llamada «aristocracia natural» creada por la imaginación del autor, y se termina negando a cada hijo de vecino el derecho a intervenir en algo que le es tan vital como los destinos de su patria. Porque… es muy fácil declarar al pueblo menor de edad, pero la facilidad resulta peligrosa a la hora de nombrar los tutores.

Hay que reconocer que el «elitismo» de Costa es evidente y que la dicotomía elite-masa amorfa no deja en él lugar a dudas:

> «El concurso de ésa que hemos denominado en la Memoria elite intelectual y moral era tanto más necesario, tanto más imprescindible, cuanto que todo en España, fuera precisamente de lo que constituye su organización oligárquica, es masa amorfa, indiferenciada[99]».

En el prólogo a *Juan Corazón* (1906) insistirá Costa en «la falta de una élite intelectual y moral, de una aristocracia natural».

Acusa Costa a los intelectuales de haber desertado de su puesto. La acusación, a tres cuartos de siglo de distancia, nos parece injusta. Lo que no podían hacer los intelectuales era movilizarse con «las clases neutras» y las Cámaras de Comercio.

Europeísmo de Costa.

En el Resumen de la *Información* Costa insiste con más fuerza que nunca en la necesidad de europeizarse[100]. La entrada en materia no deja de ser impresionante, sobre todo porque, salvando lo salvable, su esencialidad ha guardado plena vigencia:

> «Que se harán europeos, sin más tardar, los españoles, porque no puede ser otra cosa, he dicho. Y no puede dejar de ser así, por dos distintos órdenes de exigencia: por una exigencia de *fuera*, y por una exigencia de *dentro*».

¿Qué entiende Costa por Europa? Él mismo lo dice: libertad, justicia, cultura, bienestar… Hay, pues, una parte de verdad y

una parte de espejismo. En cuanto a la «desnacionalización» causada por la oligarquía, es probable que Costa recargase sus tintas.

Precisiones y detalles dados de lado, la exigencia de vivir en Europa como se vive en Europa es, ante todo, el reconocimiento de una situación de hecho.

Mucho insiste Costa en el paralelo con el Japón (lo que nos hace pensar que su «europeización» no es exactamente la misma propugnada por Unamuno). Resulta que, según él, el Japón acababa de hacer su «revolución desde arriba» y que para autoerupeizarse, «para llevar a cabo por nosotros mismos aquella europeización», el camino que Costa encuentra es el de la «revolución desde el poder». Tremendo equívoco, desde luego, porque bien verdad es que las revoluciones se hacen después de conquistar el Poder y, por consiguiente, desde el Poder. Pero no era ésa la óptica de Costa, sino la de la «revolución pararrayos» desde arriba, hecha por el Poder ya existente, con el aparato existente y en virtud del sólo cambio de un equipo de gobierno (lo que, por otra parte, se hallaba en plena contradicción con el propósito de desarraigar caciques y caciquismo, cambiar la función de los gobernadores civiles, los procedimientos judiciales, etc.). Recordemos que también en el *Colectivismo agrario* evoca Costa lo que según él se está realizando en Europa, «… el pararrayos de las reformas sociales, satisfacción a la justicia y al espíritu cristiano y preventivo de la revolución».

Manuel Azaña decía por eso: Costa quería que se hiciese una revolución poniéndola en buenas manos; inventó el escultor de naciones, después de haber pensado en la revolución conservadora, digámoslo así, preventiva, hecha por los contribuyentes, que, claro está, se frustró[101].

En nuestros días Jacques Maurice ha hablado del «catolicismo social a la española[102] y lo ha definido funcionalmente: «El so-

cialismo agrario defendido e ilustrado por Costa tenía por función inmediata *prevenir* los riesgos inherentes a la fase de transición de un modo de producción arcaico a un modo de producción más moderno, más "europeo[103]"».

En el fondo, si Costa no tenía confianza en el protagonismo popular, era consecuente consigo mismo postulando una revolución desde arriba. Objetivamente, el reformismo social de Costa (sobre todo de tipo agrario), como el reformismo social, por ejemplo, de un Azcárate, respondían perfectamente a la función histórica del vasto sector burgués que no se hallaba integrado en la oligarquía del Poder. Se va a entrar en el siglo XX y la revolución cuyo protagonista central sean las masas populares adquiere ya matices peligrosos y no se sabe hasta dónde puede ir. Pero la contradicción surge: precisamente porque se ha llegado al nivel de desarrollo de comienzos del siglo XX, esos «contribuyentes», esas «clases neutras», los comerciantes, los pequeño-burgueses no son una fuerza para quebrantar la oligarquía; es imprescindible una vasta operación de alianza con el sector popular que no sólo trabaja, sino que vende su fuerza de trabajo por un salario. Y ahí es donde falla «operacionalmente» el proyecto de Costa.

A veces, más por temperamento que por reflexión, comprende o intuye el alcance de la fuerza laboral. Su discurso de mayo de 1902, que se reproduce luego en *La tierra y la cuestión social*, dice en sus párrafos finales: «… una revolución se acerca, y la más vulgar previsión está pidiendo el pararrayos. El cual pararrayos no es precisamente el máuser, porque puestos en ese camino los jornaleros disponen de un instrumento que tiene mucho más alcance que el máuser, y no lo digo precisamente por la hoz, sino por la funda de la hoz…».

En el *Informe* hay un párrafo que se ha tomado a veces como un llamamiento a la insurrección (así lo creyó Galdós) y, sin em-

bargo, no eso… y es más que eso.

> «Las hoces no deben emplearse nunca más que en segar mieses; pero es preciso que los que las manejan sepan que sirven también para segar otras cosas, si además de segadores quieren ser ciudadanos: mientras lo ignoren no formarán un pueblo; serán un rebaño a discreción de un señor, de bota, de zapato o de alpargata, pero de un señor. No he de aconsejar yo que se ponga en acción el *colp de fals* de la canción catalana, ahora tan en boga, tomando el ejemplo de la revolución francesa por donde mancha; pero sí he de decir que en España esa revolución está todavía por hacer; que mientras no se extirpe al cacique, no se habrá hecho la revolución…».

Las dos citas no son una incitación a la violencia, pero sí a la toma de conciencia y al protagonismo de los trabajadores. Cierto que a Costa, como a tantos autores, se le puede hacer decir todo, tomando cifras de aquí o allá. No es ése nuestro propósito; tratamos de saber lo que fue realmente Costa, el contradictorio Costa, en su contradictoria coyuntura histórica. Y cabe pensar que «un» Costa, desesperado de tanta ineficacia, decepcionado de una burguesía sorda ante las advertencias de dotarse de pararrayos para conjurar la tormenta, se vuelve hacia aquéllos que «ganan el pan con sus manos», como él cuando era un adolescente, porque no queda otro remedio de salvación[104].

Unamuno y Galdós ante el debate de «Oligarquía y caciquismo».

Siguiendo nuestro itinerario unamuniano pondremos atención en esta nueva encrucijada (la Información del Ateneo) en que se encuentran los caminos de Unamuno y Costa. Don Miguel es de quienes responden a la llamada y escribe una extensa respuesta. Su evolución está ya avanzada; «no es el mal el cacique en sí; el mal es cómo el cacique sea», discrepando del juicio de Costa, para quien *cacique* y *bueno* son términos inconciliables.

Sin embargo, en esa etapa de transición, Unamuno, cual los institucionistas, concede prioridad a la educación para resolver los males de la patria. Con una precisión: «la sociedad española,

dice Unamuno, no me parece degenerada, lo repito, sino bárbara, no ha entrado aún en la cultura europea». El principio es de talla; no hay degeneración a lo Nordau ni, por consiguiente, empeño en «regenerar»; no se trata de decadencia. Todavía es Unamuno europeísta y siente que para dejar el nivel de barbarie (intermedio entre salvajismo y civilización) hay que entrar en lo europeo, mediante la educación. Y así dice: «Y en cuanto al "tratamiento médico de acción lenta y paulatina", lo entiendo como acción pedagógica, porque no se trata, a mi parecer, de curar a un enfermo, sino de educar a un bárbaro… Nuestra historia toda es la lucha de un pueblo contra la vida europea, que quería imponerle una minoría. Y esta minoría, minoría de europeos, está en el deber de seguir luchando, pero estudiando mejor al sujeto que trata de educar».

(Puede observarse que persiste la tesis del *casticismo* a través de nuestra historia).

Medios de europeización: 1.º «La industrialización hará mucho, creando necesidades, que es una de las cosas que más ha de menester nuestro pueblo». 2.º «La prensa, contra la que tanto se habla, es el agente más eficaz, junto con el movimiento industrial, de la europeización».

A fin de cuentas, viene a decir este Unamuno ya rector, que cuenta treinta y siete años de edad, el caciquismo no es sino un epifenómeno: «No quiero seguir por aquí, que me llevaría a la que estimo cuestión capital, de la que dependen todas las demás, incluso la del caciquismo: a la cuestión religiosa, que con la economía son los dos goznes de la historia[105]».

No quisiera cerrar estas líneas sobre la información en el Ateneo sin referirme a un escritor que va a reflejar las sacudidas ideológicas que se producen entre el último decenio del XIX y el primero del XX. Galdós no respondió a la invitación de partici-

par en el debate, pero se interesó vivamente por él, como lo prueba el largo artículo publicado en «La Prensa» de Buenos Aires, el 17 de noviembre de 1901, y que hoy conocemos gracias a los trabajos de Shoemaker[106]. Galdós siente simpatía por Costa, pero no se decide a criticar él mismo la plaga caciquil.

CAPITULO XII

CONCEPTO DE TRADICION EN COSTA Y UNAMUNO

Sabemos ya que la tradición «eterna» o «verdad» (es decir, intrahistórica y anticastiza) es la de Unamuno. Se opone por naturaleza a la «castiza», «tradicionalista». Su famoso artículo *Renovación* (31 mayo 1934), escrito al final de su vida, confirma ese punto de vista unamuniano:

«¿Qué? Lo más de lo que ustedes llaman tradición es plagio. Y es traición y traducción. Y poco, muy poco, casi nada, nacional, española[107]». Ahí es donde Unamuno dice, adelantándose a su tiempo (y al Vaticano II): «Y dejemos la blasfemia de que no puede ser buen español quien no es buen católico. En sus últimos años no pensaba así don Marcelino».

Es decir, anticastizo, como cuarenta años atrás; frente al negro o blanco, el todo o nada, en el que se sustenta la trágica dicotomía de buenos-malos. Por anticasticismo escribirá también al final de su vida: «El españolismo contrapuesto a la españolidad. Lo que lleva a la más perniciosa forma de guerra civil». *(Fiesta de la raza*, 12 de octubre de 1934).

Si regresamos al Unamuno joven, releamos *Sobre el marasmo actual*, etc…:

¿Que el pueblo es más tradicionalista aún que los que viven en la Historia? Es cierto, pero no al modo de éstos: su tradición es la eterna.

El 20 de agosto de 1898 se publica en «La Lucha de Clases» de Bilbao la recensión que Unamuno había hecho de *Colectivismo agrario* .Sin duda, allí confunde don Miguel el socialismo con las doctrinas de Costa («georgismo», o mejor y más nacional, colectivismo agrario de Flórez Estrada), lo que no debe extrañar demasiado, pues ya había dejado de ser socialista. Sin embargo, es allí donde se explicita el concepto unamuniano de tradición:

«Todos los que se llenan la boca con aquello de las Venerandas tradiciones de nuestros mayores deben aprender en la obra de Costa cuáles son las tradiciones de nuestro pueblo, no la bullanga de Pavía, Otumba, Lepanto, etc., sino las tradiciones íntimas… Allí verán cómo el régimen del concejo de Liébanes, por ejemplo, es mucho más glorioso para España que la rendición de Breda».

La afirmación es de talla, y si bien está orientada en sentido axiológico (qué *vale* más o menos para la gloria nacional), también tiene aplicación en sentido epistemológico (qué permite llegar mejor al conocimiento de la intrínseca realidad española).

En el artículo *Renovación* que publica Unamuno en «Vida Nueva» (31 julio 1898, a no confundir con el del mismo título publicado en «Ahora» treinta y seis años después), puede verse la base costiana que tiene la concepción de la historia (o intrahistoria) unamuniana:

«No creo quede ya otro remedio que sumergirnos en el pueblo, inconsciente de la historia, en el protoplasma nacional, y emprender en todos los órdenes el estudio que Joaquín Costa ha emprendido en el jurídico. Hay que aprender a desengañarse de Segismundo, que soñó historia; y a vivir del Alcalde de Zalamea». He aquí una clave para comprender los capítulos centrales de *En torno al casticismo*.

Muerto Costa, el Unamuno casi quincuagenario pública en la revista «Nuestro Tiempo» (marzo 1911) un trabajo escrito, sin duda, con la rapidez de las circunstancias y titulado *Sobre la tumba de Costa* («A la más clara memoria de un espíritu sincero»). Aquí Unamuno, que ya no es europeísta, afirma que Costa tampoco lo era y, llevado por su concepción del carlismo popular como expresión intrahistórica, establece su paralelismo con Costa:

«Tenía (Costa) muy poco de europeo. Su método era de intuición, de adivinaciones parciales, y, sobre todo, de fantasía y retórica, aunque éstas se ejerciesen sobre datos».

«Hay en la vida de Costa —sigue Unamuno— otra viceversa o antinomia, y es que apareciese como republicano, él, cuyo programa político es con el del carlismo con el que tiene más analogías. Con el carlismo, sí. Dejémonos, desde luego, de todas esas vacuidades del clericalismo y el absolutismo, y mucho más del Cura Santa Cruz y de Flix.

»El carlismo es el representante, con todo lo bueno, pero también con todo lo malo, de la vieja y castiza democracia rural española, de lo que Menéndez y Pelayo ha llamado la democracia frailuna. El carlismo puede decirse que nació contra la desamortización, no sólo de los bienes del clero y los religiosos, sino de los bienes del común».

Naturalmente, ahí se toma don Miguel libertades de veinte años de diferencia con la historia, pero no es menos significativo su intento de situar a Costa en una tradición agraria: «Con esa democracia rural de calzón corto; con ese colectivismo que lejos de ser el que el socialismo propugna, es todo el contrario de éste, pues el de Costa era un colectivismo retrospectivo y no el que el industrialismo puede traer…». Don Miguel pone aquí el dedo en

la Haga de las lagunas que las ideas de Costa ofrecían ante la sociedad de su tiempo (que ya no era el de Flórez Estrada).

Pasaron los años y don Miguel (que siempre guardó respeto y admiración por Costa) abordó de nuevo el tema en el discurso de homenaje al polígrafo de Graus pronunciado en el Ateneo de Madrid el 8 de febrero de 1932.

«Aquel hombre —dice Unamuno— tenía la preocupación de la Historia, y como era un historicista, era también un tradicionalista; un hombre que vivía por y para la tradición, comprendiendo, como es natural, que la tradición es una misma cosa que el progreso, como el progreso es progreso de una tradición. Para que marche un carro es menester que haya un carro (*sic*). Este hombre era un tradicionalista hasta en el sentido específico que en España se da al tradicionalismo… (…). Y era también, en este sentido, un conservador. No hay que asustarse de la palabra. Era; naturalmente, y sobre todo, un español. ¡A él sí que le dolía España! Era español. Fomentó aquello de la europeización, inventó lo de la europeización en puro españolismo, porque era, como Job, un hombre de contradicciones interiores…».

Ciertamente, hay una parte de la obra costiana que es investigación histórica e incluso mirada vuelta hacia la tradición; no menos cierto es que Costa (y lo mismo le ocurrirá al Unamuno del siglo XX) apenas veía la textura sociológica española como no fuera con óptica agraria. El modo de producción de la sociedad capitalista le resultaba ajeno, a pesar de que su identificación coyuntural con la burguesía media hacia 1900 le hizo escribir algunas páginas de exaltación de la fundación empresarial como las anteriormente citadas.

El Costa tradicional es, probablemente, el de *Colectivismo agrario*, pero no tradicionalista según el común entender (como parece querer presentarlo el Unamuno anciano). Costa revive toda la

tradición antifeudal y antiseñorial. Pero si era casi normal que Flórez Estrada no viera más allá del campesino trabajador y del artesano de las ciudades, que Costa padeciese igual miopía era ya un anacronismo. Tampoco había visto Costa que uno de los grandes males causados por las desamortizaciones fue el de desviar hacia la compra de bienes nacionales capitales susceptibles de inversión industrial (pero ésta es otra historia y asaz compleja).

Sin embargo, hay páginas de lucidez «moderna» en *Colectivismo agrario*; por ejemplo, cuando escribe que «uno de los mayores méritos de Martínez de Mata consiste en haber adivinado el peligro que corría España con haberse constituido exclusivamente agricultora; la apremiante necesidad de que se transforma en potencia manufacturera y comercial, etc».

A lo largo de todo ese libro queda patente la idea de *intervención* del Estado, sobre la que habrá que volver al tratar del llamado neoliberalismo de Costa. Pero la tradición que allí se expone y defiende no es la del intervencionismo, sino la de organismos y comunidades a nivel local; es la tradición de los hombres sencillos, de los villanos, de los pecheros. Y ahí viene el punto de coincidencia Costa-Unamuno; es todo lo contrario de la «tradición tradicional», que es la de las clases dominantes; la que recuerda y quiere perpetuar los «acontecimientos» de sus gobernantes, de sus guerreros, de sus diplomáticos; se ha tratado siempre de transmitir la «gloria» de batallas coloniales o de invasión en campos de Europa, el poder de la realeza al alba del Estado moderno encarnado en Isabel y Femando; la religión como «ideología» de clase dominante cubriendo, por ejemplo, la batalla de las Navas de Tolosa, la tradición jacobea o la expulsión de los judíos. Esa tradición de clase dominante es la que expresamente combatieron en muchos textos Costa y Unamuno (como

también la mayoría de los institucionistas); es la exaltación de los valores del antiguo régimen. Se comprende perfectamente que fuese en 1898 y años que le siguen cuando la práctica del antiguo régimen (más exactamente es una práctica residual dirigida por un núcleo social dominante que procede de ese antiguo régimen) hace bancarrota, cuando se siente en muchos intelectuales la necesidad de derribar unos valores que ya había demostrado su inviabilidad.

La importancia que Unamuno concede al concejo de Liébanes (puro pueblo enfrentado con la gloria oficial de Breda transmitida por el pincel de Velázquez) y a quienes trillaban con sus bueyes en las horas de la invasión musulmana es, si se quiere, intrahistoria, pero no es menos la tradición del trabajo (y no la de los nobles a quienes el trabajo deshonraba), la tradición de las estructuras socio-jurídicas de las gentes sencillas, la tradición olvidada por los tradicionalistas.

Lo castizo, lo blanco y negro, la exaltación de valores «calderonianos», el «sostenella y no enmendalla»… todo ello pertenece al sistema ideológico de la feudalidad (en su acepción extensa), de los señores, así como la Inquisición pertenece a la tradición institucional del mismo sector social. La «casta histórica Castilla», que según Unamuno crea —dominando— la nación, es quien va a engendrar la ideología calderoniana del siglo de oro; y ahí tendremos lo *castizo*.

Creo que Unamuno, aunque atraído ya por otros temas, no deja de madurar sus conceptos sobre lo histórico. Y me parece imprescindible señalar, una vez más, ciertos vínculos espirituales con los hombres de la Institución en esa búsqueda de nuevas bases historiológicas. De 1904 es el breve pero sustancioso artículo de Manuel Bartolomé Cossío *Sobre la enseñanza de la Historia en la Institución*[108]. De él entresacamos lo siguiente: «Esta (la historia),

como se ve, tiene desde el comienzo carácter de Historia de la *cultura*. No sólo porque no se reduce a mera Historia política (que, por el contrario, representa muy poco en este grado), sino porque, ante los objetos y las láminas, base principal por ahora de la enseñanza, se habla más de los *pueblos* que de los *personajes*: »…«el verdadero sujeto de la Historia no es el *héroe*, sino el *pueblo entero*, cuyo trabajo de conjunto produce la civilización».

Sabemos que esa orientación respondía a la concepción de Altamira de «historia de la civilización»; pero al mismo tiempo es un punto de apoyo de la idea de tradición (y de lo histórico auténtico) en Unamuno y Costa, como es, en general, un cambio total en la concepción del objeto y del protagonismo de la historia que corresponde netamente a la irrupción hecha por la ideología de la burguesía liberal e incluso por cierta visión del mundo que otorga prioridad a los sectores populares de la sociedad.

La concepción de Unamuno a la que hacía referencia, me parece expresada mejor que nunca en el discurso que leyó con ocasión de la apertura del curso académico 1900-1901, el 1.º de octubre de 1900, cuatro semanas antes de ser nombrado Rector de aquella misma Universidad de Salamanca. Hay en ese texto un intento de definir la historia (lo que no hay en otros) que descansa, desde luego, en la idea de intrahistoria y en su oposición al acaecer superficial y ruidoso.

> «Historia es lo que en torno vuestro ocurre, el motín de ayer, la cosecha de hoy, la fiesta de mañana. Sólo con el *hoy aquí* entenderéis rectamente el *ayer allí*, y no a la inversa; sólo el presente es clave del pasado y sólo lo inmediatamente próximo lo es de lo remoto. Lo que no descanse de una manera o de otra en el presente, ya a flor de él, ya en su lecho de roca sedimentado, no fue más que fugitiva apariencia. Es el presente el esfuerzo del pasado por hacerse porvenir y lo que al mañana no tienda en el olvido del ayer debe quedarse».

Esta concepción de lo histórico en función del porvenir está sin duda teñida de cierto pragmatismo. Pero de ella se desprende también: a) la negación del *tradicionalismo* en el sentido de que los valores y normas del pasado tengan vigen-

cia en el presente; b) lo que queda del pasado con verdadera solidez es hoy *presente*; lo intrahistórico sigue siendo presente.

Veamos la continuación del texto:

> «En la historia apenas se oye más que a los bullangueros y vistosos; los silenciosos y oscuros, que son los más, callan en ella y por ella se deslizan inadvertidos. Oyese en la nuestra el trotar de los caballos de los moros que invadieron nuestro suelo, pero no el lento y silencioso paso de los tardos bueyes que trillaban en tanto las mieses de los que muy de grado se dejaron conquistar. Y sin la comprensión de esto es aquello incomprensible[109]».

La imagen es ahora más ajustada, y a la vez más efectista, que nunca; la sonoridad del «acontecimiento» y la lentitud y solidez del trabajo «intrahistórico» alcanzan su mayor penetración. Lo aparencial es el «acontecimiento», los guerreros musulmanes ocupando la mayor parte de la Península; lo esencial es el trabajo, es la producción de bienes (y, de paso, Unamuno señala la mitificación de la «conquista», puesto que aquellos hombres «muy de grado se dejaron conquistar»). Es explícito; sin esto (sin el trabajo, sin el conocimiento de la producción y de todo lo que de ella se deriva: costumbres, mentalidades, vida cotidiana, etc.) aquello es inexplicable, aquello que refulge siempre al trotar de los caballos, al estampido de los cañones o incluso de las explosiones nucleares.

CAPÍTULO XIII

CONCEPTOS DE PUEBLO Y NACIÓN EN COSTA Y UNAMUNO

El joven Unamuno de *En torno*... concibe siempre la nación como una entidad supraestructural creada encima de una realidad básica formada por el pueblo. En el último capítulo es donde más claramente se advierte esa conceptuación; llega a ser la tesis final del libro; toda la salvación está en el pueblo. Pero ¿qué es el pueblo?

En el apartado V de *Sobre el marasmo*... (O. C., t. I, página 867) parece mostrarse partidario de la idea alemana del *Volkgeist* que había sido proporcionada por la Escuela histórica.

Más adelante, en el apartado VI, dice al empezar: «Es una desolación; en España el pueblo es masa electoral y contribuible. Como no se le ama, no se le estudia, y como no se le estudia, no se le conoce para amarle».

Y más adelante:

«¿Qué el pueblo es más tradicionalista aún que los que viven en la historia?... Es cierto, pero no al modo de éstos. Su tradición es la eterna». Y de nuevo interviene su teoría de la irrupción de lo subconsciente en la historia, esto es, irrupción de lo intrahistórico en lo histórico.

Pero lo que nos parece esencial es que para Unamuno todo eso se contrapone a lo específicamente nacional; para él el pueblo se

hunde en «el protoplasma universal humano». Lo popular le resulta más humano que lo nacional.

El pueblo nos sustenta a todos, dice al final del libro, y líneas antes ha dicho que los que buscan el «pasado histórico» o «el presente momento histórico»… «no son más que instrumentos de empobrecimiento espiritual de un pueblo». En suma, para el joven Unamuno, lo *popular* se opone a lo *castizo*. Una vez más, tesis-antítesis, sin solución en el nivel de la síntesis, es decir, sin llegar a pueblo=nacional o, mejor dicho, a lo de ser nacional *porque es popular*, concepción a la que llegará, por ejemplo, Antonio Machado, para quien los máximos valores patrióticos y nacionales están representados por el pueblo (y en Machado pueblo=hombre que gana su pan trabajando).

Unamuno escribe en 1896 su artículo *La crisis del patriotismo* en donde opone la idea de pueblo a lo nacionalista, llegando a su conocida frase de que «cuanto más se diferencien los pueblos, más se irán asemejando, aunque esto parezca forzada paradoja, porque más irán descubriendo la humanidad de los mismos. El pueblo es en todas partes lo más análogo. Tratan de separarlo para vencerlo mejor, los que en todas partes lo explotan».

Su artículo *Más sobre la crisis del patriotismo* (publicado en la revista «Nuestro Tiempo» de Madrid, marzo de 1906) es un alegato en favor de la integración de las más diversas modalidades en una nación compleja, «la Patria grande, rica, variada, compleja». Frente a ella cree ver alzarse la rigidez de la patria «castiza» que Castilla quiso imponer. «Se buscaba —dice— la unidad pura; la unidad con la menor heterogeneidad y diferenciación de partes; la simplicidad, en una palabra».

Según don Miguel esa visión o concepción se expresa, por ejemplo, en un Hernando de Acuña cuando escribe:

«una grey, y un pastor sólo en el suelo, un monarca, un imperio, una espada».

«Ese simplismo —dice— produjo el Tribunal de Santo Oficio, instrumento de unificación».

Por fin, en su artículo *Algo de historia*, publicado en «La Nación» de Buenos Aires de 12 de noviembre de 1917, vuelve Unamuno a enfrentar los conceptos de nación oficial y pueblo: «… esa nación oficial que no es más que una hipoteca de los tenedores de la Deuda y una finca de los dueños de latifundios agrarios, fabriles o mercantiles». (Diríase que escribía el joven catedrático del 95).

También en «La Nación» (16 de marzo de 1918) habla Unamuno de una nueva Internacional que se construiría partiendo del fracaso de la precedente: «La Internacional que haya de fundarse sobre las naciones, teniendo a éstas en cuenta y aceptándolas sobre las personalidad individuales y colectivas y para afirmarlas y desarrollarlas, esta Internacional no cabe decir que haya fracasado. Apenas se inicia. Y ésta será la Internacional de los pueblos». Idea confusa desde luego, que todavía se hace más al evocar el lema de Mazzini: ¡*Dios y Pueblo*!

A fin de cuentas las definiciones precisas han faltado; y, sin embargo, la diferencia entre Pueblo y Nación se venía estableciendo ya en el siglo XIX por quienes se dedicaban a la Teoría del Estado liberal. El pueblo —*Volk*— había sido considerado como una formación cultural; para algunos (Herman Heller) *se convierte en nación* «cuando la conciencia de pertenecer al conjunto llega a transformarse en una conexión de voluntad política».

Se llega también a la confusión entre Nación y Pueblo. Eso sucede a partir de Rousseau. Ya sabemos cuántas confusiones ha habido entre «soberanía nacional» y «soberanía popular». Y es

que resulta harto peligroso confundir *la volonté unitaire du peuple con la volonté générale dé l'Etat*.

¿Pueblo es el todo? ¿O Pueblo son ciertas clases sociales? ¿Qué sentido tiene soberanía popular, etcétera? ¿Y el despectivo «pueblo soberano» en boca de los aristócratas vencidos?

¿Y Nación?, ¿conjunto cultural?, ¿territorial?, ¿unidad lingüística o económica?, ¿voluntad de acción política?, ¿un proyecto común, un plebiscito constante?, ¡qué se yo! Lo que sí se perfila es que *lo nacional* tiene unas bases vinculatorias y definitorias ajenas a *lo social*, a las clases. Por el contrario, *lo popular* tiene una carga social y sólo puede definirse a base de sus vinculaciones con los conceptos de estructura social, estratificación, etc. Ahora bien, dinámicamente, tampoco se puede comprender lo nacional sin conocer el comportamiento y los intereses de cada clase social en cada coyuntura.

Joaquín Costa parece centrarse más sobre la idea de lo popular = lo nacional, estimando incluso que las clases superiores han desertado de la nación. En «Oligarquía y Caciquismo» leemos:

«Dice bien un periódico democrático, a propósito del grito de Gijón ("¡abajo el caciquismo!, ¡viva el pueblo!", agosto de 1900), que ese grito significa decirles a todos los que gobiernan y a los que aspiran a gobernar que la libertad es una palabra vana, llena de viento, mientras subsista el caciquismo; es sintetizar en una fórmula sencilla las aspiraciones nacionales; es oponer política a política y sistema a sistema; es establecer como principio y axioma que *para que viva el pueblo* es preciso que desaparezca la oligarquía imperante (hay una nota a pie de página con la referencia al periódico "Heraldo de Madrid", 21 de agosto de 1900). Para que viva el pueblo, sí; pero, además, *para que subsista la nación* porque el pueblo quiere que subsista[110]».

Compréndase bien que no se trata de una identificación o confusión entre los conceptos de pueblo y nación, sino de apoyar la realidad nación sobre la realidad pueblo. Realidad *pueblo* que no es lo mismo que *población* (de ahí toda la divergencia con la teoría del Estado liberal); pueblo es en Costa una categoría social, aunque todavía imprecisa.

«Pueblo que no es libre —dice—, no debe esperarse que se preocupe de la bandera, sobre todo cuando la psicología nacional ha mudado tan radicalmente como la nuestra desde 1898».

El profesor Carlos Serrano, que ha realizado un penetrante estudio de la noción de pueblo en Costa[111], tras explicar cómo se forma en él la idea de pueblo (en relación de oposición a «lo extranjero, primero», y, partiendo de ahí, en relación de oposición de «los humildes» a «los pudientes»), escribe: «Progresivamente se ve así surgir una nueva definición de *pueblo*, que cesa de significar la totalidad de la colectividad, y tiende a reducirse a las clases populares de la nación, en oposición a las clases dirigentes».

Ciertamente, Costa habla con frecuencia de «clases gobernantes», etc; que han faltado a su deber histórico y nacional; y se encamina a una reducción —y precisión— del concepto *pueblo*. Claro que si decimos *clases populares de la nación* incurrimos en tautología. El tema es fundamental, porque tal vez algunos aspectos de la historia de España habría que interpretarlos desde un concepto de «revolución popular» todavía no elaborado científicamente; para llegar a él hay que partir de una clarificación rigurosa de la estructura de clases (y fracciones, de clase, capas sociales, estratos, categorías, etc.) sociales. ¿Dónde termina el pueblo y dónde empiezan las clases dirigentes (yo prefiero el término «dominantes»)? ¿Dónde la burguesía deja de serlo para convertirse en pueblo? Rara vez hubo frontera tan mal definida para término del que se usa y abusa en todas las latitudes. Reconozca-

mos que durante más de un siglo se ha usado de él demagógicamente con harta frecuencia (por demagogos de izquierda y de derecha) y ha sido matizado por las más diversas connotaciones.

Puede decirse, empero, que Costa plantea constantemente las conexiones entre lo popular y lo nacional (mientras que Unamuno cargaba en las contradicciones). Si utilizamos la conceptuación instrumental de clases sociales (más precisa, pese a los pesares, que la de pueblo), en cada ciclo histórico encontramos varias clases sociales (y dentro de ellas, una clase hegemónica, cuya ideología «penetra» a las demás) que representan los intereses, los fines y hasta la voluntad de lo nacional. Pero nunca su protagonismo histórico es sin conflicto (la no-conflictividad, hasta ahora, es la no-historia). Enfrente hay otra clase o bloque de clases (con otra que puede ser hegemónica entre ellas). Independientemente de que un bloque u otro tenga el Poder, lo cierto es que los intereses de ambos bloques en pugna no pueden coincidir al mismo tiempo con el interés nacional. Para volver a la coyuntura finisecular de que trata Costa, es uno de esos casos en que una clase o bloque de clases (o alianza, que no es lo mismo) tiene ya caducado su capacidad de dirección si se obstina en guardar o en reconquistar el Poder, se divorcia de lo nacional: los ejemplos son múltiples y podemos elegir entre los más conocidos; la nobleza francesa reunida en Coblenza de acuerdo con los invasores de la patria; una mayoría de la gran burguesía, francesa cuya política del decenio de los treinta se inspiró por el lema «plutôt Hitler que le Front Populaire» y, en efecto, contribuyó al pacto de Munich, a la derrota del 40, y colaboró con el invasor. Costa, como «Clarín» y tantos otros, tomaban ejemplos de nuestra guerra de Independencia. Pero Costa va muy lejos en «Oligarquía y Caciquismo». Para él los «componentes del régimen oligárquico» son «extraños a la nación y contrapuestos a ella». Coloca a la oligarquía fuera de la nación.

Si emprendemos un estudio sociológico no podremos confundir la pertenencia a la nación con la identificación a sus intereses; no es lo mismo obrar contra el interés nacional que estar fácticamente al margen de la comunidad nacional. Y, sin embargo, para Costa no es más que «un cuerpo extraño, como pudiera serlo una facción de extranjeros apoderados por la fuerza de Ministerios, Capitanías, telégrafos, etc.». La exageración es palmaria. Carlos Serrano no la carga en la cuenta del temperamento de Costa, sino de su concepción del pueblo; los «humildes» son el pueblo, y el cacique es quien impide que se exprese «la voz del pueblo». Obrando así, el cacique se presenta como «agente de destrucción de la nación» y Costa lo equipara a un enemigo del exterior.

El profesor Serrano pone buen cuidado en señalar esa hipertrofia que hay en el pensamiento costiano del papel del cacique «sin duda importante, pero probablemente secundario en tanto que no es sino la emanación de una situación económica en la cual el poder está en manos de los grandes terratenientes[111bis]».

Pero hay más; la deserción de los deberes nacionales también la ve Costa en el sistema de servicio militar redimible por dinero que estaba en vigor cuando las guerras coloniales del 95 al 98 (sólo será abolido por Canalejas). Conocidos son los párrafos de «Oligarquía y Caciquismo» en que partiendo de un discurso de Martínez Campos en el Senado (en el que se cometía la torpeza de decir que las madres de los soldados que se batían en las Antillas «se desprenden de ellos por puro patriotismo»).

> «Pero daba la casualidad de que sólo las madres de las clases populares habían dado tales señales de patriotismo, desprendiéndose de sus hijos por el honor y por la paz de España; que la clase llamada gobernante había echado la llave a las Cortes el día en que iba a discutirse el servicio militar obligatorio, y se había guardado los hijos en casa, sin mandar a la guerra ni una mala compañía de *rough-riders* por honor siquiera de la clase, ya que no fuese por amor a lo que, profanándola, denominaba patria[112]».

Opone Costa clases populares a clase (llamada) gobernante, por donde se infiere que lo que entiende por pueblo está excluido de la dirección de asuntos del Estado. Si históricamente hablando, la afirmación parece inobjetable, tiende en cambio a reducir demasiado el área de lo popular, al identificarla con quienes no tenían ninguna posibilidad de redimir a sus hijos del servicio militar; las clases medias urbanas e incluso la entonces rara fracción de obreros calificados daban escaso porcentaje a las filas del Ejército, nutridas fundamentalmente de hijos del agro.

Que Costa quisiese formar un partido llamado *nacional* no deja de ser significativo. Sin embargo, contra lo que algunos han supuesto, Costa no proyectaba un partido de conciliación de todas las clases. El programa en doce puntos (que resume en tres, un poco a la manera de Tablas de la Ley), no solamente presupone la extirpación del caciquismo, sino que lo que entiende por *europeización* representa un nivel de equipamiento social muy elevado (con ineludibles repercusiones en las finanzas públicas y en la política fiscal), una gran masa de inversiones en el sector agrario, creación de una verdadera clase media campesina, municipalización de los servicios públicos explotados por compañías privadas y otras varias medidas que ineludiblemente chocaban con los intereses de la gran propiedad agraria (agrícola y ganadera) y con algunos de grandes compañías anónimas entonces de reciente creación.

CAPÍTULO XIV

CONCLUSIÓN

Al cabo de este recorrido, forzosamente incompleto, por algunos aspectos ideológicos de la coyuntura de finales del XIX (y comienzos del XX, que todo es una) nos preguntamos qué consecuencias es posible obtener. Si la ruptura de la hegemonía ideológica se vino preparando durante casi un decenio, los años que hemos estudiado y las figuras que han llamado nuestra atención son muy representativos de aquélla. Con sus vacilaciones, sus imprecisiones, sus ensoñaciones también, nuestros dos autores muestran una voluntad no sólo de crítica, sino de estudiar las realidades poniendo los hechos sobre sus pies y no en posición invertida (óptica deformante).

El Unamuno de finales de siglo abre campo a las concepciones de la historia que dominarán en nuestro siglo. No hay, sin embargo, que sacar las cosas de quicio. En el fondo su pensamiento no es dialéctico, hegeliano (y menos aún marxista, en cualquier sentido y de entrada en lo que tiene de metodología sociohistórica). Hay un «fijismo» por debajo —o por encima— de ese pueblo que, según él, no cambia. ¿Por qué Unamuno apoya sus razonamientos sobre los campesinos que apenas han cambiado, y no sobre los obreros de su tierra vizcaína, en pleno cambio? Elias Díaz[113] señala esto diciendo que se trata «de una dialéctica idealista que no genera síntesis», y cita ampliamente a Blanco Agui-

naga[114]. Cree éste que en Unamuno «bajo la obra histórica se esconde una realidad estática y más real que la Historia misma».

Por nuestra parte, insistimos en que las «varias lecturas de Unamuno», la polifonía de su obra, permiten diversas estimaciones. En su coyuntura, ciertos párrafos de Unamuno, ya en *En torno*…, ya en diferentes artículos, tienen no sólo el valor de ruptura de la ideología dominante, sino de anunciar etapas venideras de la historia, de apoyarse en la confianza dada al pueblo, en valorar de hecho (con toda la garrulería que se quiera) la historia del trabajo, de los bienes que produce, de los hombres que producen aquéllos, muy por encima de la historia de acontecimientos que hoy nos parece muerta y enterrada (tal vez así lo pensamos con demasiado optimismo), pero que entonces estaba viva y dominando en todos los lugares de lo que ahora llaman «aparato ideológico» (expresión sobre la que todavía habría que afinar y reflexionar).

En cuanto a Costa (cuyo poder de irradiación en aquel tiempo fue igual o mayor que el de Unamuno treinta y tres años después), el solo hecho de su crítica al liberalismo doctrinario lo sitúa como paradigma del cambio ideológico.

Elias Díaz ha dicho que «la actitud de Costa suponía una muy profunda crisis de confianza en el liberalismo, por lo menos en las posibilidades del liberalismo en ese momento de la historia que es precisamente cuando empiezan a manifestarse claros síntomas preautoritarios y prefascistas, plenamente desenvueltos en él, primer tercio de nuestro siglo. Costa, de fondo indudablemente liberal, se puede decirse, expresión objetiva de esa crisis del liberalismo[115]».

Pienso que esa crisis se expresa en Costa no como simple protesta sentimental de un intelectual frente a la injusticia, sino con sólidas bases sociológicas. Los ejemplos a tomar son múltiples;

escojo uno, que me parece fundamental, de un discurso sobre la república, reproducido en *La tierra y la cuestión social*, págs. 52 y ss.:

> «Esa libertad no se cuidaron más que de escribirla en la "Gaceta" creyendo que a eso se reducía todo; porque no se cuidaron de afianzarla dándole cuerpo y raíz en el *cerebro* y en el *estómago*; en el cerebro, mejorando y universalizando la instrucción; en el estómago, promoviendo una transformación honda de la agricultura… Se contentaron con la sombra, olvidando la verdadera sustancia de la libertad y su verdadera garantía, que se hallan en la escuela y en la despensa; y el fracaso era inevitable. *No vieron que la libertad sin garbanzos no es libertad*[116]. Ni vieron que por encima de todas las Constituciones y de todos los derechos individuales y de todas las urnas electorales, el que tiene la llave del estómago tiene la llave de la conciencia, y, por tanto, que el que tiene el estómago dependiente de ajenas despensas no puede ir a donde quiere, no puede hacer lo que quiere, no puede el día de las elecciones votar a quien quiere…».

Ahí la crítica de Costa desborda el tingladillo de la Restauración (que podía criticarse desde una óptica estrictamente liberal) para atacar la concepción entera del liberalismo burgués. Y no se le tilde de prefascista, puesto que no quiere prescindir de la libertad (ni de las libertades), sino hacer de ellas una realidad. Recuérdese que el fascismo vino porque esas «libertades» sin despensa fueron debilitándose, quedaron inermes, y que con él no hubo libertades, cierto, pero tampoco despensa ni escuela.

ANEXOS

Discurso de Joaquín Costa en el Teatro Circo de Zaragoza, la noche del 15 de febrero de 1899.

El orador principia su oración aludiendo a la regeneración de España. «Aún hay esperanza —dice— porque los políticos comienzan a sentirse inferiores al pueblo heroico, sufrido, especie de Cristo, condenado a sufrir las culpas de aquéllos».

Así lo dijeron Pidal y Silvela en la Asociación de la Prensa de Madrid, reconociendo pecadoras a las clases directoras. Después Moret proclamaba que la policía mataba al país.

Aquí, en Zaragoza, donde a estacazos se hace justicia contra los que cambian los billetes apresurando la bancarrota (*aplausos*), aquí nació, a los gritos de las mujeres, el servicio obligatorio.

Evoca el recuerdo del 15 de junio de 1808, instante crítico de la guerra de Independencia. Entonces, según dice un cronista de los sitios de Zaragoza, se dio el primer impulso a la derrota de Napoleón con la batalla de *Las Heras*.

«Aquí se retrata el ser entero de Zaragoza que ha sido y es alma de la regeneración».

Que despéjen los políticos, que se retiren para que gobiernen los anónimos, el pueblo, los sanos. Esto es

tanto más necesario, cuanto que a nuestra independencia tienen puesto el cerco más estrecho villanos políticos. Éstos han vivido fuera del ambiente del país, pues viven en invierno y en verano en el extranjero.

A los políticos les persiguen millares de madrés que han perdido sus hijos en Cuba, llamándoles ¡asesinos!, ¡asesinos! (Ovación indescriptible, que se prolonga con verdadero frenesí, levantándose los asistentes que aclaman y vitorean a Costa, y durante muchos minutos se interrumpe el discurso).

Continúa Costa defendiendo que todo debe fundarse en la política hidráulica. El Ebro es el río de las grandes canalizaciones; tiene cuatro canales construidos, siete en proyecto o construcción. Esta vega no ha surgido por obra de la naturaleza, sino por obra de los aragoneses.

Madrid ha levantado una estatua a Cervantes; Zaragoza a Pignatelli. El primer estadista de España, el conde de Aranda, que era aragonés y jefe de un partido, fue un político de acción muy poco hablador.

»No podemos regenerarnos sino con Gobiernos y Parlamentos silenciosos. Yo aborrezco los almendros, por lo que se parecen a los políticos. Prometen fruto espléndido y todo queda en flor, y además hacen sombra a los viñedos. Así como el pueblo arranca los almendros cuando las viñas producen, así hay que arrancar tantos empedernidos políticos, Pero España ha de decidirse a hacerlo; no ha de contentarse con el deseo, acabar con los retóricos, no imitando el ejemplo del baturro de Riela, para el que todo eran inconvenientes.

España postrada, permitiendo el ejército de repatriados, parécese a Cristo que consiente en la muerte y después impreca a su Padre porque le ha abandonado.

(*Aplausos*).

Zaragoza ha conservado la costumbre de asociar la poesía popular a las desgracias de la patria. En cambio, la *Marcha de Cádiz* ha sido el himno de la masa «hojalatera», de los que se quedaban, de los que no iban a la guerra. Y la jota será seria, honrada, la que se canta al trabajar, la que impulsa el arado, el himno de la regeneración.

Abandonada España del cielo, de Europa, de sus gobernantes, no cumplirá como bueno el político que en el poder o en la oposición se acuerde de su persona sin preocuparse de los quince millones de obreros, labriegos, mineros, viudas, repatriados.

En Cuba han muerto docenas de miles, ochenta mil quizá (*una voz que sale del público: «¡Muertos de hambre!». El orador continúa pintando la situación de los soldados*); se falsificaban las medicinas, morían como perros en los basureros. No sólo en Cuba, en la Península mueren miles de criaturas de inanición, de hambre, por abandono, crimen de Diputaciones provinciales (*aplausos delirantes*).

Esos niños son la imagen de la España hambrienta, en andrajos, especie de madre desolada después de haberle crucificado su hijo, Cuba, Filipinas. (*Los aplausos llegan al paroxismo; Costa habla llorando*). Valdría más ser de Francia o de Inglaterra que continuar así (*aplausos formidables*).

Los políticos han desaparecido en el deshonor, sin dejar otro rastro de lagunas de sangre. La política nueva es de piedad efusiva y con entraña evangélica, y no cabe, por tanto, dentro de los partidos. Por eso la Cámara de Barbastro ha pensado aplicar tales principios nuevos al Gobierno de la patria.

Recuerda que Sagasta ofreció no ha mucho presentar proyectos de regeneración, y no ha cumplido nada. «Ha engañado nuevamente al país, pareciéndose en esto a los Reyes Magos que siempre se anuncian y nunca llegan»(grandes aplausos. El señor Paraíso distínguese en aplaudir más que nadie).

Los políticos hipócritas nos engañan poniéndonos las urnas del sufragio por espejuelo. Aquel grito de España con honra debe ser hoy el grito de todo buen español. La patria acaba de caer más deshonrada que pudo estarlo jamás por los vicios de sus reyes. Esta gran Torre Nueva que llamamos España, mitad caída, mitad levantada, no es imposible de reconstruir. Pero se necesita una legión atlética; se necesita que los gigantones se conviertan en seres de carne y hueso. ¡Oh, ilustre pueblo de Aragón, sálvanos a tantos que preferimos morir antes que ver a la patria pasto de los buitres de Inglaterra!

A continuación habla de la persona «que al trazar apretadas líneas de escritura imita al labrador cuando abre surcos en la tierra. "También la prensa ara, siembra y cultiva los campos espirituales. Ya lo dijo en metáfora Gutenberg. El campo son las blancas cuartillas; la negra tinta es la simiente; las manos son la reja del arado"» (*aplausos*).

Saluda luego al alcalde de Zaragoza, verdadera representación del pueblo, y después a los presidentes de las Cámaras, tributando elogios al señor Paraíso.

«Imitemos —termina— la antigua fórmula de rey muerto, rey puesto. España ha muerto, ¡viva España !»(*Gran ovación*).

La gente vitorea a Costa, se precipita a abrazarle y prorrumpe en frenéticas aclamaciones.

FUENTE: «El Liberal», de Madrid, 16-2-1899.

N. B. Hemos transcrito este texto, transmitido al periódico por teléfono desde Zaragoza por Luis Morote, que estaba allí como enviado especial, según las notas que fue tomando sin ningún arregló. Costa empezó a hablar a las nueve de la noche y la comunicación telefónica es de las nueve horas treinta y cinco de la noche. Como puede verse, se trata de una pieza oratoria de circunstancias con toda clase de recursos para la galería, algunos de tinte demagógico. Hemos creído conveniente dar a conocer esta otra manera que tenía Costa de comunicar con su público, diferente no sólo de los estudios de investigación, sino también de otros documentos «regeneracionistas», pero producto de severa reflexión.

¿Liga o partido? (La Asamblea de Zaragoza).

Artículo de Luis Morote, publicado en «El Liberal» de 18 de febrero de 1899.

«Ésta fue la pregunta sometida de pleno a la Asamblea de Productores en su sesión primera. La cuestión es tan grave, tan honda, tan trascendental, tan difícil, si no imposible de resolver, que no es extraño que para contestarla se empleasen por los representantes nada menos que veintiocho discursos. Y todavía, con tanto hablar, no quedó suficientemente esclarecido y dilucidado el tema. Cualquiera, después de haber oído tanto charlar en vano, si no tenía en su ánimo profundas y arraigadas convicciones políticas —y no las tienen, dígase lo que se quiera en contrario, las nueve décimas partes de los españoles, y no hay otra razón para sus abstenciones sistemáticas de los comicios públicos—

quedaría se en la propia situación de incertidumbre y de duda el que decía estar el ilustre Taine en su prólogo a *Les origines de la France contemporaine*, sin atreverse a elegir por mansión la República o la Monarquía, una granja o un cuartel, una choza democrática al ejemplo de Suiza o un palacio cesarista al estilo alemán…».

Y si eso le ocurría al insigne Taine después de estudiar las sucesivas revoluciones y transformaciones porque había atravesado Francia antes de llegar a su reorganización total tras el desastre de Sedán, excusado es decir lo que les sucederá a estos pobres productores, encargados de una tarea constituyente superior a sus fuerzas, puestos a determinar, no ya las causas de las desgracias que afligen a España, sino sus remedios.

¿Liga o partido? A mí no me extraña, ¡qué me ha de extrañar!, que la mayoría de los representantes en la sesión pública primera se hayan inclinado en pro de la formación de una Liga, repudiando la idea de constituir un partido, que ellos llaman, y tal vez con razón, *un partido más* .Si éste había de ser un partido nacional adecuado a las circunstancias, habían de echar por la calle de en medio, prescindiendo de todos los poderes constituidos que han funcionado durante un cuarto de siglo.

¿Liga o partido? Es decir, sois una Convención, encargada de extirpar organismos, de limpiar maleza, o sois un comicio rural agrícola, que distribuye premios al mejor arado, a la vid más floreciente. El problema se plantea de tan desproporcionada manera, que los asambleístas de Zaragoza quédanse ante él medio mareados por la grandeza de la empresa, y mirándose recelosos se dicen:

«… En la que nos va a meter este Costa».

No es que la cuestión no sea así, una cuestión constituyente, absolutamente constituyente; es que va ante ellos por unos caminos que no son los llanos y los rectos. La Asamblea de Productores de Zaragoza, como antes la Asamblea de las Cámaras de Comercio, no tienen por qué votar ni en pro ni en contra de lo que es el fondo de la vida y del derecho en las sociedades modernas; es decir, las conquistas de la libertad y la democracia. Hay principios que deben estar fuera de toda discusión, porque si no, sucede que con esas críticas y censuras del Parlamento, del Sufragio, de los derechos qúe tantas lágrimas y tanta sangre han costado, sólo se hace el caldo gordo a los carlistas, a los reaccionarios de todos los colores y de todas las castas. Así sucede que un general cristiano se apodere de las conclusiones de la Asamblea de Cámaras de Comercio, y diga que ése es su programa. Así puede ocurrir mañana que, si se toma como tono y carácter de esta Asamblea de Productores la abominación del Parlamento, venga don Carlos ofreciéndose como voz y brazo de este movimiento, que tiene que ser, que es tan contrario a la regresión que significa en la política el Pretendiente.

A una tan gran inteligencia como la inteligencia de Costa no se le puede ocultar ese peligro. Él pone al lado de las feroces arremetidas contra los políticos y contra el régimen parlamentario una porción de ideas que responden a su alma moderna, a su espíritu progresivo y hasta podríamos decir que a su temperamento de socialista. ¿Es que en tales doctrinas comulgan todos los asambleístas? ¿Es que todos quieren o se atreven a echar siete llaves al sepulcro del Cid? ¿Es que palpita en sus sentimientos y en sus palabras el verbo democrático que se escapa de los ayees lastimeros lanzados al viento por el presidente de la Cámara Agrícola de Barbastro?

Por eso hubiera convenido al interés de todos los que formamos en la gran familia liberal, en la gran escuela que tuvo por padres y maestros a los regalistas y por herederos directos a los desamortizadores y por representantes legítimos a los hombres de la revolución del 68, que se hubieran excusado tantos y tantos apostrofes contra el régimen parlamentario, que se toman al pie de la letra, en su sentido material, y que al cabo sólo sirven para los reaccionarios de todos los matices. La obra de la independencia española que tanto se evoca estos días y que se levanta como argumento contra las desdichas presentes, se hizo al calor de las deliberaciones y de los votos, de las inspiraciones y de las iniciativas de las Cortes de Cádiz, madres legítimas de todos nuestros sucesivos Parlamentos. No, no fueron, no, los absolutistas, los miserables absolutistas refugiados en Bayona, los que organizaban la nueva Covadonga, sino los liberales, los parlamentarios, los que opusieron a Napoleón el pueblo en armas. ¿Es que a todo eso se ha olvidado? ¿Es que puestos a rehacer la historia de España se ha perdido la memoria de que es esta Zaragoza, si cuna de la independencia, cuna también de la libertad y del derecho moderno? ¿Cómo puede ser que en esta ciudad se oigan con calma, sin que hasta las piedras se levanten, que nuestra gloriosa tribuna parlamentaria, la que ocuparon desde Argüelles a Castelar, sea la culpable, la principal culpable de las desdichas actuales?

Por ello, los congregados aquí no se atreven a decidirse por fundar un partido y casi, casi tampoco por crear una Liga. Los unos comprenden que no están todos los votos ni todos los ánimos por la España nueva que barra la España antigua que se hundió al perderse Cuba y Filipinas; los otros argumentan que las funciones de comerciantes, agricultores o industriales, son distintas a las funciones de gobernantes, y la parte más intelectual de la Asamblea se da cuenta de que reinan aires de reacción, y que esos aires, en tierra del viento, les llevarían con un partido nacido de estos debates y de estos votos a una especie de Santa Hermandad que cazara políticos, buenos o malos, como si fueran salteadores de caminos.

Es insensato esperar que de una Asamblea o de varias Asambleas salga resuelto el problema de la reconstitución del país. Aún congregadas aquí los hombres de más sano corazón de la península y de más altas luces de la tierra, sería muy difícil, sino imposible, convertir a España, de pronto, en un país rico, culto, próspero, grande. Harto será que le creen una conciencia de sus pro-

pios males y que voten la resolución de abordar todos los tremendos problemas políticos y económicos que están planteados. Un representante dijo ayer que el principal fin de esta Asamblea es *hacer un presupuesto*. Y ésa es la verdad, que el presupuesto, la manera de organizarlo, de acabar con nuestras trampas, de evitar la intervención extranjera, es, hoy por hoy, lo que primordialmente interesa a todos los españoles. Si estos asambleístas, que no tienen la responsabilidad de los gobernantes, ni los compromisos de los políticos, se atrevieran a meterse en los gastos inútiles, habrían prestado un positivo servicio a la patria.

¿Liga o partido? ¿Organización temporal y contingente con fines parciales y concretos, u organización permanente, duradera, con fines generales relativos a todos los poderes del Estado y a su funcionamiento? Los votos de la Asamblea se han inclinado por la Liga. Sería una pura discusión de nombres, un debate baldío y sin trascendencia, si ese voto no significara el temor de tratar las cuestiones graves que hoy preocupan, no ya a los españoles, sino a todos los extranjeros que nos miran como a una excepción dolorosa en Europa.

¿Liga o partido? Y una vez más se demuestra que, quiéralo o no la Asamblea, se lo proponga o no, la cuestión es política, esencialmente política. Hoy, con veintiocho discursos, se ha probado que lo era. Si no lo fuera, aún atacados del mal del parlamentarismo que critican, no hubiéranse dado tanta pena por declarar que es lo que quieren. En cada una de las cuestiones palpitará la política, y al acordarse de la serie de Sedanes que hemos sufrido y que tal vez aún nos esperan, no nos podrá bastar con un Bazaine a quien echarle la culpa.

Votada la Liga, aunque la circunscriban a los fines puramente económicos, el problema renacerá con su misma intensidad.

¿Liga o partido? O la Asamblea no será nada, no dejará apenas rastro de su existencia, o tendrá que ser espectador de la España nueva, encargada de derribar todo lo que huele a podrido en Dinamarca…

***Luis Morote*».**

El texto de Morote es representativo de aquel sector del regeneracionismo que no deja de ser político-liberal. En su aspecto crítico, señala el peligro de los rasgos preautoritarios y profascistas de aquel movimiento. En su aspecto teórico adolece de optimismo liberal y de unilateralidad, al pretender que el pueblo en armas de la guerra de Independencia era cosa de las Cortes de Cádiz (nada menos cierto). Su crítica de la composición del movimiento costiano apunta a los burgueses que seguían viviendo en el terreno ideológico del antiguo régimen (oligarquía) y que sólo seguían a Costa coyuntural y parcialmente.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

ABELLÁN, JOSÉ LUIS: *Sociología del 98,* Barcelona, 1973.

—*El costismo de Maclas Picavea*, en «Revista de la Universidad de Madrid», volumen XIX, núm. 73, 1970.

ALBA, SANTIAGO: *Problemas de España*, Madrid, 1916.

ALTAMIRA, RAFAEL: *Psicología del pueblo español* .1901.

—*Joaquín Costa en temas de historia de España* .Madrid, 1929, t. II.

AZAÑA, MANUEL: *Obras completas*, tomo I, México, 166.

AZCÁRATE, GUMERSINDO DE: *El régimen parlamentario en la práctica*.

Madrid, 1885.

—*Necrología de don Joaquín Costa Martínez* .Madrid, 1919.

AZCÁRATE, PABLO DE: *Gumersindo de Azcárate. Estudio biográfico documental*. Madrid, 1969.

—*En torno a Joaquín Costa*, en «Insula», Madrid, número 190, 1962.

BLANCO AGUINAGA, CARLOS: *El Unamuno contemplativo*. México, 1959.

—*Juventud del 98*. Madrid, 1970.

—*El socialismo de Unamuno*, en «Revista de Occidente», agosto, 1966.

CIGES APARICIO, MANUEL :*Joaquín Costa, el gran fracasado* .Madrid, 1930.

CHEYNE, J. J. G.: *Joaquín Costa, el gran desconocido* .Barcelona, 1971.

—*Altamira, corresponsal de Costa*, en «Bulletin Hispanique», de Burdeos, julio-diciembre, 1966.

—*La Unión Nacional; sus orígenes y fracasos*. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas. Nimega, 1965, pág. 253.

COSTA, JOAQUÍN: *Oligarquía y Caciquismo*. Madrid, 1902.

—*Colectivismo agrario*. Madrid, 1898.

—*Reconstitución y europeización de España* .Madrid, 1900.

—*La tierra y la cuestión social* .Madrid, 1912.

—*Antología* a cargo de Rafael Pérez de la Dehesa. Madrid, 1967.

DÍAZ ELIAS: *Pensamiento político de Unamuno. Estudio preliminar* .Madrid, 1965.

—*Revisión de Unamuno*. Madrid, 1968.

—*Estudio preliminar a Minuta de un testamento* .Barcelona, 1967.

—*La filosofía social del krausismo español* .Madrid, 1973.

DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO: *Modernismo frente a 98*. Madrid, 1951.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, ELOY: *Educación y revolución en Joaquín Costa* .Madrid, 1969.

FERNÁNDEZ TURIENZO, F.: Introducción y notas a *En torno al casticismo*. Madrid, 1971.

FERRÁTER MORA, JOSÉ: *Unamuno, bosquejo de una filosofía*. Buenos Aires, 1944.

GANIVET, ANGEL: *Idearium Español*, 1898.

GARCÍA BLANCO, M.: *Clarín y Unamuno en* «Archivum», Oviedo, tomo II, 1952:

GARCÍA-NIETO, MARÍA DEL CARMEN: *Bases documentales de la España contemporánea* .Madrid, 1972, tomos V y VI.

GARCÍA VENERO, MAXIMINO: *Santiago Alba, monárquico de razón* .Madrid, 1963.

GIL CREMADES, J. J.: *El reformismo español*. Barcelona, 1969.

GIL NOVALES, ALBERTO: *Derecho y revolución en el pensamiento de Costa*. Madrid, 1965.

GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO: *Obras completas*, tomo II, Madrid, 1916, y tomo XII, Madrid, 1933.

GÓMEZ MOLLEDA, MARÍA DOLORES: *Los reformadores de la España contemporánea*. Madrid, 1966.

GRANJEL, LUIS S.: *Panorama de la generación del 98* .Madrid, 1959.

INMAN FOX E.: *José Martínez Ruiz (sobre el anarquismo del futuro «Azorín»*), en «Revista de Occidente», Madrid, febrero 1966.

LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *La generación del 98*. Madrid, 1947.

LÓPEZ MORILLAS, JUAN: *Hacia el 98*. Barcelona, 1972.

LOUBÉS, J. N., Y LEÓN ROCA, L. L.: *Blasco Ibáñez, diputado y novelista*. Toulouse, 1972.

MACÍAS PICAVEA, RICARDO: *El problema nacional*. Madrid, 1899. (Hay una edición extractada con introducción y notas de Fermín Solana. Madrid, 1972).

MAINER, JOSÉ CARLOS: *Regionalismo, burguesía y cultura* .Barcelona, 1974.

MALLADA, LUCAS: *Los males de la patria*. Madrid, 1890.

MAURICE, JACQUES (y CARLOS SERRANO): *Sur l'idéologie de Joaquín Costa*. Paris, 1974.

—*Joaquín Costa, meilleur interprète de l'angoisse espagnole*? En «Les Langues NéoLatines». París, núm. 208, 1974.

MOROTE, LUIS: *La moral de la derrota* .Madrid, 1900.

MAEZTU, RAMIRO DE: *Hacia otra España*. Madrid, 1899.

PÉREZ DE LA DEHESA, RAFAEL: *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98* .Madrid, 1966.

—*Política y Sociedad en el primer Unamuno*. Madrid, 1966 (2.ª edic. Barcelona, 1973).

—*El grupo «Germinal»: una clave del 98* .Madrid, 1970.

PÉREZ GALDÓS, BENITO: *Cartas del archivo de Galdós*, presentadas por Sebastián de la Nuez y José Schraibman. Madrid, 1967 (ver las que le escriben Costa y Unamuno).

PINA GONZÁLEZ, ARTURO: *El pensamiento de Costa y el costismo como doctrina politicosocial* (Tesis). Universidad de Madrid, 1970.

RAMOS, VICENTE: *Rafael Altamira*. Madrid, 1968.

SALCEDO, EMILIO: *Vida de don Miguel*. Salamanca, 1964.

SALILLAS, RAFAEL: *Hampa*. Madrid, 1898.

SERRANO, CARLOS (V. MAURICE).

SOLÉ-TURA, JORDI: *Catalanisme i revolució burgesa* .Barcelona, 1967.

TIERNO GALVÁN, ENRIQUE: *Costa y el regeneracionismo*. Madrid, 1961.

TURÍN, YVONNE: *Miguel de Unamuno universitaire* .París, 1962.

UNAMUNO, MIGUEL DE: *Obras completas*. (Edición Escélicer, dirigida por Manuel García Blanco). Madrid, 1966-1971.

URRUTIA, LOUIS: *Unamuno et «En torno al casticismo»*, en «Les Langues néolatines», núm. 208. París, 1974.

VERA, JAIME: *Ciencia y proletariado*. Introducción de J. J. Castillo. Madrid, 1973.

VILANOVA, MERCEDES: *España en Maragall*. Barcelona, 1968. «Triunfo» (revista), números especiales: *La cultura española* (junio por Manuel García Blanco). Madrid, 1966-1971.

PRENSA:

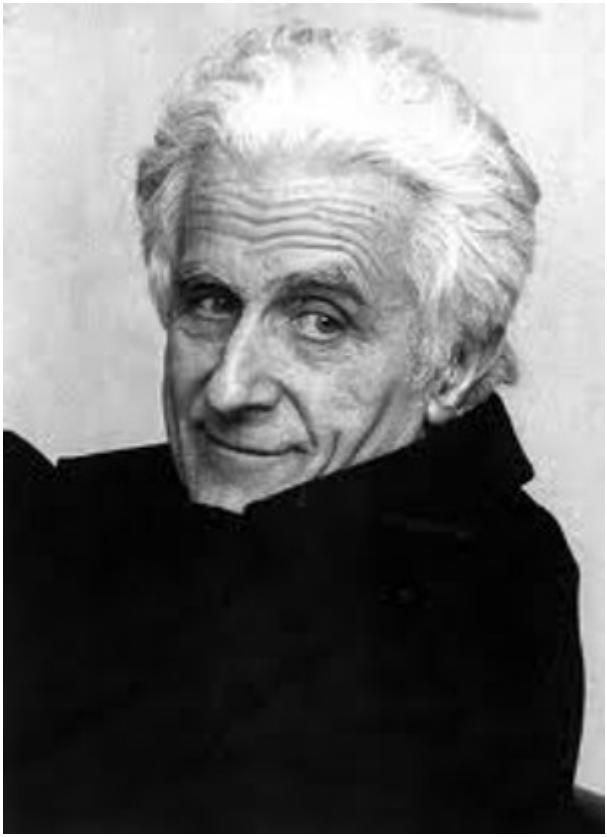
«El Imparcial», 1898, 1899, 1900.

«El Liberal», 1898, 1899, 1900.

«El Globo», 1898, 1899, 1900.

«El País», 1898, 1899.

«Blanco y Negro», 1898, 1899.



MANUEL TUÑÓN DE LARA (Madrid, 8 de septiembre de 1915 - Lejona, Vizcaya, 25 de enero de 1997).

Se licenció en Derecho en la Universidad de Madrid en 1936. En 1932 se afilió a las Juventudes Comunistas, siendo director de la Escuela de Cuadros de las Juventudes Socialistas Unificadas desde 1937, e incluso llegando a su mayor órgano colegiado de dirección, su comité central. Al término de la Guerra Civil Española quedó atrapado en el puerto de Alicante sin poder embarcar para el exilio. Según relata él mismo «… viajaba ligero de equipaje; solo llevaba las Obras Completas de Antonio Machado».Fue internado en el Campo de concentración de Los Almendros, sufriendo luego un largo periplo por otros campos, el Campo de concentración de Albatera el primero de ellos.

En 1946 se exilió en París, ante la persecución sufrida por ser miembro del Consejo Rector de la Unión de Intelectuales Libres. Allí terminó sus estudios de Historia. En este periodo también publica numerosos artículos en prensa vinculada a los Partidos Comunistas de varios países.

En 1964 se abre su etapa como profesor y catedrático de Historia de España y de la Literatura española en la Universidad de Pau, donde desde 1970 a 1980 fue el organizador de los Coloquios de Historia Contemporánea de España, que impulsaron los estudios de Historia social y que constituyeron un foco de encuentro y debate al que acudió un buen número de estudiosos desde las Universidades españolas.

Tras la muerte de Franco y el fin de la dictadura, volvió a España y continuó su actividad docente, como profesor en la Universidad de las Islas Baleares y en la Universidad del País Vasco.

Obras

—*Espagne* (1955).

—*From Incas to Indios* (1956).

—*El movimiento obrero en la historia de España* (1962).

—*Variaciones del nivel de vida en España* (1965).

—*Introducción a la historia del movimiento obrero* (1965).

—*La España del siglo XX* (1965).

—*Antonio Machado, poeta del pueblo* (1967).

—*Medio siglo de cultura española* (1970).

—*Estudios sobre el siglo XIX español* (1971).

—*Metodología de la Historia social de España* (1973).

—*Historia y realidad del poder* (1973).

—*La España del siglo XIX* (1974).

—*La Segunda República* (1976).

—*Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX: Jaén (1917-1920): Sevilla (1930-1932*)(1978).

—*España bajo la dictadura franquista* (1980).

—*Tres claves para la Segunda República* (1985).

—*España: la quiebra de 1898.(Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*).(1986).

—*Historia de España* (director) (1988).

—*Comunicación y cultura durante la II República y la Guerra Civil* (1990).

Notas

[1] A. H. N.

LUÍS GONZÁLEZ SEARA: *Materiales para la sociología electoral de la Restauración*, en «Anales de Sociología» —Documentos —, diciembre 1966, núm. 2. <<

[2] En la discusión de las Actas de Granada en el Congreso de los Diputados (elecciones de 1891) leemos lo siguiente, en la referente a la sección 22 de la capital:

«el notario observó que a las nueve y media de la mañana habían votado veintinueve personas y la urna tenía ya más de cien papeles». <<

[3] Palabras de Gamazo recogidas en el «El Imparcial» de 21 de Marzo de 1981. <<

[4] V. «El Imparcial», 21 de enero de 1903. <<

[5] JUAN LÓPEZ MORILLAS, *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología* .Barcelona, 1972, pág. 7.<<

[6] Es de indispensable consulta sobre el particular la obra de RAFAEL PEREZ DE LA DEHESA: *El grupo Germinat; una clave del 99*. Madrid, *1970*. <<

[7] «Blanco y Negro». 10 de septiembre de 1898. <<

[8] Citado por J. N. LOUBÉS y L. L. LEÖN ROCA en *Blasco Ibáñez, diputado y novelista*. Toulouse, 1972, página 104. <<

[9] «Insula». Madrid, julio-agosto 1972 núms. 308-309. <<

[10] LUIS ROYO VILLANOVA: «Blanco y Negro», 17 de diciembre de 1898. <<

[11] Un significativo botón de muestra lo ofrecen J. L., García-Delgado y S. Roldan en su obra *La formación de la sociedad capitalista en España*, tomo II, pág. 16: «De las sociedades navieras con matrícula vasca que en 1915 contaban capital superior a 800. 000 pesetas, sólo dos existían antes de 1899; seis se crearon aquel año y ocho en 1900». <<

[12] V. el artículo de consulta indispensable de E. INMAN FOX: *José Martínez Ruiz (sobre el anarquismo del futuro «Azorín»)*. «Revista de Occidente», Madrid, febrero 1966, núm. 35, 2. ª época. <<

[13] V. op. cit. de PÉREZ DE LA DEHESA. <<

[14] «Revista Contemporánea», 15 noviembre 1898. Citado por G. A. Gugast en su trabajo *Les idées sur l'Amérique Latine dans la presse espagnole autour de 1900*. Lille, 1971. <<

[15] V. la antología de JAIME VERA, elaborada y presentada por J. J. CASTILLO con el título: *Ciencia y proletariado*. Madrid, 1973, págs. 161-162. <<

[16] G. J. G. CHEYNE: *Joaquín Costa, el gran desconocido*. Barcelona, 1971. <<

[17] CARLOS BLANCO AGUINAGA: *Juventud del 98*. Madrid, 1970, págs. 55-56. <<

[18] O. C edición Escélicer, Madrid, 1966, tomo I, página 841 <<

[19] «Revista de Occidente», agosto de 1966, pág. 167. V. también O. C. (Escélicer). T. IX, Madrid, 1971, página 476. <<

[20] Subrayado por mi (M. T) por su relación con la idea de intrahistoria y derivadas. <<

[21] Publicada en O. C. t. IX, págs. 480-481, tomada por PÉREZ DE LA DEHESA del semanario «La lucha de clases», que la reprodujo. <<

[22] Barcelona. Biblioteca de autores españoles y extranjeros, 1902. Son dos tomos de 393 y 467 páginas, respectivamente. Los trabajos fueron publicados en la «Revista General de Legislación y Jurisprudencia» entre 1885 y 1900, y de ahí ciertas confusiones en las referencias (ya que en el tomo 1.° de los publicados se insertan trabajos de Costa que habían sido escritos con anterioridad). El de Unamuno sobre Vizcaya fue publicado en 1896 y figura en el tomo LXXXVIII de la citada revista. <<

[23] V. la correspondencia en M. GARCÍA BLANCO: *Clarín y Unamuno*, en «Archivum», tomo II, Oviedo, 1952. V. igualmente la referencia y el juicio de Blanco Aguinaga en «Juventud del 98», págs. 68-69. <<

[24] Texto íntegro en traducción al castellano debida a JESÚS MUNÁRRIZ y publicada en el tomo IX de O. C. <<

[25] En la obra reciente del profesor MIGUEL ARTOLA, *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, Madrid, 1974, se dice: «Costa, que a comienzos de la década había fundado la *Liga de contribuyentes de Ribagorza*, cuyas actividades no pasaron de ser cooperativas y asistenciales, preside, en 1898, la Junta Central de la *Comisión Agrícola del Alto Aragón*» (pág. 342). El profesor Artola parece ignorar que dicha Cámara fue creada por Costa en 1892, así como el episodio citado de la contienda electoral de 1896. <<

[26] MIGUEL SALCEDO: *Vida de don Miguel*. Salamanca, 1964, págs. 84 y ss. <<

[27] El primer articulo que consiguió publicar en «Los Lunes de El Imparcial» lo fue el 24 de abril de 1899 y se titulaba *El poema vivo del amor*. <<

[28] ANTONIO JIMÉNEZ-LANDI: *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1973, pág. 304. <<

[29] Revista «España»: *Caciquismo y democracia*, 13 octubre 1923. Igualmente en Obras Completas, tomo 1.º, México, 1966, págs. 471-474. <<

[30] Texto íntegro en María del Carmen García-Nieto: *Crisis del sistema canovista*. Madrid, 1972, págs. 41-50. <<

[31] «Blanco y Negro», 26 de noviembre de 1898. <<

[32] V. la introducción de FERMÍN SOLANA a *El problema nacional*, Madrid, edición de 1972. <<

[33] La cita elogiosa que hace Unamuno revela que ha leído al joven catedrático, probablemente los artículos de *En tomo*… o tal vez los de la enseñanza del latín; los de la enseñanza superior no empezaron a publicarse hasta agosto. <<

[34] «Revista de la Universidad de Madrid». Volumen XIX, núm. 73, tomo III, págs… 7-20. <<

[35] *Oligarquía y caciquismo* ,Madrid, 1902, pág. 31. <<

[36] *Ibíd*, pág. 99 <<

[37] JACQUES MAURICE y, CARLOS SERRANO: *Sur l'idéologie de Joaquín Costa*. París, 1974. <<

[38] *Colectivismo agrario*. Edición de 1915, Madrid («Biblioteca Costa»), pág. 28.<<

[39]*La tierra y la cuestión social*, Madrid, 1912 («Biblioteca Costa»), pág. 52. <<

[40] *Colectivismo agrario*, edic. citada, pág. 28. <<

[41]*Ibíd*… pág. 40. <<

[42]*Oligarquía y caciquismo* (edic. 1902), pág. 80. <<

[43] Este apartado es importante por lo que tiene de oposición al liberalismo doctrinario y de afirmación de un neoliberalismo

organicista de impronta krausista. Ello viene en apoyo de la tesis según la cual el organicismo costiano (asi como el de Giner) es liberal y nada totalitario, sostenida por ELIAS DÍAZ en su Introducción a la *Minuta de un testamento*, de Azcárate, y en su *Filosofía social del krausismo español*, Madrid, 1973. <<

[44] El subrayado es mío (M. T.); Costa afianza cada vez más su republicanismo. El texto completo puede verse en *Oligarquía y caciquismo*, págs. 743-750. <<

[45] R. Pérez de la Dehesa: *El pensamiento de Joaquín Costa y su influencia en el 98* .Madrid, 1966, págs. 131-132. <<

[46] CHEYNE: *Altamira corresponsal de Costa*. «Bulletin Hispanique». Universidad de Burdeos. Juillet-décembre 1966, págs. 357-364. <<

[47] VICENTE RAMOS: *Rafael Altamira*. Madrid-Barcelona, 1968, págs. 97-99. <<

[48] Publicado en el tomo XII de O. C. (citpo. por la segunda edición, Madrid, 1933), págs. 237-295. <<

[49] PABLO DE AZCÁRATE: *Gumersindo de Azcárate. Estudio biográfico documental* .Madrid, 1969, págs. 423-459. <<

[50] El diario «El País» de 10 de marzo de 1898 publicaba una estadística de «conventos, asilos, iglesias e instituciones religiosas fundadas en Madrid desde 1875» por órdenes religiosas que no eran de las «concordatarias»: había 18 asilos, 5 colegios, 42 conventos, además de los de Gonzagas, Luises, Kotskas y Adoración Nocturna. Si la «inflación» de congregaciones monásticas era un hecho incontrovertible, la precisión en cuanto a fechas de esas estadísticas es discutible. Por ejemplo, en la que acabo de citar se incluye el Asilo de hijos de lavanderas (Paseo de San Vicente, núm. 1), que fue creado antes de 1875 y exactamente en 1871 por la reina María Victoria, esposa de Amadeo I. <<

[51] En el mismo texto añade Azcárate que en España el problema social parecía menos fuerte que en otros países, salvo en el sector agrario, donde era muy grave (en suma, que se trataba de un país con más asalariados del campo que de la ciudad). También se muestra partidario de que los socialistas tengan representación parlamentaria. Se ha dicho, sobre este último particular, que algunos gobiernos «aseguraron» a Iglesias que tendría su acta de diputado por Baracaldo, si desistía de presentarse por Bilbao (donde la lucha frontal fue reñidísima entre él y Chávarri primero, Zubiria después), pero que el fundador del P. S. rechazó ese compromiso. <<

[52] Para Alba es de suma utilidad su biografía, *Santiago Alba, monárquico de* razón, de Maximino Garcia Venero. Madrid, 1963. <<

[53] Barcelona, 1974, pág. 34. <<

[54] JORDI SOLÉ-TURA: *Catalanisme i revolució burguesa* ,Barcelona, 1967. <<

[55] Citado por MERCEDES VILANOVA en su libro *España en Maragall*, Barcelona, 1968, pág. 213. <<

[56] MERCEDES VILANOVA: *op. cit*,, pág. 120. <<

[57] Puede consultarse el texto Integro en la ya citada antología de J. J. CASTILLO. Madrid, 1973. <<

[58] P. DE LA DEHESA: *Política y sociedad en el primer Unamuno*. Madrid, 1966, págs. 124-130 de la primera edición o págs. 103-110 de la segunda edición, Barcelona, 1973. <<

[59] *Ibíd*… pág. 127 de la primera edición. <<

[60]*Oligarquía y caciquismo* ,págs. 711-712. <<

[61] O. C., tomo IX, pág. 413. <<

[62] LÓPEZ MORILLAS: *Hacia el 98,* págs. 225 y ss. <<

[63] P. BAROJA: *Escritos de juventud* (presentación de Manuel Longares). Madrid, 1972. <<

[64] «Revista de Occidente». Diciembre 1935. <<

[65] México, 1941. <<

[66] *La generación del 98* .Madrid, 1947. <<

[67] *Modernismo frente a Noventa y Ocho*. Madrid, 1951. <<

[68] Todas las citas de Abellán pertenecen a *Claves del 98,* comunicación al III Coloquio de la Universidad de Pau, 1972 (V *Sociedad, política y cultura*, Madrid, 1973, págs. 151-172). El trabajo está también incluido en el libro de Abellán, *Sociología del 98,* Barcelona, 1973, páginas 11-46. <<

[69] *Ibíd*. Sobre la confusión en torno a la generación del 98, recordemos que Salvador de Madariaga escribía en la primera edición de su *España, ensayo de historia contemporánea* (Madrid, 1930, 322 págs.): «Cuatro figuras dominan este movimiento» (la generación del 98): Joaquín Costa, Angel Ganivet, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset (pág. 49). <<

[70] «Triunfo», número extraordinario sobre la cultura española, junio 1972. <<

[71] La obra de DÍAZ-PLAJA, tan interesante y aleccionadora en múltiples aspectos, exige, no obstante, una revisión crítica de otros. Así, y refiriéndonos a los ejemplos más salientes, en la página 22 se dice, «Germinal» cesa para dejar paso a «El País», No; todo el mundo sabe que «El País» existía ya, nada menos que desde 1887, y que lo que hizo su propietario, Catena, fue cedérselo —por breve tiempo— al equipo que hacía la revista «Germinal» (la cual tendrá todavía dos épocas más). En la página 134 se dice que «La Revista Blanca» comenzó a publicarse en Barcelona, cuando en realidad sus primeros números aparecieron en Madrid. En la página 121 se cita *Amor y Pedagogía* como la primera

novela de Unamuno, cuando *Paz en la guerra* estaba publicada desde 1897. También sobre Unamuno se dice (pág. 242) que su primer trabajo es *La tradición eterna*, que no es sino el título del primer artículo de los que constituirán *En torno al casticismo*, que se publica en febrero de 1895, cuando ya el joven Unamuno llevaba varios años colaborando en diversas publicaciones periódica. <<

[72] O. C., tomo I, pág. 783. <<

[73] *Ibíd*… pág. 854. <<

[74] *Ibíd*… pág. 866 <<

[75] Extracto de unas cartas de Galdós a Pereda (V. «Cuadernos Hispanoamericanos», núms. 250-252, octubre 1970-enero 1971). Este dato, como todos los restantes a «La España Moderna» me han sido facilitados por mi buen amigo y colega Jean-François Botrel al que agradezco aquí su colaboración. <<

[76] O. C., tomo I, pág. 795. <<

[77] *Ibíd*… pág. 793 <<

[78] *Ibíd*. <<

[79] *Op. cit*… págs. 15-20. <<

[80] O. C. Tomo I, pág. 981. <<

[81] Las itálicas o bastardillas de *histórico* están puestas por Unamuno. <<

[82] O. C. Tomo I, pág. 781 <<

[83] *Paz en la guerra*, Espasa-Calpe (Austral), Madrid, edición de 1969, pág. 40. El subrayado es mío (M. T.). Obsérvense los términos irónicos por comparación con la expresión que atribuye a Prim; «derribar lo existente en medio del estruendo». <<

[84] O. C. Tomo IX, pág. 696 <<

[85] F. FERNÁNDEZ-TURIENZO. Introducción a la edición a su cargo de *En torno al casticismo*. Madrid, 1971, página 56. <<

[86] CARO BAROJA: *La ciudad y el Campo*, pág. 122. Madrid, 1966. <<

[87] Los dos versos subrayados son todos citados por Unamuno. <<

[88] UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, edic. de 1938, pág. 133. <<

[89] O, C. Tomo I, pág. 848. <<

[90] FERNÁNDEZ-TURIENZO pretende que el Santo Oficio «fue en España una importancia bastante tardía» y que, por consiguiente, no puede ser tachado de ser la causa del casticismo. Si tenemos en cuenta que la casi totalidad de las reflexiones de Unamuno se refieren a los siglos XVI y XVII es evidente que el Santo Oficio existía previamente. Dicho sea sin entrar en el fondo de la polémica. <<

[90bis] O. C. Tomo I, pág. 854.<<

[91] *Ibíd*… pág. 861. Unamuno pone una nota al pie de página en la que principalmente dice que «merecería estudiarse la influencia de nuestra pobreza económica en nuestra cultura». <<

[92] Los trozos de la carta están citados por Maximino García Venero en *Santiago Alba, monárquico de razón*, Madrid, 1963, pág. 39; dicho autor ha tomado la fuente al consultar el archivo de S. Alba. <<

[93] Las fuentes principales sobre la Asamblea nacional de Productores son «El Imparcial» y «El Liberal» de 16 a 21 febrero de 1899. Las mismas publicaciones sirven de base para lo que se refiere a la Asamblea de Valladolid. <<

[94] La Liga Nacional de Productores publicó un manifiesto —redactado por Costa— el 10 de abril de 1899, del que entresacamos el siguiente párrafo porque nos parece condensar el programa costiano: «El español no sabe todavía a estas alturas del siglo lo que es libertad; primero porque padece hambre y tiene el estómago dependiente de ajenas despensas; segundo porque está ineducado y tiene la voluntad dependiente de dirección y consejo ajenos; tercero porque no posee administración de justicia más que de nombre, hiendo sus tribunales los herederos del antiguo absolutismo, menos insoportable que ellos».

La crítica del concepto formalista de libertad, que Costa hará también en *Oligarquía y Caciquismo y* en *La tierra y la cuestión social*, se encuentra prefigurada en la primera parte del párrafo citado. <<

[95] «Gaceta de Madrid», 20, 21, 22 y 29 de noviembre de 1899, págs. 1260-1269, 1284-1289, 1410-1416. <<

[96] Para todo este asunto es de indispensable consulta Cheyne: *La Unión Nacional; sus orígenes y fracaso*. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas, Nimega, 1965, págs. 253-263, casi todo reproducido en el libro de Cheyne, *Costa, el gran desconocido*, edición española. Barcelona, 1972. <<

[97] Se equivoca Artola (op. cit., pág. 347) al decir «las actividades de la unión fueron mínimas, por cuanto se redujeron al intento de organizar una manifestación, que fue prohibida y un manifiesto-protesta», como también se equivoca sobre la Unión Nacional (a la que califica de partido) y sobre la fecha y organizadores de la primera resistencia a pagar contribuciones en 1899. <<

[98] Joaquín Costa: *Oligarquía y caciquismo*. Texto integro de la Información en el Ateneo de Madrid, discursos y escritos de los

participantes y Resumen definitivo de Costa. Madrid, 1902, págs. 28-41. <<

[99] *Ibíd*… pág. 729. <<

[100] *Ibíd*… págs. 704-715. <<

[101] Manuel Azaña: *Obras completas*. México, 1966, tomo 1. °, págs. 471 y ss. <<

[102] Jacques Maurice et Carlos Serrano: *Sur l'idéologie de Joaquín Costa*. París, 1974 <<

[103] JACQUES MAURICE: *Joaquín Costa: meilleur interprète de l'angoisse espagnole*? en «Les Langues néolatines», Paris, 1.er trimestre 1974, núm. 208, páginas 51-72. <<

[104] En los juegos florales de Salamanca (1901) Costa exalta también a los trabajadores del campo, de la fábrica, la mina y la escuela en cuyas manos, viene a decir, se hallan hoy «el honor y la seguridad de la nación». <<

[105] El texto hay que ponerlo en relación con el de *Nicodemo, el Fariseo* («Revista Nueva», Madrid, noviembre 1899), donde por primera vez se encuentra una manifestación expresa y de orden intelectual de su evolución, Allí, dice Unamuno: «Son lo económico y lo religióso los dos goznes de la historia humana». <<

[106] WILLIAM H. SHOEMAKER :*Las cartas desconocidas de Galdós* en «La Prensa» de Buenos Aires. Madrid, 1973, págs. 535-542. <<

[107] En nuestros días, ver la demostración hecha por Javier Herrero en su obra *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, 1971. <<

[108] B. I. L. E. 31 de julio de 1904, págs. 203-205. Inserto en el libro de R. Altamira, *Cuestiones modernas de historia*, Madrid. 1904. <<

[109] Unamuno: O. C. t. IX, págs. 60-67. <<

[110] *Oligarquía y caciquismo*, pág. 69 (el primer subrayado es de Costa; el segundo, es mío. M. T.). <<

[111] J. MAURICE ET C. SERRANO: *Sur l'idéologie de Joaquín* Costa, París, 1974. <<

[111bis] *Ibíd*... pág. 48. <<

[112] *Oligarquia y caciquismo*, pág. 29.<<

[113] Elías Díaz: *Revisión de Unamuno*, Madrid, 1968, págs. 104-106. <<

[114] *C. Blanco Aguinaga*: El Unamuno contemplativo. *México, 1959*. <<

[115] ELÍAS-DIAZ: *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, 1973,pág. 205. <<

[116] Subrayado por mí (M. T.). <<

ÍNDICE

España.La quiebra de 1898 2
Capítulo I. Los tiempos de la restauracion o la españa «tradicional»: su quiebra 4
Capítulo II. La erosion de la españa arcaica o «tradicional» desde 1890 11
Capítulo III. La quiebra militar, politica e ideologica de 1898 20
Capítulo IV. Joaquin Costa Y Miguel de Unamuno entran en escena 37
Capítulo V. El regeneracionismo y sus clases en la crisis de 1895 a 1902 54
Capítulo VI. El institucionismo como forma de un regeneracionismo particular. 80
Capítulo VII. Unamuno y el regeneracionismo 102
Capítulo VIII. ¿Hay una generación del 98? 111
Capítulo IX. En torno al casticismo 123
Capítulo X. La liga de productores y la union nacional 148
Capítulo XI. Oligarquia y caciquismo 164
Capítulo XII. Concepto de tradicion en Costa y Unamuno 176
Capítulo XIII. Conceptos de pueblo y nación en Costa y Unamuno 184
Capítulo XIV. Conclusión 192

Anexos 195
Bibliografía sumaria 203
Autor 208
Notas 211